

JOSÉ A. BONILLA

VI PREMIO DE NOVELA DE TERROR
CIUDAD DE UTRERA

CIUDAD ESPEJO
CINDVD ESPEJO

PREMIUM
COLECCIÓN TÁNATOS

Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Mención Jurado](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

CIUDAD ESPEJO

VI PREMIO DE NOVELA CORTA DE TERROR
CIUDAD DE UTRERA

JOSÉ A. BONILLA

PREMIUM
EDITORIAL

©: José Antonio Bonilla Hontoria, 2018.

©: Premium Editorial, 2020.

www.editorialpremium.es

Edición: Premium Editorial.

Diseño cubierta: Premium Editorial.

Imagen cubierta: Rafael J. Cordero.

I.S.B.N. DIGITAL: 978-84-122181-6-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por impresión, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la Propiedad Intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Un jurado integrado por José Luis Ordóñez, José Antonio García Santos y Estefanía Abril Garrido, declaró a la presente obra Ciudad espejo, de José A. Bonilla, como merecedora del **VI Premio de Novela Corta de Terror “Ciudad de Utrera”**.

*Para Silvia y Raúl,
porque de ellos también es este premio.*

*Para todos aquellos que son víctimas invisibles
de una sociedad insolidaria e implacable.*

«El demonio del mal es uno de los instintos
primeros del corazón humano».

Edgard Allan Poe

«Lo único que necesita el mal para triunfar
es que los hombres buenos no hagan nada».

Edmund Burke

«Para apreciar la luz
hay que conocer la oscuridad».

Anónimo

—¿Dónde está el niño?

La mujer tenía la cara desencajada, el corazón en un puño.

Su marido había empalidecido, su rostro transformado en una enfermiza luna como la que se aferraba al cielo aquella noche, más allá de la cima de los titánicos edificios que los rodeaban. Sus labios temblaban, la voz entrecortada, sus pupilas vibrantes, desesperadas, buscando sin encontrar... ¿El niño? ¿Dónde estaba el niño?

El niño había desaparecido. Clavados al suelo, enraizados a la angustia, se miraban sin comprender lo sucedido, procurando una exigua explicación que no hallaban. Debía de estar con ella. Debía de estar con él. Pero no estaba con ninguno de los dos. Un océano de gente pasaba a su lado sin prestarles la menor atención, una riada humana cargada de bolsas y paquetes que discurría por las aceras, cerca de los luminosos aparadores engalanados para las fiestas navideñas, yendo y viniendo, con los bolsillos cada vez más vacíos, pero con las ilusiones llenas. Faltaban apenas tres días para Navidad, los comercios hervían de actividad y los villancicos que salían de algunas de las tiendas, o que proyectaban altavoces estratégicamente colocados en las calles, recordaban de forma machacona que era tiempo de compras, de dispendio, de regalos, de obligada felicidad...

—¡Tenía que estar contigo! —le recriminó la mujer, las lágrimas rodando por sus encendidas mejillas, fuera de sí, temblando de rabia y temor.

—Pen... pensaba lo mismo. Se separó de mi mano y creí... creí que iba hacia ti. De verdad, ha sido tan solo un segundo. Un miserable segundo...

—Solo eso es suficiente, ¿no lo entiendes? Un maldito segundo. Un segundo...— Sus ojos no dejaban de escudriñar entre la muchedumbre buscando a su pequeño, pero no veía más que perfiles desconocidos, caritas sonrientes y luminosas que no eran las de su hijo. Sentía una fuerte opresión en el pecho, el corazón golpeando con fuerza contra su esternón, galopando desbocado. No podía sufrir uno de sus ataques de ansiedad, no en aquellos momentos. Su hijo la necesitaba. La necesitaba más que nunca. Tenían que buscarlo, tenían que encontrarlo. Probablemente estaría con la naricilla pegada a uno de los escaparates de los alrededores, contemplando con los ojos repletos de emoción sus juguetes preferidos, sí, sería eso, seguro que era eso, tenía que serlo. Por favor, que lo fuera.

—¡Marc! ¡Marc! Marc, ¿dónde estás? —Su voz fue ahogada por los acordes navideños de *All I want for Christmas is you* de Mariah Carey que comenzaron a vomitar unos potentes altavoces colgados en una farola. No recordaba que aquella canción le hubiera resultado otras veces tan irritante, tan agobiante; le estaba crispando sus ya de por sí alterados nervios.

—¡Marc, hijo! ¡Marc! —Su marido se abría paso entre los viandantes a base de codazos, de premura, de urgencia. Los transeúntes le dedicaban miradas desagradables, acompañadas de muecas de sorpresa y enfado. No entendían lo que sucedía y él no tenía tiempo de dar explicaciones. No podía perder ni un suspiro, ni un latido, ni un hálito de su vida en hacerlo. Tan solo había sido un segundo... ¡Joder! No podía andar muy lejos. Jamás había rezado a nadie, pero, en aquellos instantes, la plegaria que se repetía como un perverso soniquete en su cabeza era ferviente y devota. Si existía un dios al menos que no se hiciera el sordo, que escuchara sus súplicas, luego ya arreglarían cuentas. ¿Dónde estás, hijo? ¿Dónde? Aún podía recordar las yemas de sus dedos desprendiéndose de los suyos, creyendo que iba en busca de su madre, a escasos metros de él, como tantas veces hacía, entretanto él decidía qué ordenador portátil comprarse entre los expuestos en el

escaparate de la tienda. Y ya está. Había sido suficiente. Un parpadeo y el niño se había sumergido en una marea humana que lo había devorado, engullido para siempre, arrastrado al olvido igual que la putrefacta tabla de un naufragio. ¿Por qué pensaba aquellas cosas? ¡No, no, Marc tenía que estar cerca, muy cerca! Lo peor es que habían perdido unos valiosísimos segundos antes de darse cuenta de lo que sucedía, unos alarmantes momentos que ahora se le antojaban simas abismales imposibles de superar. Entre la muchedumbre, sus ojos tropezaron con una pareja de la policía local. Su corazón le dio un brinco en el pecho. Ellos podrían ayudarlos. Corrió hacia los agentes mientras su mujer seguía gritando a los cuatro vientos, cada vez más angustiada, el nombre de su hijo. Paraba a los peatones y, con atropelladas palabras, les preguntaba si habían visto a su pequeño. La mayoría la esquivaban asustados, otros le dedicaban duras miradas de indiferencia y, los que menos, negaban con la cabeza huyendo lejos de los problemas, como si aquella mujer pudiera transmitirles un contagioso virus. No, no lo habían visto. La calle estaba llena, repleta de niños que iban de las manos de sus padres, de sus abuelos, de sus familiares, no sabían a cuál de ellos se refería, y tampoco deseaban saberlo, continuando su camino, cabizbajos, procurando olvidarla cuanto antes y dejándola sin esperanzas, arrancándole un pedazo más de vida.

El hombre, afligido, al borde del llanto, les comunicó a los policías lo que había sucedido. Los agentes avisaron por radio de inmediato a sus compañeros de la patrulla móvil, que se encontraba cerca del lugar, dándoles una breve descripción del niño para que procedieran a vigilar la zona e identificar cualquier actividad sospechosa. Al verlos llegar con su marido, la mujer, con el rostro contraído en una mueca descompuesta y el maquillaje convertido en dramáticos tizonazos trazados por las lágrimas, corrió hacia ellos como si fueran su última salvación. Su esposo sintió una punzada de dolor cuando pasó por su lado sin dirigirle una mísera mirada cómplice, agarrando del brazo a uno de los agentes, una mujer que debía tener más o menos su edad, y a la que, vomitando su dolor, le explicó lo sucedido. Él se acercó para arroparla, para proporcionarle un atisbo de consuelo, pero fue respondido con un frío y brusco gesto de desprecio. Y entonces supo lo que eso significaba. Él era el culpable de la pérdida de su pequeño. Él, y únicamente él, había permitido, con su torpe y egoísta negligencia, que la oleada humana se lo llevara, que su hijo se encontrara solo y perdido en aquella marabunta carente de alma y de corazón. Y no se lo perdonaría. Jamás. Allí, aquella maldita noche del recién inaugurado invierno, se rompía su proyecto en común, su matrimonio, su amor. Nada sería capaz de compensar lo que había sucedido, nada sería capaz de reparar su imprudencia, ni tan siquiera el encontrarlo sano y salvo. O quizás eso sí. Quizás, después de todo, aún existía una posibilidad de enmendar su error. Y esole acongojó todavía más. ¿Y si no lo encontraban? ¿Qué sucedería con Marc? ¿Qué sería de ellos, de sus vidas? No quería ni imaginárselo. Pensarlo le colapsaba los sentidos, abotargaba sus sentimientos, provocándole un terror desconocido y feroz que le destrozaba por dentro. Nunca había experimentado un miedo tan atroz, tan salvaje, tan violento, un miedo que te anulaba, que te impedía pensar, actuar, que te inhabilitaba como persona. ¡Tenía seis años recién cumplidos, por el amor de Dios! ¿Cómo había sido capaz de perderlo?, se volvió a preguntar, flagelándose, asumiendo toda la culpa de su desdicha. ¿Cómo no había reaccionado a tiempo y le había dejado marchar sin comprobar que acabara en manos de su madre? Ella tenía razón, se merecía cuanto le sucediera, pues él era el responsable de que la sangre de su sangre se hubiera desvanecido ante sus ojos. Estaba helado y no era precisamente por el frío. La sensación de pérdida, de impotencia y vacío era una astilla gélida recorriendo el interior de sus arterias y venas, desgarradora y cruel. Podía comprenderla. ¿Cómo no iba a hacerlo? Pero ella debía de darse cuenta de un detalle que parecía habersele olvidado, que parecía haber pasado por alto. Él era su padre y amaba a Marc como a nadie en el mundo. Su llegada le había devuelto las ganas de vivir, le había

convertido en el hombre que era. Y... y... y, después de todo, también le habría podido suceder a ella, ¿verdad? ¿O no?

Sabía la respuesta. Y eso le resultó aún más doloroso. Incapaz de contenerse, empezó a temblar, y las lágrimas, que durante los últimos minutos habían enturbiado su visión, quemándole como ácido, comenzaron a derramarse por sus mejillas, calcinando sus últimas esperanzas.

Marc, hijo, ¿dónde estás?

PRÓLOGO

Marc sintió que tiraban de él. Supuso que era su madre, que quería enseñarle uno de los juguetes que había pedido para Navidad, uno de tantos que se exponían en aquellas enormes tiendas repletas de colores y luces que llenaban la calle en la que se encontraban. Por eso se dejó separar de su padre, por eso dejó de sentir el contacto de sus dedos con los de él y por eso se había dejado llevar. Mas, tras aquel suave tirón de su bracito, no estaba su madre, sino una señora a la que no conocía. Entrecerró los ojos y pensó en llamar a su mamá, pero dudó unos instantes y la señora aprovechó para apartarle a un lado, haciéndose paso entre la gente, agachándose y poniéndose a su altura. Buscó a su alrededor. No vio a sus padres cerca. ¿Dónde se habían metido? Mamá siempre le decía que no debía perderlos de vista, para evitar extraviarse. Pero en realidad no lo había hecho, estaba allí con aquella señora que, por otro lado, a primera vista, le resultó bastante agradable.

—Hola, pequeño, ¿te gustan los perritos? ¿Te gustaría ver uno?

¿Ver un perrito? ¡Eso era mejor que los juguetes de las tiendas! Le encantaban los perros, sobre todo si se dejaban acariciar. Era muy gracioso cuando movían la colita y empezaban a saltar a tu alrededor, ladrando contentos, su lengua rebotando descolocada. Sí, claro que le gustaría verlo. Por supuesto. Pero sus padres le habían advertido que no debía irse con desconocidos. Que había gente mala. Claro que... ver un perro no podía considerarse nada muy terrible. Aun así, no estaba muy convencido de querer aceptar la proposición de aquella señora a la que le brillaban intensamente los ojos.

—Mis papás dicen que no debo hablar con desconocidos —dijo él, con firmeza y rotundidad.

—Tus papás tienen toda la razón del mundo. Me llamo Carla, ¿y tú?

—Yo me llamo Marc Isern García.

—Ahora ya nos conocemos, Marc. —Sonrió—. Te he visto hace un rato. Eres muy guapo. Y... he pensado que quizás te apeteciera ir a ver a mi cachorrito. ¿Qué te parece?

Marc inclinó la cabeza hacia un lado, pensativo. Aquella mujer se llamaba Carla y tenía un cachorro que le quería enseñar. Nunca la había visto, pero le había dicho su nombre. Además, no pensaba tardar. Le diría a aquella señora que le trajera al mismo sitio y así sus padres no se preocuparían. Sí, podía ir a ver al perrito, decidió. ¿Por qué no? Además, le hacía una ilusión bárbara. Y, si le gustaba mucho, aún tenía tiempo de escribir a Santa Claus y pedirle que le trajera uno por Navidad.

—Sí, me gustaría —dijo, resolutivo—. ¿Cómo se llama?

Los ojos de la señora se empequeñecieron, estrechándose como rendijas de una hucha. Sus labios se curvaron en una sonrisa aún más pronunciada, mostrando unos afilados y blancos dientes.

—Se llama Revoltoso. Pero, antes de enseñártelo, debemos ir a un sitio. No te importa, ¿verdad? Es tan solo un momento. Me acompañas y luego podrás jugar con él, ¿te parece?

—¿Tardaremos? Es que no quiero que mis papás se asusten.

Los ojos de la mujer volvieron a centellear.

—No, no creo que nos lleve mucho rato. Un poquito sí, pero no demasiado. No te preocupes, ellos estarán bien. Si quieres, los llamo y se lo digo. Tengo su teléfono. ¿Te quedarás así más tranquilo? —El niño asintió con la cabeza. La mujer metió la mano en el enorme bolso que llevaba colgando del hombro y sacó un móvil con el que simuló hacer una rápida llamada. Tras unos

instantes, volvió a colgar—. Ya está, ¿no ves? Tu madre ya lo sabe y no pasa nada. Me ha dicho que tienes que portarte bien. ¿Me das la mano?

El niño le tendió la manita, más calmado al saber que su mamá estaba al tanto de que estaba con aquella señora. Debía de ser amiga suya. Su madre tenía multitud de amigas que él no conocía. Con una luminosa sonrisa, la mujer le agarró y los dos se alejaron de allí, abandonando la zona comercial. Por el rabillo del ojo, Carla vio como los padres del pequeño comenzaban a gritar su nombre entre la multitud, hundidos en la desesperación e insolidaridad. Tenían que irse. Aceleró el paso, taconeando con rapidez sobre la acera. Se le escapó una sonrisa, una de aquellas que no hacen amable a la gente, una de las que ocultan tantos secretos como demonios interiores agazapados en las entrañas. Por fin tenía a su hijito. Al fin, Dios se lo había devuelto. Quizás debiera pulir algunos detalles, como el color del pelo... Y aquella ropa, demasiado vulgar... Pero sus esperanzas se habían cumplido y había obtenido su recompensa: Jan había regresado. No estaba muerto, como todos habían insistido en decirle. No, Jan no estaba muerto. Iba de su mano. Y esta vez no dejaría que volviera a marcharse de su lado.

Ni que nadie se lo arrebatase.

CAPÍTULO I

Aquella tarde había partido. El clásico. No podía perderselo. Pocas veces coincidía tan cerca de las navidades, pero aquel año así había sido. Casualidades del calendario. Y, además, mejorando la apuesta, acababa de empezar sus merecidos días de vacaciones. ¡No tenía que volver al trabajo hasta después de Año Nuevo! Sí, faltaban las comidas familiares, las peleas con los cuñados, los niños revoloteando por casa esperando los regalos como gremlins desquiciados, pero todavía disponía de unos días hasta que eso sucediera. No podía haber mejor momento para ir a tomar unas pintas a su bar preferido, El trébol de oro.

Faltaba casi una hora para el inicio del partido, y unos treinta minutos para reunirse con sus colegas, con los que, sin duda alguna, disfrutaría de la fantástica contienda deportiva aquella tarde noche. Aún recordaba la paliza sufrida el año anterior, pero seguro que en esta ocasión sería diferente. Lo presentía. Con los nuevos fichajes y el recién estrenado entrenador lo tenían mucho más fácil. Así que llegó pronto para afianzarse de uno de los lugares preferentes junto a la enorme pantalla con la que contaba el local y, para su sorpresa, lo encontró libre. La suerte le sonreía.

—Alfredo, ponme una Guinness, por favor —pidió al hombre que había tras la barra, un individuo alto y fornido, grande como un armario de dos puertas, que limpiaba, con una impoluta bayeta, los vasos que caían en sus manos, dejándolos relucientes, igual que en aquellas viejas películas de vaqueros que tanto le gustaba ver a su padre en la televisión.

—Marchando, Alex. ¿Hace frío esta noche? —le preguntó, tirando la cerveza con maestría aprendida en tierras irlandesas (llenó el vaso hasta la mitad y esperó casi un minuto antes de volver a seguir tirando el resto hasta el borde, dotando a la reina de las cervezas negras de su característico color caramelo, y de cuatro dedos de deliciosa espuma). Al acabar, se la puso en el mostrador a Fabián, uno de sus camareros. El joven, a una señal de su jefe, la recogió y se la llevó a Alex a la mesa, donde aún se estaba deshaciendo del abrigo. La bufanda con los colores blaugranas apareció bajo él. Alfredo sonrió con una mueca.

—Está cayendo una buena, pero eso no parece importarle a la gente. Las calles están abarrotadas. Cómo se nota que hay menos crisis.

—Y que lo digas —dijo Alfredo, asintiendo con la cabeza, satisfecho.

—Tú también lo tienes que notar, ¿no?

—No puedo quejarme. —Señaló el bar con la barbilla, un bonito pub de estilo irlandés en el que había invertido todos sus ahorros y donde, a aquellas horas, todavía había algunos clientes tomando un café con el que soportar con estoicidad la gélida tarde. Alex había sido uno de los más madrugadores. Era un fiel parroquiano... y amigo.

Se abrió la puerta del local y una ráfaga helada precedió a una mujer de unos treinta y pocos años acompañada por un niño pequeño. El tintineo de unas simpáticas campanillas le dio la bienvenida.

—Buenas tardes —le saludó Alfredo.

—Buenas tardes —respondió la mujer, de rasgos aristocráticos y una elegancia innegable, pero actitud tan fría como la corriente de aire que acababa de colarse por la puerta—. ¿El baño, por favor?

—¿Cuándo vamos a ver al perrito? —preguntó el niño, que no debía de tener más de cinco o seis años. Alfredo le sonrió. Le encantaban los niños.

La mujer no contestó y continuó mirando al propietario del bar con impaciencia.

—Sí, claro, disculpe. Al fondo a la derecha. —Les señaló con la mano en la que tenía la bayeta.

—Gracias. —Su respuesta fue afilada como la hoja de una navaja. Y, sin decir nada más, casi arrastrando al niño, la mujer se dirigió hacia los servicios.

Alex, que había seguido la singular escena, arqueó las cejas de forma interrogativa. Alfredo, en respuesta a su gesto, se encogió de hombros y siguió limpiando los vasos, no sin cierta sensación de malestar. Algo había en aquella mujer que no le había hecho ni pizca de gracia, y él no solía equivocarse con aquellas cosas.

Los minutos transcurrieron. Los clientes iban y venían. La oscuridad hacía tiempo que había caído fuera. No eran más de las siete pasadas, pero en el exterior era noche cerrada y la llegada de un fuerte frente frío, como llevaban vaticinando los meteorólogos de los informativos desde hacía algunos días, había hecho descender las temperaturas considerablemente. En una de aquellas ocasiones en las que la puerta del local se abrió, lo hizo trayendo consigo a uno de los amigos de Alex, que se quedó en el umbral golpeando los pies contra el suelo para entrar en calor.

—¡Rediós, qué frío hace! —gruñó.

—Frío, el de Teruel —le contestó Alfredo, sonriendo, rememorando sus orígenes, no sin cierta nostalgia.

—Es lo que tienen los de Almería, que se quejan por todo —comentó Alex desde la mesa, con recochineo.

—¡Qué graciosos que sois, los dos! —El deje almeriense del hombre se acentuó un poco más en sus palabras—. Por cierto, ¿os habéis enterado de lo que ha pasado ahí afuera?

Una pareja joven se acercó a la barra a pagar su consumición. Alfredo les atendió sin dejar de poner oreja a lo que decía Carlos. Al quitarse su trenca, la bufanda blanca delató con claridad al equipo al que iba a defender aquella noche.

—¿A qué te refieres? Yo llevo aquí quince minutos. No me he enterado de nada.

—Pues menuda hay liada. Es de órdago. Había varios coches de policía y la gente está muy alterada. Creo que se ha perdido un niño. Aunque no me extraña, con la cantidad de gente que abarrota esta zona. He tardado más de un cuarto de hora en recorrer un camino que no me tendría que haber llevado más de cinco minutos. Pues eso, lo que os decía, la madre estaba destrozada... Oye, ¿por qué ponéis esas caras tan largas? ¿Qué os pasa?

Alfredo y Alex se estaban mirando. Fue algo inconsciente, como si la señal hubiera procedido de su sistema nervioso neurovegetativo. El cambio de los dos cruasanes y los dos cafés con leche de la pareja que tenía frente a la barra se quedó colgando en el aire.

—¿Cuánto tiempo lleva en el baño? Yo no la he visto salir —dijo Alex, su rostro ensombrecido por un halo de incertidumbre—. Pero no creo que... No puede ser, ¿no?

—Oh, disculpen. Lo siento. Tengan su cambio. Muchas gracias. —La pareja que esperaba se despidió y salió del bar.

—¿Quince minutos? ¿Diez? No me he fijado, pero demasiado tiempo, de todas formas —musitó Alfredo, preocupado.

—¿Alguien me puede decir qué demonios está pasando? —preguntó Carlos, acercándose a la mesa de su amigo y dejando la trenca sobre una de las sillas vacías—. Estáis muy raros. Oye, desde aquí se ve genial la tele. ¿Cómo es que nunca nos habíamos sentado en este sitio? Nos lo tienes que guardar cada vez que haya partido... —Se calló al ver que nadie le prestaba atención.

—Andrea, ven, por favor.

Fabián y Andrea eran los camareros de El trébol de oro. La joven, pizpireta y resuelta, se acercó

a la barra.

—¿Sí, Alfredo?

—¿Podrías ir al baño de mujeres y ver si hay una señora con un niño pequeño? Ha entrado hace un rato y no nos hemos dado cuenta de si ha salido. Es posible, pero tú, simplemente, comprueba que ya no esté.

La chica arrugó su respingona naricilla.

—¿Y eso a qué viene? —Alfredo estaba serio, lo cual no era muy normal en él.

—No estamos seguros.

—Me estás dando miedo. —La chica inclinó la cabeza, intentando adivinar qué era lo que pasaba.

—Tú solo nos dices si está o no está. Nosotros no podemos entrar...

—Está bien. Voy, pero no me gusta. Esto es muy extraño. En especial viniendo de ti. —La joven se dirigió a los baños. Al pasar junto a Alex y Carlos les dedicó una nerviosa mirada con sus grandes ojos verdes. Los conocía, eran majos, y daban buenas propinas, pero no cabía duda de que allí había gato encerrado. A todos se les veía tensos. Como fuera una broma se iban a enterar.

—¿No sería mejor que llamáramos a la policía? —dijo Alex.

—¿Y si no es nada? Pondríamos a esa mujer en un aprieto. —Alfredo negó con la cabeza—. No, no podemos hacerlo. Espero estar equivocado —una voz interior le decía que no lo estaba. Dejó la bayeta y el vaso que limpiaba sobre la barra, expectante.

Alex asintió.

—¿Alguien me quiere decir de una vez qué es lo que está pasando aquí? —volvió a preguntar el almeriense, cada vez más intrigado.

Ninguno de los dos le respondió.

* * *

¿Por qué le habían entrado ganas de salir corriendo del bar?

Eran unos estúpidos. Alfredo y los demás le habían metido el miedo en el cuerpo. Ahora bien, ¿el miedo a qué? Tan solo tenía que ir al baño y comprobar que todo estuviera como debía estar, ¿no? Y, entonces, por qué aquellas caras tan largas. Tragó saliva. Aquel no era un tugurio de mala muerte, infecto, cutre y maloliente, era El trébol de oro. ¿Qué esperaban encontrar?

¡Mierda! No debería de haber dejado los estudios de veterinaria, se lamentó. No, no tenía que haberlo hecho, pero lo hizo. Le asustaba la sangre. Amaba los animales, pero odiaba la sangre, las agujas, los bisturís, las cosas afiladas... Imposible. Para más inri, su padre había perdido el trabajo apenas unos días antes de entrar en la universidad, y su madre se había ido con aquel maldito abogado de los cojones, dejándolos tirados y en la miseria. Y una cosa había llevado a la otra. Así que allí estaba, en medio de un bar de estilo irlandés intentando averiguar, como si se tratara de una vulgar detective privada de película de serie B, si una tipeja seguía en el baño o no. ¡Qué emocionante! Se juró que, habiendo su padre comenzado a trabajar de nuevo, el próximo junio se apuntaría a un ciclo formativo o, a lo mejor, intentaba probar otra vez el acceso a la universidad para estudiar Biología, o Genética, o algo parecido. No, su etapa como camarera tenía los días contados. Muy pronto le tocaría a alguien reemplazarla.

Tras recorrer un corto pasillo pintado en tonos ocres, giró un recodo a la derecha y se encontró ante la puerta del baño de mujeres (el de hombres estaba unos metros más al fondo) y, para su sorpresa, casi tropezó con una joven de, más o menos, su misma edad que estaba intentado entrar en

él, sin fortuna. Un chico que la había venido siguiendo durante los últimos metros las esquivó y pasó de largo en dirección al otro aseo.

—No se abre —dijo la chica, una graciosa pelirroja con las mejillas repletas de pecas. Era guapa, la condenada, pensó Andrea. Le pirraban las pelirrojas. Mucho. Se humedeció los labios de manera inconsciente. Quizás en otras circunstancias... Pero no ahora, ahora tenía que cumplir la misión que Alfredo le había encomendado y, la verdad, no empezaba muy bien.

—Déjame ver. —Andrea giró el tirador de la puerta, pero se quedó a medio camino. La chica tenía razón: estaba atrancada. Sus ojos, de un color miel, con un anillo verdoso alrededor de sus pupilas, le resultaron tremendamente atractivos. Andrea, concéntrate, se obligó a decir. Ayudándose con el hombro, dio un empujón a la hoja de madera, pero la puerta no se movió un ápice. Aquello sí que era raro. Ella recordaba haber ido al baño tres cuartos de hora antes y funcionaba a la perfección.

—Creo que hay alguien dentro —le confirmó la chica, a la que, de repente, se le habían encendido las mejillas. Mira, pensó Andrea sintiendo las buenas vibraciones que circulaban entre las dos, quizás, después de todo, la tarde iba a reportarle una agradable sorpresa.

—¿Estás segura?

—Me ha parecido oír la voz de un niño —dijo, entre preocupada y extrañada.

¿Un niño? Por lo tanto, Alfredo y los demás tenían razón. La mujer de la que estaban hablando seguía allí adentro. Aquello se complicaba. El chico de antes, el que había ido al lavabo, pasó otra vez junto a ellas y desapareció en dirección al bar, dedicándoles una intensa mirada. Era guapo. Lástima que sus instintos femeninos no respondieran a sus feromonas. Volvamos a lo que nos atiende. ¿Debía de avisar a Alfredo? No, todavía podía probar una cosa. Llamó con los nudillos, golpeando varias veces sobre la hoja de la puerta.

—¿Quién hay ahí dentro? ¿Tienen algún problema?

La chica de las pecas no se había separado de ella ni un solo instante, incluso se le había acercado un poco más. Para ser invierno, llevaba un modelito de lo más sugerente, resaltando sus grandes y redondeados pechos. Andrea, por Dios, ¡céntrate!

Nadie respondió. La camarera acercó la oreja a la puerta y cerró los ojos. Sí, se oían movimientos. No cabía duda de que allí había alguien y era imposible que no hubieran oído los golpes. Hablaban flojito, apenas el suspiro de un murmullo. Creyó distinguir la voz de la mujer, aunque no la del niño. Volvió a llamar con los nudillos, esta vez más fuerte.

—¡Abran la puerta o tendré que hacer venir al propietario! —El corazón se le aceleró. ¿Quién se encerraba en los aseos de un bar si no tenía nada que ocultar? Se volvió hacia la chica de las pecas y le dedicó lo que consideró una tranquilizadora sonrisa—. Quizás deberías ir al aseo de hombres.

—No te preocupes por mí, puedo aguantarme. Prefiero estar aquí, contigo.

Aquí, contigo. Una buena respuesta. Su sonrisa se iluminó aún más. Sí, quizás aquella fría noche no resultara tan fría, al fin y al cabo. Le encantaban sus coquetas pecas, aquel cabello pelirrojo que acariciaba sus hombros... De pronto, sus pensamientos se rompieron como una pompa de jabón. La puerta cedió. Lo que fuera que la obstruía dejó de hacerlo. Arrugó la nariz, como siempre que alguna cosa le preocupaba.

—Quédate aquí, por favor —le dijo.

La joven se mordió el labio inferior y asintió. Aquello la puso a cien, pero no tenía tiempo para deleitarse con sus fantasías. Tenía que... Inesperadamente, ella la agarró del brazo y Andrea fue incapaz de dar un respingo.

—Me llamo Belén. Ten cuidado, por favor.

¿Ten cuidado, por favor? Eran unos lavabos. ¿Qué creía que podía haber allí adentro? ¿El monstruo de los lavabos? ¿La Llorona? ¿Una terrorista? Aquello le hizo dar un paso atrás. Una terrorista. El mundo estaba muy mal. Y cada cierto tiempo había atentados de toda índole en diferentes ciudades de Europa. Mucha gente había muerto por culpa de los malditos yihadistas. ¿Era momento de avisar a Alfredo? No, había dicho que la mujer iba con un niño. La situación la estaba sobrepasando. Respira, Andrea, respira. Tú puedes hacerlo. En peores te has visto. Cuando regresara a la barra, le diría que todo estaba solucionado, que no había pasado nada. Quería que se sintiera orgullosa de ella. Un contratiempo sin importancia. La puerta se había estropeado, la mujer estaba nerviosa y no podía salir. Cualquier cosa de esas. Y sí, además le diría que se iba a ir con Belén, con aquella chica que había conocido gracias a él y a sus paranoias, en cuanto acabara su jornada laboral. A bailar y a tomar unas copas, y después ya se vería. Eso le diría. Nada más, ni nada menos.

Empujó la puerta con la mano y entró con mayor cautela de la habitual.

El lavabo de mujeres constaba de un mármol con cuatro lavamanos y un gran espejo que ocupaba cuan larga era la pared. A sus espaldas, en la pared contraria, colgaban enmarcadas antiguas canciones irlandesas de amor escritas de puño y letra de sus autores. De hecho, la decoración del local era lo más parecida a la de un pub irlandés, quizás porque Alfredo se había pasado diez años en Cork trabajando cada día hasta el amanecer en uno de ellos para sacar su sueño adelante. Al fondo se abrían cuatro cubículos con puerta donde se hallaban los inodoros. Tres estaban entreabiertos y uno cerrado. Pero lo más extraño no era eso. Sobre el mármol donde se incrustaban los lavamanos había un bolso de considerable tamaño con la cremallera abierta y del que sobresalían una bufanda y un gorro de lana. A su lado alguien había desparramado varios botes; algunos estaban destapados, y una de las picas manchada por grandes goterones oscuros que la salpicaban. Aquello le recordó de inmediato las veces que había intentado teñirse en casa. Barato, pero demasiado engorroso. De hecho, olía igual. Los efluvios del amoníaco lo impregnaban todo, acicateando su nariz. Entonces vio la brocha, el peine y los guantes de plástico. Sí, alguien había intentado teñirse en los lavabos. Pero ¿por qué? Eso solo lo había visto en las películas y nunca presagiaba nada bueno.

—Salga, por favor. Sé que está ahí dentro. No se preocupe, le ayudaré a recoger sus cosas—. Se volvió. Belén, había dicho que se llamaba Belén, ¿verdad?, asomaba la cabeza por el hueco de la puerta, compungida. Andrea le hizo un gesto con la mano para que no entrara. La verdad es que estaba planteándose también salir ella misma, pues aquello no le estaba gustando ni una pizca. Maldito Alfredo, en qué marrón le había metido.

—¡Vete! —dijo de repente una voz femenina desde el interior del tercer cubículo, el que se encontraba cerrado.

Finalmente, se dignaba a hablar... Bueno, era un comienzo. La cuestión pasaba por seguir negociando para acabar cuanto antes con aquella surrealista situación sacada de un alocao *reality*.

—No puedo irme, lo siento. Yo trabajo aquí. ¿Le ocurre algo? ¿Necesita ayuda? Lo mejor que puede hacer es salir y nosotros haremos lo posible para solventar sus problemas. O, si quiere, llamaremos a la policía...

—¡No, a la policía no! —La voz hueca que procedía del interior del aseo resonó por cada resquicio del lavabo como el disparo de una escopeta.

¡Uh, oh! No, aquello no pintaba bien. ¿Una mujer tiñéndose y que no quería ver a la policía? Se había acabado la pantomima. Tenía que decírselo a Alfredo. No le pagaban lo suficiente para enfrentarse a algo tan turbio como lo que parecía estar cociéndose allí dentro. Por cierto, ¿y el niño del que todos hablaban?

—Está bien, no llamaremos a la policía —comenzó a recular. Por un instante, el corazón le dio

un brinco en el pecho al verse reflejada en el espejo. ¡Joder, qué susto! Cerró los ojos. Relájate, Andrea. Tranquila. Respiró hondo, procurando frenar los desbocados latidos que reverberaban en su sien, pistones de una máquina embravecida a punto de explotar. Estaba más pálida de lo que pensaba, y llevaba la coleta un poco despeinada. Además, no le habría venido mal un retoque de maquillaje. ¿Qué habría pensado Belén al verla? Agitó la cabeza, arrancándose la tontería de cuajo. ¿Cómo podía preocuparse de aquellas estupideces en un momento tan... delicado? Pero es que la joven pelirroja estaba mirándola desde la puerta con unos ojos que la estaban derritiendo. Fue entonces cuando oyó la voz del niño.

—¡Yo quiero ver al perrito! ¿Por qué no lo hemos visto todavía? Quiero volver con mi papá y mi mamá. —Andrea creyó intuir pucheros infantiles deshaciéndose entre las palabras.

—No tardaremos en ir a verlo, cariño. Tranquilo. El cachorrito está aquí cerca...

A Andrea el corazón se le detuvo entre latido y latido. Aquella mujer, fuera quien fuese, sí tenía un niño allí dentro, como le habían dicho los chicos. Y, de repente, una luz racional y lógica le hizo ver la verdad. ¿Y si el tinte no era para ella? ¿Y si a quién quería cambiar el color del pelo era al niño?

Se volvió de nuevo hacia Belén, esta vez resolutiva, y le habló con lentitud, vocalizando cada una de las sílabas que salieron de sus labios.

—Ve a a-vi-sar al pro-pie-ta-rio. —No hubo sonido alguno, tan solo una vibración invisible y sorda que se perdió entre el espacio que las separaba.

La joven asintió, comprendiendo al instante el mensaje. Esa era su chica. La muchacha salió corriendo y desapareció de su vista. Mas algún extraño cambio de comportamiento debió intuir la mujer que se ocultaba en el cubículo, pues, cuando Andrea menos se lo esperaba, el cierre de seguridad se descorrió con un audible clic. La puerta, sin embargo, no se abrió, al menos no totalmente, dejando apenas separada de la jamba una rendija sombría por la que no pudo ver más que sombras reflejadas en el embaldosado de la pared. ¿Por qué no salían?

—¿Hay alguien con usted? —preguntó Andrea, con la intención de ganar algo de tiempo. Necesitaba que vinieran a ayudarla—. Hay un niño, ¿verdad? Será mejor que salgan. —Psicología inversa, pensó. Quizás así la mujer se mantuviera oculta un rato más en la seguridad de su escondrijo. Sentía la adrenalina fluir por sus venas, instándola a huir de allí, pero la curiosidad era superior a su instinto de supervivencia. Dio un par de silenciosos pasos hacia el cubículo.

Y esa fue su perdición.

No lo vio llegar.

La puerta se abrió de golpe. Allí estaba la mujer, sus ojos desquiciados, enfebrecidos, y, a su lado, un niño pequeño mirándola asustado, desorientado, con unos gruesos lagrimones que le resbalaban por las mejillas, agarrándose de manera incomprensible a la pierna de la loca, como si fuera su protectora... o todo lo contrario.

Andrea apenas distinguió el resplandor, un centelleo veloz que atravesó su campo de visión dejando una estela helada a su paso. Luego, un raro cosquilleo hormigueó por su cuello, recordándole la sensación que más de una vez había sentido cuando, en su época de estudiante, se había cortado la yema del dedo de forma accidental con un folio: al principio, indolora, luego, terriblemente hiriente.

Fue consciente de lo que le sucedía cuando se llevó las manos a la garganta, intentó hablar... y no pudo hacerlo. El afilado cuchillo que la mujer sostenía en la mano le había sesgado las cuerdas vocales. El niño, al ver la sangre brotar del tajo en su garganta, deslizándose con avidez por el pecho y la camiseta de la muchacha, aprovechó para deshacerse de la mujer que lo había secuestrado,

absorta en el hipnótico caudal que manaba del profundo corte que acababa de infringir a su víctima.

—¡No, no te puedes ir! —le gritó la mujer yendo tras él al notar que se desprendía de su cuerpo, pero Andrea, la vida escapándosele con cada bombeo de su corazón, se abalanzó hacia ella con la imperiosa voluntad de proteger al niño. Su asesina, el rostro crispado en una terrorífica mueca, la apartó a un lado con brusquedad, lanzándola contra la pared del baño, donde el rastro de sangre de sus manos quedó marcado en las baldosas acompañando su caída hacia el suelo, incapaz de mantenerse en pie. Andrea tuvo tiempo de ver al niño salir del baño y, décimas de segundo después, la entrada de Belén acompañada de Alfredo y aquellos dos hombres a los que conocía, pero de los que no acababa de recordar sus nombres. Chascó la lengua contra el paladar. Una lástima, se dijo a sí misma al oír a la pobre muchacha gritando histérica mientras a ella se le iba la vida en un torrente escarlata que no dejaba de fluir de su salvaje herida. Sí, una verdadera pena no haber podido besar sus carnosos labios, ni gozar de cada uno de los rincones de su precioso cuerpo, sorber su esencia... Al menos, se dijo, notando como su corazón se ralentizaba cada vez más, el niño había... logrado... escapar... de... aque... lla... mal... dita... har... pía. Un postrer latido. Y, tras él, la oscuridad y el silencio.

La mujer que había acabado con su vida salió del cubículo convertida en una verdadera furia, lanzándose hacia los estupefactos hombres blandiendo el afilado cuchillo por cuya centelleante hoja aún resbalaba la sangre fresca de Andrea.

—¡Jan, no te vayas, Jaaaaannnn!

El afilado estilete pasó rozando la mejilla de Alfredo, quien, sin pensárselo dos veces, le hundió el puño en el estómago al ver a su joven camarera, pálida como la cera, tendida exánime sobre un tremendo charco de sangre con una cortadura en el cuello que le había abierto una horripilante segunda sonrisa. La mujer se dobló en dos, soltando todo el aire que tenía en sus pulmones, pero, en lugar de caer al suelo, como todos hubiesen imaginado, se recompuso, y se revolvió igual que una mangosta. ¿De dónde sacaba aquellas fuerzas? Pocos, muy pocos, habían sido capaces de superar uno de los puñetazos de Alfredo.

—¡Llamen a la policía! —gritó Carlos a los sorprendidos clientes que en aquel momento llenaban más de la mitad del bar, tras haber ido hacia la barra en busca de Fabián y de algún buen samaritano que pudiera ayudarlos.

Belén, hecha un manojo de nervios, se acurrucaba en un extremo del lavabo, retraída sobre sí misma, contemplando lo que sucedía a su alrededor como si se tratara de la espectadora de una mala película de terror de la que no había comprado entrada alguna. Alex, por el contrario, esquivó a Alfredo como pudo, y se acercó a ayudar a la camarera herida. Le tomó el pulso, pero no lo encontró. Sus labios estaban morados, y sus luminosos ojos cubiertos por una entelada membrana grisácea que había devorado su precioso color. Aquella loca la había degollado y no había nada que pudiera hacerse por ella.

El acerado cuchillo volvió a rielar rasgando el aire a escasos centímetros del rostro del propietario del bar, pero esta vez Alfredo no se anduvo con chiquitas. No era la primera vez que se enfrentaba a un tipo armado con un arma blanca. Diez años trabajando en un bar de Irlanda daban para tener experiencia en aquellos menesteres, aunque debía de reconocer que lo que tenía en frente era muy diferente a una pelea de borrachos. Aquella mujer estaba poseída, su rostro contraído en una horrenda máscara, sus ojos brillando de manera animal. Y además había matado a Andrea. A su Andrea. Le había rebanado el pescuezo de una forma espantosa. Hija de perra. Con el antebrazo derecho detuvo la trayectoria del cuchillo, que buscaba su cuerpo y, con la izquierda, le lanzó un golpe seco a la mano que lo sujetaba. El arma salió disparada por el aire y chocó con el espejo, que

se rompió materializando una irreal telaraña de cristal que reflejó sus imágenes infinitamente. La mujer, convertida en un ser irracional, gruñía y enseñaba los dientes, lanzando dentelladas al aire como si hubiese perdido la cordura. Y quizás era así, pero Alfredo no tenía tiempo, ni ganas, de tratarla como a una enferma. Le agarró la muñeca y se la retorció con pericia, haciendo que tuviera que girar el brazo tras su espalda, escapando de sus desquiciantes mordiscos para, con un rápido movimiento, estamparla contra la pared con todas sus fuerzas. Se escuchó un fuerte crujido, como de huesos al romperse. Le debía de haber roto la nariz, algún diente o quizás la mandíbula, pero no le importaba, sirvió para que la mujer perdiera el conocimiento y cayera al suelo, fuera de combate.

—¡Joder! —se quejó Alfredo. ¿Quién podía pensar que, con aquel aspecto y aquellas maneras de aburguesada, pudieran tener delante de ellos a una maldita psicópata?— ¡Joder! ¡Joder! —repitió, llevándose las manos a la cabeza. Fabián entró por la puerta de los aseos acompañados de Carlos y un par de tipos del bar que se habían ofrecido a ayudarlos. Al contemplar lo sucedido, sus rostros se descompusieron. El fornido turolense respiró hondo y se dirigió a ellos con premura en la voz—. Traed unas bridas de plástico de esas que usamos para atar los cables, hay algunas en el segundo cajón de la mesa de mi despacho, no se le ocurra a esta hija de puta volver a levantarse.

No lo hizo, al menos no antes de que llegara la policía, avisada por las llamadas de varios de los parroquianos del local que habían hecho caso a Carlos al escuchar los gritos y el altercado. Cuando entraron en los lavabos no podían dar crédito a sus ojos. Uno de los agentes, al preguntar lo ocurrido y escuchar la breve y nerviosa historia de los testigos, cayó rápidamente en la cuenta de que el niño al que hacían referencia coincidía en aspecto y edad con el del aviso de desaparición que habían recibido media hora antes. Además, tenían la bufanda y el gorro, y el bar no se encontraba muy lejos de la zona comercial donde se había denunciado el hecho, así que la pregunta no tendría que haberles pillado desprevenidos y, sin embargo, lo hizo.

—¿Y el niño? ¿Dónde está el niño?

Alfredo, Alex y Carlos se miraron entre sí, como si con aquel nervioso gesto pudieran encontrar una respuesta adecuada para aquella pregunta. Fue la joven de las pecas, la muchacha pelirroja que quince minutos antes había conocido a aquella guapa y amable camarera a la que había pensado invitar a unas copas, y cuyo cuerpo sin vida sujetaba entre sus brazos, la que les dio la respuesta. Una que nadie esperaba, una que sirvió para atraparles el corazón en una jaula de desconsuelo.

—El niño se ha ido. Como Andrea.

CAPÍTULO II

Le escocían los ojos, se los restregaba con el dorso de las manos mientras seguía corriendo, lejos de aquella mujer tan extraña que había querido cambiarle el color del pelo. De hecho, la irritación que le hacía lagrimear era en parte debida a aquello que le había puesto en la cabeza y que le había vuelto el cabello de un color casi dorado. Oía muy fuerte, un olor que se le metía por la nariz y le resquemaba los ojos. Aquella señora no quería enseñarle ningún cachorro, lo había engañado. No tenía perro alguno, tan solo quería alejarlo de sus padres. Por cierto, ¿dónde estarían? Seguro que buscándolo. Las lágrimas enturbiaban su visión. Hacía frío, un frío terrible. Y se había dejado el gorro y la bufanda en el baño del bar. Por no hablar del hambre. Se sorbió los mocos, y los que no pudo se los limpió con la manga del anorak. Miró en derredor. Allí no había tantas luces, ni tantos escaparates. No recordaba haber visto antes aquel lugar. ¿Y cuánto tiempo llevaba corriendo? No lo sabía. El tiempo era una cuestión relativa para su edad. Aún disponía de mucho por delante. Mamá o papá eran quienes se lo marcaban, quienes organizaban su vida. Y también quienes siempre le habían dicho que no debía irse con extraños. ¿Por qué no había hecho caso de sus advertencias? ¿Por querer ver a un perro que no existía? Mamá estaría enfadada. Y muy preocupada. Y seguramente papá lo castigaría sin poder jugar con la consola durante una semana, o más. Eso sí era grave. Estaba triste. Y solo. Nunca se había encontrado tan solo, ni tan siquiera cuando le habían dejado castigado en el despacho de su profesora por haberle roto sin querer las gafas a su amiga Ona. ¿Qué tenía que hacer? ¿Qué podía hacer? Mamá le decía que si tenía un problema debía buscar a un adulto y explicarle lo que le sucedía. Pero ¿y si ese adulto era como la mujer que le había mentido? No, no, lo mejor era buscar a un policía. Los policías ayudaban a la gente. Un policía lo llevaría con sus padres. El problema era que allí, donde ahora estaba, no se veían policías. De hecho, apenas pasaba gente. Y estaba oscuro. No le gustaba la oscuridad. Se ocultan cosas horribles en su interior. A veces soñaba con ellas y se despertaba asustado en la cama, sudando y temblando. Por suerte, mamá solía estar allí para consolarlo. Aunque no aquella noche. ¿Le estarían buscando? Sintió que le volvían de nuevo las ganas de llorar, pero contuvo los pucheros. Se retiró con el dorso de la mano las últimas lágrimas que resbalaron por sus mejillas. Tenía que ser un niño grande, comportarse como tal. Y encontrar a sus padres. Empezó a andar por la solitaria acera. Aquella era una calle muy larga, con coches aparcados a ambos lados. Un par de chicos de los que iban a las últimas clases del colegio salieron de repente entre dos de ellos, provocándole un sobresalto, y pasaron como una exhalación muy cerca de él, haciendo rodar con pericia sus monopatines. Lo miraron un segundo, pero desaparecieron antes de que pudiera pedirles ayuda. Uno de ellos se volvió, como si le hubiera preocupado ver a un niño tan pequeño solo por ese barrio a aquellas horas, pero las ruedas de su *skate* se lo llevaron rodando, dejando tras de sí un ruido estremecedor al acariciar el rugoso asfalto, y la noche se lo comió de un bocado.

A lo lejos, una señora mayor arrastraba un carrito lleno de trastos con evidente dificultad. Intentaba subirlo a la acera, superando el desnivel del bordillo, pero era mayor y apenas podía. Quizás ella pudiera ayudarlo. Desestimó la opción cuando la mujer empezó a hablar sola hacia la nada, como si regañara a un amigo invisible. A lo mejor tenía uno, pensó Marc. Tomás, su compañero de mesa en el cole, lo tenía. Se llamaba Pedro y sabía jugar muy bien a fútbol. O al menos eso decía Tomás, porque él jamás había visto que se moviera la pelota cuando estaba a su

lado.

De su boca salían nubecillas de vapor al respirar. En cualquier otra ocasión le hubiera gustado entretenerse en resoplar y hacer la fantasmagórica nube cada vez más grande, pero no aquel día. El estómago le rugió, recordándole que tenía hambre. Y sueño. Y quería volver a casa a acurrucarse, con una mantita por encima, al calor de su madre y de la calefacción, para ver juntos en la televisión un nuevo capítulo de su serie preferida de dibujos animados.

—Mamá, no lo volveré a hacer, de verdad, pero ven a buscarme, por favor —rogó en un susurro, sintiéndose culpable por haber aceptado la infame proposición de aquella mujer que se había burlado de él.

De pronto, un par de discos plateados flotaron en el interior de un callejón que se abría entre dos viejos edificios y se clavaron en él. Se asustó, al menos al principio, aunque pronto se dio cuenta de que no se trataban de los ojos de un viscoso monstruo como aquellos que su amigo Toni decía que se ocultaban bajo las camas para alimentarse de los sueños de los niños malos, sino de la mirada argéntea de un sarnoso perro que rebuscaba ansioso en un cubo de basura. La apagada luz de una titilante farola le iluminó por unos segundos, proyectando su alargada sombra contra una pared repleta de carteles medio desenganchados y podridos por la humedad. ¡Un perro! Cuánto le gustaba acariciarlos, jugar con ellos... Quizás era aquel del que le había hablado la señora. No, se dijo, la señora le había mentado, quería que fuera con ella y, además, todo el rato le había llamado Jan. Él no se llamaba Jan, se llamaba Marc. Aquella señora era mala. Sí, mala. Le había hecho daño a aquella chica que había intentado ayudarlo en el bar. Mucho daño. Algo en su cerebro, quizás para proteger su inocencia, había bloqueado las terribles imágenes de la sangre y la locura desatadas en los servicios del bar del que había huido minutos antes, relegándolas a un tenue soniquete apenas audible en algún lugar muy escondido de su cabeza. Pero un perro era un perro, así que, sin pensárselo dos veces, se decidió a entrar en el callejón y, al hacerlo, se fue alejando cada vez más de las calles principales...

Y de la posibilidad de regresar a casa.

* * *

Una noche más.

Eran ya ocho meses y catorce días. Ocho meses y catorce días que le habían sumido en la degradación más absoluta. Ocho meses y catorce días en los que había visto cómo su humanidad había ido pudriéndose hasta convertirlo en escoria. ¿Cómo podía imaginarse diez meses atrás que acabaría subsistiendo en las calles, transformado en un indigente como a los que él mismo había esquivado cuando aún disponía de una vida? ¿Cómo podía estar arrastrando un roñoso y oxidado carrito de la compra, con un cartón de vino barato en el fondo del bolsillo de un viejo gabán conseguido en Cáritas? Cada minuto de cada día de aquellos malditos ocho meses y catorce días se había preguntado qué era lo que había hecho mal. Y lo peor de todo es que no encontraba una respuesta que le satisficiera, una justificación que, resultado de una existencia previa, indigna y deplorable, le mereciera un castigo semejante. No, lo más trágico y triste era que no había tras aquella situación nada reprochable, sino tan solo una concatenación de golpes de mala suerte. Nada más que eso. Y no era el único. Conocía a otros que habían acabado de la misma forma que él... y que no lo habían superado.

Hacía frío aquella noche. El maldito frío. Odiaba el invierno. En verano al menos el día era más largo y el sol iluminaba sus miserias durante más tiempo, condescendiente y benévolo. Por el

contrario, el invierno, para los que no tenían un techo bajo el cual guarecerse, se convertía en un infierno. El frío, la humedad, la lluvia, la oscuridad... Sí, la oscuridad. Todos temían a la oscuridad. Como los niños. No conocía todavía a ningún vagabundo, a ningún desharrapado como él, que no la temiera. Y es que en ella se escondían cosas horribles. Y, por desgracia, en invierno el manto de la oscuridad se cernía sobre la ciudad muy pronto, liberándolas precipitadamente. Se sacó el cartón de vino del bolsillo y le dio un largo trago. Parte del líquido le resbaló por la comisura de los labios, cayéndole sobre la sucia barba, que se rascó como si la tuviera llena de piojos. Quizás fuera así. ¿Y qué importaba ya? Imágenes del pasado le llegaron como en un repentino destello y tuvo que apoyarse en la pared. Le ocurría a menudo. Era normal, le habían dicho los que habían pasado por su situación. Pronto desaparecerían, cuando ya no pudiera considerarse persona. Eran resquicios de su otro yo, recuerdos heridos que se resistían a reconocer la verdad. Aquel inoportuno *flashback* de su vida anterior le devolvió a las navidades de años atrás, como si acabara de ser visitado por el fantasma de Dickens, y le hicieron verse vestido con traje y corbata celebrando las fiestas, junto a la que había sido su mujer, alrededor de una mesa repleta de viandas a la cálida luz de la lumbre que procedía de la chimenea; a su lado, sus hijos miraban los regalos que se amontonaban en la base de un precioso árbol navideño engalanado con guirnaldas de color dorado. Aquello dolía, dolía mucho más que el hambre que acuciaba su estómago como una miríada parásita, un vacío a la altura del esternón que llevaba torturándole desde hacía dos días. El vino no tardaría en amortiguar la sensación con su cálida mentira o, al menos, eso esperaba, porque no siempre los deseos se cumplían.

¿Cómo podía haber llegado a aquel punto sin retorno?, se preguntaba una y otra vez, martirizándose porque la respuesta era más fácil de lo que nadie pudiera imaginar. Se llamaba Roberto Ortega, y cuatro años antes trabajaba como programador en una gran empresa de telecomunicaciones, una en la que había pasado los mejores años de su vida. Era época de vacas gordas y ganaba ingentes cantidades de dinero con sus proyectos, lo que le empujó a endeudarse en una brutal hipoteca para hacer realidad su sueño y el de su querida esposa: una magnífica casa adosada de cuatro habitaciones, garaje para dos coches y piscina... que compró en el peor momento de la burbuja inmobiliaria. No había problema, entre su sueldo y el de su mujer, maestra en un colegio de primaria, podrían soportar cualquier cosa. Los cálculos salían. Todo era felicidad e ilusión; se tenían el uno al otro, y lo suficiente para embarcarse en aquella odisea de la que esperaban salir indemnes. Como a una gran mayoría, los bancos les tendieron la trampa y ellos cayeron cual ratones tras el queso que les ofrecían. Y entonces, de manera inesperada, llegó la crisis, la maldita crisis, cebándose en todos, arrasando como una voraz plaga de langosta a cuantos se pusieron por delante. Su empresa hizo un ERE. Despidieron a más de doscientas personas. Él tenía cuarenta y siete años. Más de veinte de profesión sobre sus espaldas, pero los jóvenes tiraban fuerte. Fue de los primeros en recibir la temida carta de despido. Les prometieron que no tardarían en volver a su antiguo empleo. Les mintieron. La empresa tuvo que seguir despidiendo empleados hasta alcanzar una masa laboral sostenible, o al menos esa fue la excusa que utilizaron para no readmitirles. Él, como tantos otros compañeros de su misma edad, llenó de currículums las empresas del sector. Eran demasiados. Y no había trabajo para todos. De hecho, no había trabajo para casi nadie. La hipoteca, entretanto, golpeaba la puerta de su cuenta a principio de cada mes, de manera pertinaz y sangrienta. Con el sueldo de su mujer apenas llegaban a cubrirla, pero los niños tenían que comer, que vestir, y debían pagar el colegio y el comedor... Mientras el subsidio del desempleo fue llegando, lograron sobrellevarlo, pero, cuando este se acabó, la cosa empeoró dramáticamente. Y el amor no fue suficiente para superar la terrible situación. El amor no pagaba las facturas, su rédito no

tenía repercusión alguna en sus cuentas, cada vez más vacías. Hizo lo que pudo para buscar un empleo, lo hubiese jurado ante cualquier juez, incluso ante el mismísimo Dios si se lo hubieran permitido, pero nadie lo contrataba, y su nivel de vida les había hecho endeudarse de tal forma que se vieron incapaces de soportarlo. A momentos excepcionales, medidas excepcionales. Antes de ser desahuciados, su mujer y sus hijos prefirieron irse a vivir con sus padres y él con su hermano, con la esperanza de alquilar su casa y, con ese dinero, poder hacer efectivos los pagos que caían sin piedad. Por desgracia, nadie quiso aceptar un alquiler tan alto como solicitaban y la deuda fue creciendo hasta hacerse insostenible. Su matrimonio se fue a pique. Y él, a pesar de todo, lo comprendió. Pudo, en su ingenuidad provocada por la derrota, llegar a entender la humana reacción de su mujer. Quizás él fuera más optimista, pero sabía que ponerse en su piel debía de ser terrible. El tiempo fue pasando. Apenas se veían y no tenían intimidad alguna, obligados a vivir en casas ajenas. Su relación se deterioró tan rápido como lo hizo su cuenta bancaria. Los niños pronto se rebelaron contra él por no poder mantener un estatus que les había regalado desde siempre y que ahora se le antojaba caprichoso. Cada vez que escuchaba sus duras recriminaciones, sus palabras dolían y cuarteaban la familia, resquebrajando aún más su frágil vínculo. Las peleas se hicieron habituales durante sus fugaces encuentros, cuchillos que cortaban los escasos lazos que les quedaban. Ella le pidió el divorcio seis meses después. Le confesó que salía con alguien, con un compañero del colegio del que se había enamorado. El golpe fue tan duro que Roberto se quedó ovillado en la cama casi un par de meses sin salir de la habitación que ocupaba en casa de su hermano. Cuando logró hacerlo, la depresión le llevó a visitar bares que ni tan siquiera sabía que existían. Sin apenas darse cuenta, se convirtió en un alcohólico. La bebida era lo único que le hacía evadirse de la realidad, llevándole a su particular paraíso etílico. La primera vez que llegó borracho al hogar de su hermano, vociferando y golpeando las paredes con los nudillos ensangrentados, consiguió, tras varias horas de disputa conyugal, que su cuñada entendiera la situación. Le pidió compasión y ella fue compasiva. Cuando, días más tarde, unos vecinos lo encontraron tirado en la entrada del edificio sobre un charco de su propio vómito, musitando frases ininteligibles, se colmó un vaso que ni tan siquiera su hermano fue capaz de contener.

Buscó ayuda en algunos amigos, pero la palabra amistad resultaba difícil de compatibilizar con la muerte en vida. Y aun así no pudo quejarse. Algunos le dieron algo de dinero, que no tardó en dilapidar en litros de alcohol, otros le prestaron su hospitalidad y le dejaron vivir en su casa algunas semanas, pero aquella forma de subsistencia tenía los días contados. Ocho meses y catorce días atrás, tras un divorcio que le arrancó lo poco que aún le quedaba, sin dinero y sin un lugar donde caerse muerto, pasó su primera noche en la calle. Y aquello fue el principio del fin... o el inicio de su nuevo purgatorio. Se resistió a creerse un vagabundo, un sintecho. Él era tan solo un hombre que había tenido una mala racha. No tardaría en encontrar trabajo y volvería a reconquistar el amor de su mujer y de sus hijos. Lo haría, sí. Aquella noche no durmió, sentado en el banco de un parque; era finales de marzo, no tenía un duro en el bolsillo, y se la pasó temblando, completamente destruido. Sabía que la noche siguiente sería igual, que nadie le esperaba en ningún lugar y que no podría pagar una pensión, pero imaginó que la desgracia duraría unos días, unas semanas a lo sumo. Sin embargo, el castigo se volvió eterno y a las semanas le siguieron los meses, hasta convertirse en el desecho humano que era ahora. Lo peor de todo era que, cuando te transformabas en escoria, en un ser incómodo, demonizado por la sociedad, pasabas a formar parte de lo que él llamaba *la ciudad espejo*, el lado oscuro de la urbe, un lugar donde el tiempo parecía transcurrir de una manera muy diferente al del resto de la gente. Y donde habitaban seres terribles y la maldad cobraba consistencia de una manera sórdida y siniestra.

Por eso odiaba el invierno, que llegaba con sus cortos días desplegando su temprano velo de sombras, sumiendo a la ciudad espejo en un peligroso mundo de Alicia, mórbido y malsano, en el que él y sus compañeros de calle se volvían víctimas de la noche. Y por eso mismo tenía que llegar pronto a la Madriguera.

Había sido un grave error despistarse charlando con el Latas. Al final le había dado unas aspirinas y algo de vino como regalo de despedida, la solidaridad del indigente. El pobre estaba fatal, con una gripe —eso quería creer él— que le hacía toser como si se le desgarraran los pulmones. Escupía sangre. ¿Tuberculosis? No le extrañaría. Y, a pesar de ello, se lo debía. Él le había ayudado los primeros días que había pasado a la intemperie, e incluso habían compartido durante un par de semanas una misma esquina para mendigar mientras le instruía en las duras reglas de la calle. Había sido su mentor en aquel averno en la tierra. Luego se habían separado, porque sí. Porque era lo que tenía que ser. Las gentes de la calle venían e iban. Aparecían y desaparecían. A veces solo desaparecían y no se las volvía a ver. Eso daba miedo.

Hacía unos días le habían llegado rumores de que el Latas estaba muy enfermo, de que rondaba cerca del puente que conectaba con la antigua autopista, y aquella mañana había decidido visitarlo. Se lo debía, sí. Pero no había calculado bien el tiempo que eso le llevaría. Así que ahora tenía que darse prisa en regresar a la Madriguera si no quería tener problemas. Era sábado. Y los sábados eran un mal día.

Era día de caza.

* * *

Un puñado de hipertrofiadas cucarachas correataron entre la inmundicia que se acumulaba en el callejón, desapareciendo tras un montón de cajas de cartón medio deshechas apoyadas en la pared contraria a la montaña de bolsas de basura donde el perro tenía hundido el hocico, escarbando y rebuscando. Eran unos bichos repugnantes y enormes, pero por suerte Marc no les prestó atención, intentando caminar con cuidado para no asustar al perro, al que quería ver más de cerca. De hecho, no podía llegar a considerarse un callejón como tal, sino un paso interior que conectaba con una maraña de calles y callejas intrincadas que constituían un laberinto turbio y oscuro. El lugar apestaba a orín, a moho y a excrementos de rata; para Marc, que había arrugado su naricilla, tan solo olía mal, pero el viejo y escualido chucho que seguía hurgando en la basura era suficiente premio para salvar aquel pequeño inconveniente.

—Perro, perrito... No te asustes, no te vayas —musitó, alejándose cada vez más de la calle principal.

El animal acabó por levantar la cabeza al percibir la diminuta presencia. La luz de la titilante farola que impregnaba su silueta contra la pared hizo que sus ojos se tiñeran de rojo, convirtiéndolo por unos instantes en un ser de pesadilla. Marc se asustó y se detuvo. Parpadeó, dubitativo. Aquella visión infernal duró tan solo unos segundos y luego, el animal, tras rascarse con su pata trasera para intentar liberarse de un puñado de pulgas, volvió a hundir el hocico en la basura entre gruñidos de satisfacción. El pequeño suspiró aliviado, volviendo a andar hacia él.

No habría recorrido un par de metros cuando, a su izquierda, cerca de las cajas, algo se movió. El perro se envaró y levantó la cabeza y las orejas, volviéndose hacia el lugar de donde había procedido el inesperado ruido. El hocico del animal brilló en la noche, olfateando, husmeando, y lo que el aire llevó hasta su nariz le hizo tensar las patas y adquirir una posición que a Marc le recordó a la del perro de sus vecinos cuando veía un gato en el parque. Pero no era precisamente un gato

quien se escondía en las perfiladas sombras. Un par de enormes ratas se deshicieron de la umbría en la que se ocultaban y se encararon al chuchó, que les había hecho el trabajo de abrir las bolsas de basura, esparciendo a su alrededor los restos que contenían. Marc se quedó muy quieto. Había visto ratoncitos y jerbos en el zoológico, pero, a diferencia de aquellos encantadores animalillos, las dos ratas que había vomitado la oscuridad no tenían nada de agradables, ni de simpáticas. El perro adquirió una postura defensiva y les gruñó, mostrándoles los dientes, pero las ratas no solo no hicieron caso a las advertencias, sino que siguieron avanzando hacia él, posicionándose a ambos lados del animal como si, de forma inexplicable, quisieran rodearlo, como si tuvieran intención de atacarle. El viejo can sabía cuáles eran las leyes de la calle, se había curtido en ellas, y fue consciente de que, en sus condiciones, no podría enfrentarse a las ratas sin salir malherido. Y eso significaba la muerte. No, aquella batalla la tenía perdida, así que, con el rabo entre las patas, el animal emitió un último gruñido y, temblando por el frío y el hambre, desistió en su empeño y se alejó con rapidez por las calles traseras, abandonando el lugar. Las ratas, satisfechas, se lanzaron hacia la basura con avaricia, emitiendo unos chillidos victoriosos que crisparon los nervios de Marc. El perrito se había ido por culpa de aquellos malditos bichos. ¡Tontos! Aunque, quizás era mejor que también él se fuera. El aspecto de aquellas ratas no le gustaba y no estaba tan lejos de la calle por la que había venido. Se volvió y, al hacerlo, dio un respingo. Otra pareja de ratas se le había acercado sigilosamente por la retaguardia. Una de ellas estaba tan cerca que le husmeaba el zapato. Su tamaño era tal que, por unos segundos, el niño creyó que se trataba de un enorme gato. Al ver su larga cola cartilaginosa, y los afilados dientes cuando levantó su asquerosa cabeza para contemplarlo, se asustó tanto que se cayó al suelo. Con una mueca de repugnancia, el crío notó cómo la humedad y la suciedad se adhería a sus pantalones, a su anorak y a sus manos igual que un viscoso simbionte. Pero eso fue lo de menos, porque, como si hubiese estado esperando un descuido similar, la gigantesca rata saltó sobre él, subiéndosele con inaudita rapidez por el puente que creó su pierna. Marc, aterrorizado, pudo distinguir que uno de los ojos del animal no era más que una cicatriz que cruzaba parte de su cabeza, resultado probablemente de alguna lucha fratricida; el otro, sin embargo, oscuro como la obsidiana, reflejó la luz de la farola, tornándose de un intenso color rojo sangre. Con un chillido de triunfo, la rata fue directa hacia su cara con intención de arrancarle la nariz o morderle las mejillas, pero el niño, de un manotazo fortuito, la lanzó fuera de su cuerpo, ganando unos segundos que le permitieron ponerse en pie. El resto de las ratas, al ver que el pequeño se levantaba entre pucheros y empezaba a correr, no se dieron por vencidas y, abandonando los putrefactos restos de basura, salieron tras él. Era vacilante y torpe, una asustada cría humana que se había separado de su grupo; sin protección se convertía en un trofeo demasiado exquisito para resignarse a perderlo a la primera de cambio. Su instinto depredador y carroñero no les engañó. Unos cuantos metros más adelante, el niño que, desorientado y gobernado por el miedo, había emprendido una desafortunada carrera, tropezó y cayó al suelo con un sordo bufido. Allí la negrura de la noche era aún más cerrada. No llegaba la luz de las titilantes farolas, tan solo tímidos haces de la pálida luna que iluminaban las sucias calles de una parte de la ciudad desconocida que mostraba el lado más oscuro de la urbe, el maligno reflejo al que nadie quería pertenecer.

Sin perder un instante, las ratas saltaron sobre su cuerpecito, voraces y ansiosas.

La cena estaba lista y dispuesta para ser servida.

* * *

El puntapié reventó a la rata tuerta, que salió disparada unos metros más allá, justo cuando estaba

a punto de clavar sus dientes en la nuca del niño. Al caer al suelo, el animal ya estaba muerto, sus tripas saliéndosele por la boca convertidas en una masa mucilaginosa y sanguinolenta a causa de la patada. Otra de las ratas, iracunda, se enfrentó a la sombra enseñándole unos peligrosos y afilados incisivos, y dio un salto que buscaba hundir sus fauces en su desconocido oponente pero, con el esqueleto de un viejo paraguas que siempre llevaba en el carrito, el sombrío espectro la ensartó por el vientre, clavándola con violencia contra el suelo. El animal, retorciéndose en su agonía, se agitó convulso en el aire mientras trazaba un invisible arco y era lanzado contra una pared, donde su columna se partió en dos, lo que acabó con la escasa vida que le quedaba. El resto de las ratas, viendo que esta vez se enfrentaban a un enemigo que las superaba en ferocidad, huyeron despavoridas. Sabían bien cuándo era el momento de retirarse.

—Jodidas cabronas —gruñó la sombra, deshaciéndose de su oscuro manto y acuclillándose junto a la figura tendida en el suelo—. ¿Estás bien? Pero ¡qué coño...!

La oscuridad y el vino que su cuerpo llevaba acumulado le habían nublado los sentidos lo suficiente para no darse cuenta de a quién habían asaltado aquella jauría de depredadores de las cloacas, pero, al volver el anorak y ver la cara del niño, el corazón se le aceleró como no lo había hecho en mucho tiempo.

—¿Quién... quién eres tú? ¿Y qué estás haciendo aquí? —le resultaba difícil pronunciar las palabras.

El niño estaba llorando, y marcados rodajes de lágrimas resbalaban por sus sucias mejillas. Los pucheros e hipos no le dejaban responder.

¡Mierda, mierda!, pensó Roberto. ¿Un niño en aquella zona de la ciudad? Allí que ni los perros se acercaban si no era acuciados por el hambre. El pequeño estaba muy asustado, lo cual no era de extrañar tras su encuentro con aquellas malditas ratas. No podía entenderlo. Le ayudó a ponerse en pie. Estaba sucio y despeinado. No, más que despeinado era como si su pelo fuera de... ¿dos colores? ¡Qué extraño! Sus ropas no eran harapientas, más bien todo lo contrario. Eran de marca, las conocía. Se parecían a las que les compraba a sus hijos. Una punzada de nostalgia le atravesó el corazón, pero se resistió a dejarse vencer por ella. Aquel niño tenía que haberse perdido. De hecho, no estaban tan lejos de la zona comercial, por bien que a él se le antojara una dimensión paralela difícil de alcanzar. Sí, debía de ser eso.

—Tranquilo —empezó a decir, buscando palabras que pudieran calmarle, algo difícil viniendo de un tipo que olía como un estercolero y vestía como tal, con los pelos enmarañados y una barba que le llegaba casi hasta el pecho, canosa y sucia—. No, no... no te preocupes. No soy mala persona. Te he ayudado, ¿has visto? Te he librado de esas hijas de pu... Perdona, no me hagas caso, de esas horribles ratas que te han atacado. Estás asustado, eso es todo.

El niño, que no paraba de gimotear, fue recobrando la compostura lentamente.

—¿Qué haces aquí? Mejor dicho, ¿cómo has llegado hasta aquí?

El pequeño se arrancó las lágrimas con el dorso de la mano, dejándose un rastro oscuro y pegajoso en las mejillas. No se necesitaba mucho para comenzar a formar parte del mundo de la calle, se lamentó Roberto. Un par de horas más y el niño parecería un nuevo miembro del gremio de los desheredados. De pronto, cayó en la cuenta. Quizás no entendía lo que le estaba preguntando.

—¿Me comprendes? ¿Hablas mi idioma?

Si era extranjero, aquello podría explicar que el crío se hubiera metido en aquellos callejones buscando a sus padres sin saber a dónde iba.

El niño asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿te has perdido?

El pequeño volvió a asentir. Roberto cerró los ojos. Una vaharada de su propio hedor le golpeó la nariz. Aquello era lo que menos necesitaba en aquellos momentos. Su cabeza intentaba pensar, pero sus neuronas se habían oxidado, sometidas a la supervivencia callejera durante demasiados meses. Por no hablar del deterioro a las que las había expuesto con el vino barato y... la cola de carpintero ayudaba. Pero la cola la había dejado hacía tiempo. Oler aquello te convertía en un despojo humano y acababas perdiendo la razón. Había visto cosas terribles causadas por los efectos del pegamento y la cola. Te volvían un zombi. Aunque, ¿no lo era ya, en realidad? Se deshizo de sus turbios pensamientos como bien pudo. Tenía que llevar al niño a una zona civilizada y entregárselo a la policía.

—Tengo hambre —fueron las primeras y trémulas palabras que pronunció el niño.

Cómo decirle que él también. Cómo explicarle que hacía más de cuarenta y ocho horas que no se metía ni un mendrugo en el estómago. Y no porque no llevara comida en el carrito —siempre encontraba algo en su imposible fondo, conseguido en los contenedores de basura (la gente hacía excesivo caso a las fechas de caducidad)—, sino, simplemente, porque se había olvidado de comer; el exceso de vino tenía eso: mataba el deseo de hacerlo. Estaba a punto de decirle que creía llevar un par de chokolatinas en su destartalado carro cuando la noche les trajo un ominoso eco, el desconcertante sonido de algo que arañaba una pared provocando su queja, herida, murmullos lejanos que le pusieron los pelos como escarpas. Roberto abrió los ojos, aterrorizado. No, no ahora. No en aquel momento. Tenían que salir de allí, tenían que llegar a la Madriguera. No podían perder ni un segundo. No les aseguraba nada, pero al menos estarían acompañados, podrían defenderse mejor.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó el niño, nervioso, al ver como el héroe que le había ayudado a escapar de las ratas comenzaba a temblar de los pies a la cabeza.

Como pudo, Roberto le recompuso las ropas, le agarró de la mano y tiró de él. Si les pillaban allí estaban perdidos. No tendrían compasión, ni tan siquiera del pequeño. Todo lo contrario, se regocijarían de haber encontrado una nueva diversión, una que muy pocas veces se les ponía a tiro.

—Tenemos que irnos. Debemos escondernos. Ven conmigo y mantente callado. No hagas ruido. Eso que oyes no es bueno. No, nada bueno. Hoy es sábado... es sábado. Y ya están aquí. Ya vienen. ¡Maldita sea, maldita sea! Hay que ir a la Madriguera. Nunca han llegado hasta la Madriguera. Pero hoy han empezado pronto. No sé...

El niño comenzó de nuevo a hacer pucheros al contagiarse del terror que tintaba los ojos de aquel hombre, cada vez más asustado, y se limitó a dejarse arrastrar por entre los laberínticos callejones, hundiéndose sin remisión en las hambrientas entrañas de la inhóspita ciudad espejo.

CAPÍTULO III

Llegaron a la Madriguera quince minutos después.

La Madriguera era una vieja estación de metro abandonada años atrás. Había varias repartidas a lo largo de la ciudad. Ocurría a menudo, en las grandes urbes. Muchas no se habían llegado a abrir, y otras eran derribadas parcial o totalmente cuando los trazados del tren, por cuestiones técnicas, se prolongaban o modificaban. Los cambios de planificación de las líneas y las mejoras de las infraestructuras habían ido relegando al olvido a aquellas instalaciones dejadas de la mano de Dios, en ocasiones protegidas por un halo misterioso en el que se asentaban leyendas urbanas, convirtiéndolas en escondrijos propiciatorios para que los sintecho pudieran pasar los días más duros del crudo invierno. Las autoridades de los transportes metropolitanos se negaban a considerar la existencia de aquellas estaciones fantasma, denominándolas *derribos*, deshechos de construcción que nunca habían llegado a funcionar, aunque de tanto en tanto solía saltar a la prensa alguna noticia referida a incendios accidentales o reyertas entre vagabundos que tenían su origen en alguna de ellas, dejando entrever que aquella secreta red subterránea era real. Quizás no al nivel de lo que algunos blogueros se obstinaban en repetir, pero sí lo suficientemente grande para formar parte de un mundo paralelo que solo gente como los *track runners* se dedicaba a explorar. A pesar de eso, ellos no eran peligrosos, dedicándose como mucho a recorrer las estaciones, a hacer fotos y a colgarlas en sus blogs, pero evitando meterse con los deshechos de la sociedad que utilizaban aquellos escondrijos, aquellas *madrigueras*, para sobrevivir a las inclemencias invernales.

El pequeño Marc se sorprendió al descubrir que una estación podía estar abandonada. A él le gustaban los trenes y viajaba en ellos a menudo con su padre. Sabía lo que era el metro, pero desconocía la existencia de sitios como ese.

La entrada era muy similar a la de las estaciones normales, solo que aquella se hallaba en una confluencia de calles desiertas, rodeada por viejos esqueletos de edificios en ruinas que parecían haber sobrevivido a los efectos de una explosión nuclear. El suelo estaba lleno de charcos de fluidos indefinibles y de papeles que revoloteaban a su alrededor con el gélido viento nocturno. La noche se había vuelto muy desapacible, y el helor les mordía los huesos como una multitud de enfurecidos insectos. Se apresuraron a descender por unas escaleras de piedra donde el tiempo había hecho crecer, de forma casi imposible, diminutas plantas cuyas raíces cuajaban los escalones, desgarrándolos con su imparable fuerza. Una reja de metal oxidado, cerrada con un grueso candado, parecía ser la única entrada, pero Roberto se las apañó para abrir un hueco por donde se colaron. Lo había hecho decenas de veces, le confesó. La Madriguera había sido su salvación en más de una ocasión; la de él y la de tantos otros en su misma situación.

Empezaron a caminar por su olvidado interior y Marc pronto se dio cuenta de que, de no ser por las telarañas, porque faltaba algo de iluminación, y porque en el vestíbulo se había acumulado una densa capa de hojas muertas y papeles arrastrados desde la superficie, la estación habría podido pasar por una totalmente operativa; conservaba el mobiliario, las escaleras mecánicas y los andenes. Roberto, al ver los sorprendidos ojos del niño, más tranquilo al sentirse a resguardo del frío y, sobre todo, de la amenaza que se intuía en la noche, quiso explicarle lo que sabía de aquel lugar.

—¿Habías estado antes en un sitio así? —le preguntó.

El niño negó con la cabeza.

—Me gustan los trenes. Con mi padre he visitado varias estaciones, pero ninguna como esta.

Roberto esbozó una sonrisa.

—A mí también me gustan. Los trenes siempre van hacia delante —calló por unos instantes, reflexionando. ¿Por qué nunca se había dado cuenta? Siempre adelante, muy pocas veces hacia atrás. Solo para rectificar. ¿Por qué lo había olvidado? ¿Por qué no había aplicado aquel mismo argumento con su vida?—. Como ves, la estación está acabada. De hecho, estuvieron a punto de abrirla, pero una reestructuración a finales de los años 80 del siglo pasado hizo que se creara un nuevo ramal soterrado que se unió a otra de las líneas principales y este nunca llegó a funcionar. Ahora lo ocupan las ratas, algunos murciélagos... y nosotros.

—¿Vives aquí? —preguntó el niño.

¿Vivir? ¿Era aquello realmente vivir? Quizás sí, quizás pudiera definirlo así. Al fin y al cabo, no tenía otra cosa. Se encogió de hombros.

—Algunas veces. La estación es grande y hay espacio para todos. La gente que no tenemos hogar pasamos frío en la calle y además —no, eso mejor no se lo diría. No quería asustarle— aquí encontramos refugio donde poder guarecernos en compañía.

El niño asintió, comprendiéndolo perfectamente. A él tampoco le gustaba estar solo.

—Tengo hambre... y estoy cansado —se quejó.

—Estamos llegando. No tengo mucho, pero creo que algo podrás cenar. No me has dicho tu nombre. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Marc Isern García —dijo el niño, de carrerilla, orgulloso.

—A mí puedes llamarme Roberto, Marc Isern García. Y, si no te importa, me gustaría llamarte solo Marc. ¿Puedo?

El niño volvió a asentir y continuó caminando a su lado, con la cabeza bien alta.

Inesperadamente, una manita buscó la suya. Roberto, al sentir el contacto, retiró la mano con brusquedad y se detuvo, asustado, como si acabara de tocar un clavo ardiendo. El crío lo miró, desconcertado, preguntándose qué había hecho mal. Roberto supo al instante que su áspera reacción lo había espantado. Pero es que, ¿desde cuándo alguien no le tendía una mano? Lo había olvidado. La melancolía le golpeó duro. A sus hijos también les gustaba que les agarrara, como a la mayoría de los niños. Era la forma de evidenciar que se hallaban seguros, queridos. Se le empañaron los ojos y un doloroso nudo que le costó tragar se le quedó agazapado en el pecho. Una mano sucia, de uñas rotas y carcomidas por la hipovitaminosis, cogió finalmente la del pequeño. Tenía que preguntarle cómo había llegado hasta allí, cómo podía ayudarle. Pero antes disfrutó de su contacto, de la calidez de su piel...

Y volvió a sentirse humano.

* * *

El niño se mantenía callado, pero no dejaba de mirar cuanto había a su alrededor.

Roberto se sentía mal. Mal por enseñar a un niño de su edad la existencia de un mundo que todavía no debía conocer. Aún no había tenido tiempo de perder la inocencia y allí, en aquel lugar, se le escapaba a borbotones con cada centímetro que recorrían.

La estación abandonada se hallaba salpicada por diminutos santuarios unipersonales, puñados de maltrecha existencia que contaban las desgracias ajenas y propias. Algunos los tenían repletos de cartones, otros se las habían apañado para arrastrar hasta allí algún viejo mueble, intentando emular una suerte de hogar que no casaba con su verdadera situación; había quien se sumergía en sus miserias

tinieblas, perdida ya toda esperanza, y procuraba evadirse de su decadencia oliendo pegamento, cola de carpintero, o metiéndose cualquier mierda conseguida en el mercado negro, suministrada por verdugos sin escrúpulos que veían en ellos una forma rápida de ganar dinero. Caían como moscas. No sería la primera vez que tenían que llevarse a alguien por la mañana y subirlo a la superficie para evitar complicaciones. Cadáveres sin identidad que aparecían al alba tirados en la calle y que acababan con sus huesos carcomidos por el olvido en tumbas sin nombre, su paseo de puntillas por la vida, víctimas de un purgatorio del que, al final, agradecían salir, aliviados, recibiendo la muerte con más deseo que temor. No, definitivamente aquel no era lugar para llevar a un niño de visita. Aunque tampoco podía abandonarlo afuera, no durante la noche. Y menos aquella noche. Hablaría con el Mesías. Él sabría cómo aconsejarle. Quizás incluso conocía a alguien a quién le hubiera ocurrido algo parecido. Pero antes quiso llevar al chiquillo con la única persona en quien confiaba, la única que le había demostrado que aún mantenía el sentido común de los que han llegado al final del pozo, pero están haciendo todo lo posible para salir de él, escalando con uñas y dientes sus difíciles y resbaladizas paredes con la intención de escapar del infecto agujero al que han sido abocados.

Por el camino, algunos lo reconocieron, saludándole con gestos de la mano o algunas palabras que apenas brotaban de los labios de aquellos espectros huidizos. Los rostros de los espíritus errantes se extrañaban al ver quién le acompañaba y agitaban la cabeza, corroborando que no había sido una buena idea conducir al pequeño a la Madriguera. ¡Y qué otra cosa podía haber hecho, joder!

—Estoy cansado —repitió el niño. Tenía la cara pálida y le lagrimeaban los ojos. Temblaba, muerto de frío y de miedo. Pobrecillo, pensó Roberto. Tenía que estar agotado tras tantas emociones. Durante el trayecto hasta la estación había intentado sonsacarle alguna información con la que hacerse una idea de qué era lo que le había ocurrido y el niño le había explicado, si bien sin orden ni concierto, que una mujer se lo había llevado, engañándole, para enseñarle un perro que no existía. Estaba muy ofendido por su mentira, pero lo que realmente le preocupaba era que sus padres no se hubieran enfadado por no haber seguido su consejo de no irse jamás con desconocidos. Sí, él también era un desconocido, pero le había salvado de las ratas, no como aquella mujer, que había querido cambiarle el color del pelo en el baño de un bar mientras no paraba de llamarle Jan, igual que su amigo del colegio. Una chica había querido ayudarlo, pero creía que algo malo le había pasado, porque al salir corriendo del bar había oído gritos que le habían puesto muy nervioso. No le dijo nada de la sangre. Quizás si no hablaba de ella, no hubiese existido. Quizás.

Roberto dedujo de la atropellada narración del niño que alguien, posiblemente la mujer a la que hacía referencia, había intentado secuestrarlo aprovechando el gentío que se formaba los días previos a la Navidad en la zona comercial, no muy lejos de donde lo había encontrado. Había oído de casos parecidos. A su mujer... Rectificó. A su exmujer era un miedo que le quitaba el sueño y reconocía que él, durante años, se cuidó de que nunca les sucediera algo similar a sus hijos. Sobre todo, tras ser testigo del desespero de unos padres buscando a su pequeño en una tienda de ropa y, después de cinco angustiosos minutos, descubrir que el crío se había escondido entre un montón de pantalones. Por suerte, Marc había podido escapar de la secuestradora, pero su fortuna se había acabado pronto al colarse en el callejón que comunicaba con la ciudad espejo. Una cosa así debía de traumatizarte para toda la vida, pensó Roberto. Sí, igual que verte en la calle después de vivir de forma acomodada casi cincuenta años, se dijo a sí mismo, por lo que decidió no seguir pensando en ello.

A Roberto se le escapó un esbozo de sonrisa al ver que Madre estaba en casa.

Se llamaba Joana, pero la gente de la Madriguera la conocía como Madre. El por qué era muy sencillo: actuaba como su mismo apelativo proclamaba con todo aquel que le pedía ayuda. Tendría

unos cuarenta y pocos años, o incluso menos, tampoco Roberto se lo había preguntado nunca, pero, aun así, eso carecía de importancia. Lo realmente importante es que llevaba viviendo en la calle más de siete años. Era una veterana. Y de las escasas personas a las que aquel malvivir no parecía haberle afectado igual que al resto. Ella siempre decía que sí, que tenían que haberla conocido con quince años menos, y argumentaba sus palabras con algunas fotos que guardaba como un tesoro para demostrarlo. Lo cierto es que se notaba una leve diferencia entre aquellas fotos y su aspecto actual, pero la luz, vitalidad y energía que desprendía compensaban de alguna manera el terrible deterioro físico que llevaba consigo la vida sin hogar. Además, ella tenía un trabajo, un trabajo de verdad, y se obligaba cada día a arreglarse lo suficiente para no ser rechazada por sus compañeros de trabajo. Repartía publicidad por la calle y por los buzones. No ganaba mucho, pero, al menos, no lo hacía mendigando, ni vendiendo su cuerpo a cerdos malnacidos que, en ocasiones, pagaban con palizas en lugar de dinero. Y lo que la hacía diferente a todos los demás era que ella había decidido seguir viviendo en la calle, aun pudiéndose pagar una humilde pensión. ¿Por qué? A aquella simple pregunta te respondía, con profunda sencillez, que todavía no había llegado el momento de salir del pozo, que aún le faltaba un poco para encontrarse a sí misma. Un mal paso, un error de estrategia, y el enorme monstruo que dormitaba sobre sus cabezas, mimetizado con una sociedad cada vez más intransigente, la engulliría de nuevo y la devolvería al inframundo sin piedad, sin remisión. Y ella estaba dispuesta a sufrir lo que fuera necesario antes de regresar, pero se negaba a hincar la rodilla de nuevo si lograba salir de allí con vida. Decía que no podría soportarlo. Por eso, cada vez que cobraba, una cantidad del dinero que ganaba lo destinaba a ayudar a sus compañeros más necesitados: les traía comida o vino, o incluso —aunque esas ocasiones eran las que menos, resistiéndose a hacerlo con todas sus fuerzas— algo de droga, evitando así que alguno de ellos sufriera un mono del que sabía que no saldría vivo. Era su misión, su manera de redimirse y de purgar sus pecados. Madre se había convertido en su ángel de la guarda y, en comunión con el Mesías, mantenían, más o menos a salvo, el destino de los que vivían en la Madriguera.

Había quien no lo entendía. Roberto sí. Roberto comprendía que lo que ella necesitaba era volver a reconocerse como persona, lo que la mayoría de los que se encontraban en la Madriguera habían perdido. Además, Roberto le tenía un cariño muy especial a Madre. ¿Amor, quizás? No. El amor era algo que se te olvidaba cuando te convertías en un paria, en un desharrapado. ¿Con quién podías plantearte el amor con aquellas pintas? No. Eso era impensable, pero habían compartido lo más cercano a una relación que se podía tener en aquel mundo. Fue en los primeros meses, antes de que él lo echara todo a perder y se marchara. Ella nunca se lo echó en cara. Sabía que la vida en la calle era así: entrabas y salías, aparecías y desaparecías. Estaba acostumbrada. Lo había vivido excesivas veces. Cicatrices que tardaban en curar, pero que al final lo hacían. Durante unas semanas fueron lo más parecido a una pareja, dadas las circunstancias. Se atrajeron en cuanto se conocieron. Él necesitaba un hombro donde desprenderse de su amargura, ella buscaba alguien lo suficientemente lúcido para darse cuenta de lo que hacía y de con quién se acostaba. ¿Amor? Ternura, calidez, consuelo, quizás búsqueda de empatía en alguien que no te miraba por encima del hombro, que veía en ti un alma gemela sumida en la desesperación. Joana. Al verla de nuevo, el corazón se le encendió y la excitación que sintió en su bajo vientre le recordó que había sido un estúpido abandonándola sin tan siquiera darle una mísera explicación.

—¿Joana? —murmuró, acercándose a su *nido*: una tienda de campaña en cuyo interior preparaba el saco de dormir. Fuera había una mochila de considerables dimensiones y un infernillo donde en una marmita hervía una sopa. Un cartón de caldo, una botella de agua y un aparato de radio a pilas eran sus principales pertenencias, junto a la más preciada: una estufa eléctrica de dos barras de

cuarzo que había logrado conectar de alguna manera al viejo cableado de la estación. Todo el mundo procuraba respetar el espacio de los demás, pero la estufa eléctrica de Madre atraía a los más desprotegidos, y ella no solía tener ningún problema en ofrecérsela para que se calentaran. Si bien, en ocasiones, eso le había reportado algún disgusto. Se la habían intentado robar, igual que el dinero que ahorraba con su trabajo y que siempre llevaba encima. Sin embargo, Joana sabía defenderse — más de uno y de una había tenido oportunidad de conocer su genio... y su navaja, llevándose algún que otro recuerdo de regreso a su rincón— y, con el paso del tiempo, su estatus dentro del gremio de los sin hogar la había colocado en una posición ventajosa con respecto a los demás, confiriéndole cierta tranquilidad.

Aun estando de espaldas, reconoció la voz de Roberto al instante. Dejó el saco y se volvió hacia él con una sonrisa dibujada en su rostro. Madre jamás dejaba de sonreír. Joana era así. Por otro lado, ver una sonrisa como la de ella, impoluta, blanca, sin rastro de afección ni podredumbre, era mayor cicate que un buen trago de vino, porque te hacía recordar que aún existía esperanza.

—¿Roberto? ¡Roberto! —Sus ojos color miel centellearon, iluminando la vieja estación abandonada. Ni un rastro en su rostro de desapego, ni un destello de rencor, de odio hacia él. ¿Cómo era posible? Había desaparecido hacía semanas, sin dejar ningún mensaje, sin decirle nada, y ella le recibía como si hubiese sido su hermano recién llegado de un viaje repleto de dificultades, con la misma alegría y la misma emoción. Se incorporó y, sin pensárselo dos veces, fue hacia él y le dio un fuerte y largo abrazo. Seguro que olió su aliento a vino y sintió el agrio miasma que flotaba a su alrededor, mezcla de sudor rancio y mugre, y, a pesar de ello, no hubo un gesto, un atisbo de duda que delatara su posible rechazo. Y es que no lo había. Su alegría era verdadera, era real, era la alegría de aquel que ve resucitar a un espectro que creía desaparecido... o muerto. Fue entonces cuando ella se percató de la presencia del pequeño. Y su ceño se arrugó, mezcla de preocupación y sorpresa. El niño seguía de su mano, pero se había escondido detrás de sus piernas, con cierto reparo. Los ojos de la mujer buscaron respuestas en los de Roberto. Esta vez, la alegría se había tornado curiosidad. El pequeño Marc comenzó a hacer pucheros, asustado, a lo que Madre reaccionó con rapidez.

—Mmmmmmm, ¿a quién tenemos aquí? —Se agachó, poniendo su rostro a la altura de la carita del niño —. ¿Cómo te llamas? No te había visto antes.

El niño no respondió, tan solo buscó protegerse más entre las piernas de su salvador.

—Uy, parece que a este niño se le ha comido la lengua el gato.

—El gato no sé, pero poco ha faltado para que se la comieran las ratas, ¿verdad? —Roberto se dio cuenta al instante de la torpeza de sus palabras.

Joana le lanzó una airada mirada de reprimenda. Roberto arqueó las cejas.

—¡Pero si es cierto!

—¡Qué tonto eres! No le hagas caso. Me llamo Joana. ¿Y tú? —volvió a preguntarle la mujer con paciencia infinita.

—Me llamo Marc Isern García —le respondió el niño, con timidez.

—Muy bien, Marc. Mi hijo también se llama Marc. Me gusta tu nombre. Y me alegro de conocerte —le respondió Joana, con suavidad y dulzura—. ¿Me equivoco si creo que tienes hambre?

¿Hijo? ¿Joana tenía un hijo? No tenía ni idea, pensó Roberto. Pero ¿por qué no? ¿No tenía él dos? Aquella mujer no había nacido en la calle, había tenido un pasado antes de verse en su situación, como todos los demás. Lamentó no haberle preguntado nunca por su vida anterior, aunque tampoco Joana lo había hecho con la suya. Eso se respetaba. Y es que recordar el pasado significaba, en la mayoría de las ocasiones, volver a una espiral de dolor que nadie deseaba recordar.

El niño asintió, con los ojillos vibrantes.

—Ya me lo parecía. Mira, estoy haciendo una sopa. ¿Ves? Si quieres te puedo dar un plato, ¿te apetece?

El niño volvió a asentir, acercándose más a ella.

—Pero antes ¿por qué no vas a la tienda, te quitas los zapatos y la ropa mojada, te limpias las manos con unas toallitas que hay dentro y te metes en el saco de dormir? Yo tengo que hablar un momento con Roberto. ¿Lo vas a hacer?

Marc miró a la mujer y después a Roberto, buscando su consentimiento.

—Joana es una gran amiga. No tendrás problema con ella. Confía en mí.

Y, al oír aquellas palabras, el niño se separó de él, soltó su mano, y pasó junto a la mujer en dirección a la tienda, dejándolos solos. Ella se incorporó. Su sonrisa había desaparecido y la inquietud se había adueñado de su rostro. Se volvió a mirar atrás por un instante. El niño, obediente, se estaba quitando la ropa húmeda dentro de la tienda.

—¿Qué ha pasado? —Las prioridades eran las prioridades. Ninguna pregunta acerca de él, de las semanas que había estado desaparecido, de su aspecto, o de cómo se encontraba. Ahora lo único que importaba era el niño. Por algo la llamaban Madre.

—Una historia extraña. Creo que alguien intentó secuestrarlo y escapó, acabando en un callejón, perdido. Yo... yo me dirigía hacia aquí cuando me lo encontré. Una jauría de ratas hambrientas lo estaba atacando. Poco más y no lo cuenta.

—Pobrecillo. ¿Y por qué no lo has llevado a la policía, hombre de Dios? ¿Crees que este es el mejor sitio para traer a un niño?

—No, Joana, este no es lugar para nadie, pero era de noche, hacía frío, no había ningún policía a la vista, y hoy... hoy es sábado. ¿Entiendes por qué he decidido traerlo? No tenía otra opción.

Los ojos de ella se abrieron como platos y se llevó la mano a la boca.

—Querría pedirte un favor, Madre —evitó llamarla Joana, para que asumiera el papel que tenía en la... comunidad—. Sé que me porté mal contigo y tú... tú eres un ángel. Me ofreciste cuanto tenías y yo lo desaproveché. Me diste tu cariño y yo no supe qué hacer con él. Perdóname. Y, si no lo haces por mí, hazlo al menos por el niño y por el resto de los compañeros. Tengo que hablar urgentemente con el Mesías, tengo que avisarle. Los oímos, Joana. Están cerca. Y tiene que saberlo. ¿Te quedarás con él? No permitas que nadie le haga daño, por favor.

—No te preocupes. —La voz le temblaba—. Aquí estará bien. Ve a hablar con Jesús. Mientras tanto, le daré de cenar y le dejaré descansar. Al pobre se le ve agotado.

Le hubiera dado un abrazo, un beso —ni tan siquiera en los labios, en la mejilla—, pero se contuvo, consciente de su propia dejadez, de su terrible aspecto, del hedor que desprendían sus ropas. Se avergonzó de darse asco incluso a sí mismo, descubriendo que era algo de lo que no se había preocupado en las últimas semanas. Ella debió darse cuenta de sus dudas y, sin esperarlo, se le acercó y le besó en la sucia mejilla, demostrándole con aquel sencillo gesto que no le importaba su aspecto, que no había nada que perdonar.

—Gracias —fue lo único que pudo decirle y, sin perder un instante, se fue en busca de Jesús, el Mesías, con el convencimiento de que aquella noche, por alguna extraña razón, su vida estaba a punto de cambiar.

CAPÍTULO IV

Tenía mucha sed, una sed que le abrasaba por dentro la garganta como si se la estuvieran desgarrando a arañazos una manada de ratas sarnosas. Sed de vino, de aquel asesino silencioso que ocultaba en el bolsillo de su desastrado gabán y que parecía llamarle con esquizofrénica ansia; una voz que resonaba en su cabeza y de la cual se deshizo con un brusco gesto. No, aquella noche no debía beber. Tenía que encontrarse lúcido, sereno, para afrontar... para afrontar... No lo sabía, no todavía, pero presentía... sí, presentía que no debía sumergirse en los vahos étlicos de su aturdimiento. Hacía semanas, casi meses, que no encontraba la fuerza de voluntad para hacerlo, y estaba contento de darse cuenta de que aún podía lograrlo. Quizás no todo estaba perdido todavía, quizás existía una mínima posibilidad de redención. ¡Qué estúpido era pensándolo! Mas aquel clavo ardiendo, a pesar de ulcerarle la mano, le otorgaba una pizca de lo que creía haber perdido hacía tiempo: la esperanza. El estómago le mordía de hambre y la garganta de sed, pero antes de saciar sus instintos más básicos tenía que ver al Mesías.

Lo peor era que encontrarse más sereno de lo habitual no era bueno. Dolía.

Dolía ver a los vagabundos, marginados y borrachos que acudían a la estación —algunos durante días, otros apenas unas horas antes de decidirse a volver a salir al exterior— a mostrar sus harapientas existencias, privadas de cualquier tipo de humanidad. Conocía a los más veteranos, a otros, por el contrario, no los había visto nunca, aunque no tardarían en convertirse en habituales. Había quien todavía lucía el lozano aspecto de los que acababan de llegar a la calle, y también estaban los esqueletos torturados de los que ya habían perdido la razón y hablaban con los fantasmas de sus enfermas mentes, incapaces de recordar cuánto tiempo llevaban así. En un rincón repleto de cartones, un viejo negro ciego, con el que había coincidido algunas veces, tocaba una preciosa melodía de John Coltrane, ensayando para pedir por la mañana una miserable limosna a cambio de su arte, buscando dignidad en su demanda de compasión. Arte, sí, porque la interpretación que estaba realizando de *A Love Supreme*, la obra maestra del famoso saxofonista de Carolina del Norte, resonaba de tal forma en la bóveda abandonada de la estación que le puso a Roberto los pelos de punta. Coltrane era uno de sus músicos preferidos. Había tenido casi todos sus discos cuando todavía tenía vida. Coltrane había sido uno de los grandes del siglo XX. Uno que, como tantos otros, había muerto demasiado joven para gozar de su éxito y transmitir su maestría con la calma que se requiere. Murió de cáncer de hígado a los cuarenta años, probablemente debido a su adicción a la heroína y al alcohol. Igual que acabarían la mayoría de los que allí abajo se encontraban. Eso le acercaba más a la música del malogrado artista, lo que volvió a retrotraerle de forma hiriente a algunos de los momentos más felices de su existencia, además de vestir el escenario en el que se hallaba de un sudario trágico y duro, un nudo en la boca del estómago que acució aún más su sensación de sed.

Aquel viejo saxofonista negro era, en aquel particular purgatorio, un rey, un miembro de la élite de los caídos, un privilegiado cuya ceguera le impedía, afortunado él, ser testigo de las almas de los que habían quedado ya encerrados en su propia locura, incapaces de soportar el mundo que había más allá de las paredes de su piel; aquellos que andaban sin rumbo, sumidos en el delirio, golpeándose contra las columnas de la estación para acabar caminando en otra dirección, buscando un destino que se les había negado hacía tiempo; aquellos que gimoteaban palabras ininteligibles sin parar, quedándose de pronto obnubilados mirando hacia el techo de la estación, temerosos, como si,

desde allí arriba, seres informes y extraños procedentes de su bátraco personal los contemplaran, ávidos de carne y sangre, haciéndolos huir entre aspavientos irracionales del resto de sus compañeros.

La Madriguera era un mundo difícil en el que se permitía la convivencia, pero en el que no podías quedarte mucho tiempo si no deseabas transformarte en uno de sus oscuros y eternos inquilinos. La Madriguera daba, pero también quitaba. Protegía, pero te podía llegar a volver loco. Solo conocía a dos personas que resistían bien sus negativas vibraciones: una de ellas era Madre, la otra era el Mesías.

El Mesías se ocupaba de la Madriguera hacía tiempo. ¿Cuánto? Eso era más difícil de precisar. La leyenda decía que llevaba allí toda su vida, el boca a boca que eran más de quince años los que aquel hombre había soportado en sus carnes viviendo como un sintecho para pasar finalmente a convertirse en una especie de mito, de héroe, en un singular líder en el que todos confiaban y al que todos, de una forma u otra, guardaban un idolatrado respeto.

Una joven de unos treinta años pasó al lado de Roberto caminando como si arrastrara tras ella unas pesadas cadenas, perdida en un mal viaje, quizás solo de ida, con un jersey remangado a medias que dejaba al descubierto sus blancos pechos, apenas protegidos por un raído sostén. Tenía las pupilas dilatadas y la baba le resbalaba por el mentón, mientras balbuceaba algo sobre mariposas, mariposas con caras de muertos que revoloteaban a su alrededor. Llevaba todavía la jeringuilla colgando de su brazo derecho. ¡El maldito caballo! Compadecido por la expresión ausente de su rostro, estuvo por ayudarla, pero, antes de poder hacerlo, otra mujer, mucho más mayor, con el pelo canoso enmarañado y un harapiento abrigo de paño, se apiadó de ella, la sujetó por los brazos y se la llevó a su rincón, dedicándole a Roberto una mirada de agradecimiento por su intuitivo gesto.

—Ven, bonita. No puedes ir por ahí así, cariño. Hay malas bestias que se pueden aprovechar de ti y dejarte tirada en cualquier lado. Ven, necesitas descansar. Aquí, aquí.

Con una afabilidad que le enterneció, la mujer acompañó a la joven hasta un destartado colchón y la tendió en él, quitándole con cuidado la jeringa del brazo y poniéndole bien el jersey. Luego, la arropó con una gastada manta y se sentó a su lado, a esperar a que regresara a la realidad. Si es que lograba hacerlo. Jodido mundo.

Un poco más allá encontró al Mesías. Le llamaban así no solo porque los vagabundos y la gente sin hogar veían en él la esperanza del que podía sobrellevar una vida como la suya sin perecer a las trampas que el camino les ponía, sino porque se llamaba Jesús y se asemejaba a la típica imagen del Mesías representada por la mayoría de los artistas a lo largo de la historia. Según Roberto, la única diferencia era que los castaños cabellos y la barba del nazareno habían virado tiempo atrás hacía un tono color ceniza, y que las arrugas que se le marcaban en la frente y alrededor de los ojos se habían acuciado considerablemente durante el último año. A parte de eso, le daba un aire al famoso Cristo muerto de Mantegna, del cual el hombre guardaba una fotografía en su antigua cartera.

No le sorprendió verlo hablando con alguien, casi siempre lo estaba haciendo. Lo que sí le resultó más extraño fue que la persona que tenía frente a él no tuviera el aspecto desarrapado de los de su especie. Frunció el ceño, pero no dijo nada. Al verle, el viejo Jesús curvó sus labios en una sonrisa. La verdad es que sí se parecía al Mesías, pero a uno cansado, harto de la vida, quizás esperando a que la maldita crucifixión llegara lo antes posible. ¿Qué demonios le pasaba aquella noche?

—¡Roberto! ¡Cuánto tiempo! Ven, acércate, quiero presentarte a una persona.

Eso sí lo tenía, el Mesías. Para él, los periodos de ausencia de la Madriguera jamás contaban. En eso se parecía a Madre. Roberto hacía más de tres semanas que no había pernoctado en la estación y,

sin embargo, la actitud de Jesús no era de reproche, ni de enfado, sino la de un amigo al que acabara de dejar con la palabra en la boca pocas horas antes. Y es que, en la calle, el tiempo se convertía en una enloquecida teoría de física cuántica, una conjeturada por un perverso demonio. Y tres semanas no solo era mucho tiempo, sino toda una eternidad. Pero eso al Mesías no le importaba. Lo que contaba es que seguía vivo.

Roberto se sintió mal. Intentó recolocarse su jersey, excesivamente grande para alguien que había perdido quince kilos en los últimos meses, y se ajustó el largo gabán, su prenda más preciada, la que más calor le proporcionaba... siempre y cuando no se mojara, lo que procuraba evitar a toda costa. Se encontraba fuera de lugar, aun estando en la Madriguera; como si estuviera visitando al príncipe de un lejano país oriental en paños menores. Si bien eso no parecía importarle a Jesús, feliz por su presencia. A su lado, el hombre con quien estaba hablando le sonrió. Su cara le resultaba familiar, aunque sus torturadas neuronas no acababan de ubicarle en un espacio y en un tiempo concreto. Cuando lo oyó hablar, sus palabras encendieron el interruptor de su memoria.

—Buenas noches, Roberto. Creo que nos conocemos.

Aquello le avergonzó todavía más. Sí, claro que lo conocía. Era el padre Gabriel. Un par de meses antes había intentado ayudarlo, después de encontrarle rebuscando en un contenedor cercano a su iglesia algo que echarse a la boca, ebrio hasta las trancas. El buen hombre había querido llevarle a un centro para gente sin hogar en el que colaboraba con una fundación. Tras mucho insistir, se había visto obligado a ir con él. En el centro, que hacía las veces de comedor social, le dieron una cama, tres comidas al día y una ducha donde asearse. Al cuarto día se marchó sin despedirse. ¿Por qué? Aún no estaba muy seguro. Quizás porque le ayudaron a convertirse otra vez en persona y sabía que aquel espejismo le duraría muy poco. Por no hablar del alcohol. En el centro no le daban vino y, sin la bebida, su mente se hacía más lúcida y volvía a recordar, a rememorar el pasado, algo que no deseaba y que sabía que le conduciría a la degradación más absoluta. Podía convertirse en escoria, pero no deseaba darse cuenta de ello. Y el alcohol le ayudaba a construir esa barrera que necesitaba para seguir subsistiendo.

—Sí, creo que sí —dijo Roberto, agachando la barbilla hasta casi tocarse el pecho.

—No tienes nada de qué avergonzarte —le dijo el cura. Sus palabras sonaron sinceras.

—El padre Gabriel ha venido a ofrecerme ayuda para nuestros peores casos —le dijo Jesús, sentándose en una maltrecha banqueta, obviando el intercambio de palabras entre los dos hombres. Nunca se entrometía en las cuestiones de otros, no si no ponían en peligro a un tercero—. ¿Tú qué piensas?

Eso también lo tenía. El Mesías jamás te dejaba de lado, siempre escuchaba y respetaba tu opinión, aunque con ello le contradijeras. No obstante, a Roberto la pregunta le pilló por sorpresa. Tenía demasiados problemas en la cabeza y el cerebro no lo suficientemente sereno para razonar. No obstante, al ver los intensos ojos azules de Jesús clavados en los suyos reclamando una respuesta, suspiró y se la dio.

—El padre Gabriel es una buena persona —reconoció. El religioso frunció los labios, en señal de agradecimiento—. Y la fundación para la que colabora se preocupa de los nuestros de manera desinteresada, procurando que abandonemos esta mierda de vida. Sí, Mesías, hay gente aquí que, sin su ayuda, no acabaría el invierno. —Recordó a la joven toxicómana con la que se había cruzado hacía unos instantes. Era carne de cañón. Como tantos otros.

La sonrisa en el rostro de Jesús se intensificó.

—Sea pues, padre. Si Roberto cree eso, corrobora mi opinión. Es un hombre de fiar. Yo diría que seis o siete de los que hay esta noche en la Madriguera estarían dispuestos a ir al centro sin

poner peros. Ya sabe, padre, que no todos quieren.

El sacerdote, de unos treinta y pocos años, vestido de seglar y cubierto con un grueso anorak que a Roberto le dio cierta envidia, aparentaba menos edad de la que tenía. Su cuerpo, atlético y fibroso, desentonaba con los de las personas que había a su alrededor. El hombre asintió. Le costaba comprender que algunos prefirieran seguir a la intemperie que ir bajo cobijo, pero lo aceptaba y respetaba. La mayoría decían que la libertad que les ofrecía la calle se la coartaban en los centros, donde intentaban desintoxicarles de los vicios que habían adquirido a lo largo de los años de soledad y penuria. Otros se negaban a ser ayudados porque les producía mayor dolor la compasión que el desprecio que contemplaban cada día en las miradas de los que pasaban junto a ellos, esquivándolos como si tuvieran la peste. Sin embargo, Roberto sabía que las toses que oía y que resonaban en la estación como ecos sombríos del desarraigo, toses que arrancaban pus del interior de las gargantas y los bronquios, acabarían con sus propietarios en semanas si no eran tratados con antibióticos, algo que difícilmente podían comprar o conseguir sin ayuda de gente como el sacerdote.

—Me alegra que aceptéis nuestra propuesta, Jesús. Mi intención no es otra que servir en lo que pueda. Sé que algunos creen que al ser religiosos vamos a intentar lavarles el cerebro, o algo por el estilo. No, se equivocan. Aunque, si yo estuviera en su situación, lo más seguro es que también hubiera perdido la fe en el Señor. ¿Cómo puede un dios permitir esto? —dijo, señalando con sus manos en derredor—. ¿Hay algún pecado lo suficientemente grande que merezca castigo similar? Por eso han dejado de creer. Y puedo llegar a comprenderlo. Pero, por mucho que ellos no quieran recuperar su fe, la mía me obliga a tenderles una mano para sobrevivir, para ayudarles a superar las dificultades que los han llevado hasta esta situación.

Jesús, el Mesías, aceptó con agrado sus palabras.

Su rincón estaba más ordenado que el de los demás. Disponía de una tienda de campaña mayor que la del resto, en cuyo interior se apreciaba una colchoneta y un montón de libros. Tenía un par de faroles led, algunos cartones y una especie de despensa donde acumulaba comida, que ofrecía a aquellos que al final del día no tenían nada que llevarse a la boca. Roberto ladeó la cabeza, pensativo. ¿Cuántos años debía tener? ¿Sesenta? ¿Quizás algo más? Era imposible adivinarlo, pero su escuálido cuerpo, aquella noche oculto bajo varias capas de ropa, sobrevivía a la adversidad como una cucaracha lo haría en un mundo posapocalíptico. Era un superviviente nato. Y si bien él nunca se lo había confesado, Roberto tenía la impresión de que, en el pasado, debía de haber sido profesor. Su manera de hablar y de pensar le transmitía la sensación de que aquel hombre, antes de caer en desgracia, había sido muy semejante a él. Solo que Jesús había admitido su derrota, convirtiéndose en una leyenda, y él todavía estaba intentando buscar un lugar en aquel horrible submundo.

—Gracias, Gabriel. De todas formas, me temo que Roberto no venía a hablar con nosotros de este tema, ¿verdad? Querías hablar del niño.

—¿El niño? —El padre Gabriel abrió los ojos, sorprendido.

—¿Cómo te has enterado? —Aquella era una pregunta estúpida, nada de lo que sucedía en la Madriguera le era ajeno al Mesías. Nada.

—Sabes de sobra que no necesito responderte, amigo mío. —Sonrió con serenidad, sin darle importancia—. ¿Quieres una taza de caldo caliente? ¿Padre? —El sacerdote declinó el ofrecimiento, pero Roberto no. Beber aquel líquido le reconfortó el ánimo y amortiguó sus ganas de sucumbir al vino. ¡Cómo le atormentaba! Pero no, debía de ser fuerte, tenía que resistirse a la apremiante llamada del alcohol—. La visita del padre Gabriel esta tarde ha resultado de lo más oportuna, ¿no te parece? Por cierto, está con Madre, ¿verdad?

—Sí. No sabía muy bien qué hacer con él y me pareció lo mejor. Estaba hambriento, cansado y muy asustado.

—Has hecho bien. ¿Qué es lo que ha pasado?

Roberto les contó lo que el niño le había explicado, cómo lo había encontrado y en qué condiciones.

—Es terrible. —El padre Gabriel se santiguó con un rápido gesto.

—Aunque crea lo contrario, padre, es usted aún muy joven —le dijo el Mesías, soplando el tazón donde humeaba el caldo—. Los humanos no somos malos por naturaleza, pero cada vez estoy más convencido de que algunos de nosotros salimos defectuosos. Llámeme genética o aliento divino, me da igual, pero la experiencia me ha demostrado que muchas personas llevan una semilla de corrupción en su interior que, cuando germina, las convierte en monstruos. ¿Podrá ocuparse del niño, padre? Roberto ha hecho bien trayéndolo a la Madriguera esta noche, pero creo que será mejor que se lo lleve y lo deje en manos de las autoridades, sus padres deben estar desesperados. A nosotros nos costaría acercarnos a la policía sin tener que dar explicaciones, como puede comprender.

—Hay otra cosa más, Mesías... Jesús —intervino Roberto, dejando el cuenco que le había dado en el suelo, vacío, al ver que sus manos comenzaban a temblar. El Mesías, al oír que se refería a él por su verdadero nombre, arrugó el ceño, intrigado por el cambio de actitud en su compañero.

—¿Qué te preocupa?

—Después de salvar al niño de las ratas, los oímos, Jesús. Hoy es sábado. Y están por la zona. —Se mordió el labio, temeroso.

El rostro del hombre se ensombreció, endureciendo sus facciones.

—¿Qué pasa? —preguntó el cura, sin comprender qué sucedía.

—Le he dicho que la semilla de la corrupción se alberga en el pecho de muchos y, en ocasiones, despierta, convirtiéndolos en seres incontrolables. Hay otros que directamente son demonios que no son bien recibidos ni en el mismísimo infierno y cuya misión no es otra que buscar presas con las que saciar su enfermiza sed de sangre y odio.

—Me estás asustando, Jesús. —El padre Gabriel se removió en su banqueta, nervioso. ¿De qué estaban hablando? No acababa de entender sus enigmáticas palabras.

—Para la sociedad somos parias, olvidados, desheredados que lo han perdido todo. No tenemos ilusiones, estamos jodidos, enfermos, convertidos en muertos en vida que arrastramos nuestra tristeza de un lado a otro de la ciudad hasta que el cuerpo se niega a seguir luchando. Morimos como perros sin dueño en cualquier callejón, entre basura, cucarachas y ratas, y llenamos huecos en el cementerio donde casi nunca hay un nombre con apellidos que poner en la lápida. Y, aun así, algunos intentamos mantener la dignidad, seguir considerándonos personas, no animales ni bestias. Hay gente que lo entiende, que lo comprende y que se esfuerza en ayudarnos, como usted mismo, padre. Pero para otros somos escoria, podredumbre, el escalón más bajo de la especie humana, mezquinos seres que no llegamos a la altura de los insectos y que deberíamos ser exterminados de la faz de la Tierra, pues somos un reflejo que no les gusta, uno que les recuerda en qué podrían llegar a convertirse. Y prefieren destruirlo. Las agresiones en la calle están a la orden del día. Seguro que ha oído hablar de indigentes a los que les han dado palizas sin venir a cuento, o que descerebrados han quemado a alguno de los nuestros rociándolo con gasolina por pura diversión mientras se guarecía del invierno en un cajero. Eso son nimiedades, juegos sin sentido, retazos de una sociedad enferma. Créame, lo he vivido. —Se remangó el brazo derecho, y tanto Roberto como el padre Gabriel pudieron ver las tremendas quemaduras cicatrizadas que desde la muñeca se perdían bajo la manga de su camisa—. Luego están *los cazadores*.

—¿Los... los cazadores? —preguntó el cura, parpadeando.

—Los llamamos así, pues es lo que son. Escuchar su nombre nos produce terror, pronunciarlo asco. Llevan actuando hace años. Aparecen y desaparecen, pero continúan ahí, aletargados. Al principio lo hacían de forma esporádica. Había muertos, siempre hay muertos cuando ellos salen de caza. Desde hace unos meses, no hay sábado por la noche en esta maldita ciudad que no vayan en busca de presas. Igual que los demás, por diversión, pero su fondo es muy distinto, más oscuro y perverso. Se han convertido en una leyenda urbana. Hay quien dice que no existen, que todo son falacias, habladurías, que no son más que un grupo de niñatos de ideas fascistoideas que deambulan por los barrios solitarios o abandonados con el fin de contentar a sus jefes de las cúpulas neonazis y de extrema derecha. Yo creo que hay algo más, algo más turbio y siniestro en ellos. Y sé que existen, que no son imaginaciones de la gente de la calle. Yo mismo los vi *cazar* hace seis meses, escondido tras un contenedor de basuras. Fui testigo de cómo destripaban... a uno de... de mis... amigos. —Los ojos del Mesías se humedecieron—. Le pisotearon la cabeza hasta dejársela convertida en una pasta sanguinolenta que se llevaron arrastrando en las suelas de sus botas. Llevaban palos, bates de béisbol, cuchillos y hachotes, y cubrían sus facciones con pasamontañas y máscaras grotescas. El que parecía su líder se ocultaba tras una careta de diablo, la de uno feroz y sonriente. ¿Estás seguro de que eran ellos? —le preguntó a Roberto, mirándole con ira contenida.

—No... no, claro que no. Tan solo oí unos ruidos extraños, como de algo afilado resbalando por la pared, rasgándola entre perturbadores ecos de voces. Pero es sábado. Y todo el mundo sabe que es noche de cacería. Por eso decidí que lo más conveniente era traer al niño a la Madriguera.

—Y la policía, ¿no hace nada para detenerlos? ¡Hay que ponerlo en conocimiento de las autoridades! —El padre Gabriel estaba contrariado... y muy muy asustado.

—¿Cree que no lo saben, padre?

Aquello aún aterrizó más al sacerdote.

—Hiciste bien en traer contigo al niño, Roberto. No es una buena noche para estar ahí afuera. —Miró su viejo reloj de pulsera, uno de cuerda, de los que no fallaban. Apenas faltaban unos minutos para las nueve—. Si quiere un consejo, padre, aunque no sea plato de buen gusto para usted, le recomendaría pasar la noche aquí, con nosotros. Evitaría riesgos innecesarios. Mañana podría llevarse al niño a primera hora. Los cazadores se alejan con la luz del día y jamás se han adentrado en la estación. Son unos cobardes que prefieren encontrar presas aisladas, débiles, con las que jugar antes de dar rienda suelta a sus instintos más depravados, pero, si realmente están por los alrededores, sería preferible no ponerse a su alcance. Nunca se sabe lo que puede suceder con ellos. Son imprevisibles.

—No... no sé... —La proposición había tomado por sorpresa al religioso—. Supongo que puedo llamar al centro con el móvil y decirles que estoy aquí.

—Me temo que eso no será posible. Aquí abajo nunca ha habido cobertura para esos cacharros y, aunque me lo pida de rodillas, no voy a dejar que salga ahí afuera. Así que confíe en mí, padre, y acomódese como mejor pueda. Esta puede ser una noche muy larga.

* * *

Cuando acabó de hablar con el Mesías, Roberto regresó al rincón de Madre para ver cómo se encontraba el niño. Al llegar, Joana salía de la tienda de campaña y, al verle, le dedicó una de sus esplendorosas sonrisas.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó, interesado.

—Duerme como un bendito. Estaba exhausto. Las emociones han podido con él. Y no me extraña con lo que me has contado. Se ha tomado un plato de sopa y he abierto una lata de atún que tenía por ahí. La ha devorado. Ahora está tranquilo. Ya me gustaría a mí tener la capacidad de los niños para dormir así. Es una de las cosas que más echo de menos. —Las patas de gallo y las diminutas arrugas que se acumulaban en las comisuras de sus labios parecían haberse dulcificado, suavizado, como si la presencia del pequeño le hubiera permitido sacar de su interior una parte de sí misma que llevaba oculta desde hacía tiempo.

—Muchas gracias —fue lo único que pudo decirle.

—¿Has hablado con Jesús? —ella era de los pocos en la Madriguera que solía llamarle por su verdadero nombre. Roberto asintió.

—Hemos tenido suerte. Un cura del centro de día que hay en el barrio, el padre Gabriel, estaba con él. Nos ha ofrecido su ayuda para llevar a los compañeros más enfermos y débiles a la institución, y acompañará al niño a las autoridades mañana por la mañana. Va a pasar la noche con nosotros. Es lo más sensato, dadas las circunstancias.

Joana asintió, retirándose un mechón de cabello que le cosquilleaba en la frente y que, revoltoso, se le había escapado de la cola que se había hecho, haciéndola parecer más joven de lo que en realidad era.

—Le has dicho lo de... lo de los cazadores.

—Sí. Quizás no sea nada, pero me quedo más tranquilo ahora que lo sabe; hoy aquí somos bastantes. El Mesías cree que en la Madriguera estaremos a salvo.

—¿Y tú?

¿Por qué le había hecho esa pregunta? ¿Tanto se le notaba? ¿Había podido leer su preocupación bajo aquel disfraz desastrado? ¿Qué hacía diferente aquella noche a otras similares? No lo sabía, no tenía ni idea, pero intuía que era distinta, lo sentía en la boca del estómago, y no era precisamente por el ardor provocado por la ausencia de vino, había algo más.

—Si él lo cree, no tengo por qué dudar. —Aquello era esquivar la respuesta, salirse por la tangente, sortear el miedo con una torpe verónica, pero no tenía nada más que ofrecerle.

—Se te ve cansado a ti también. ¿Tienes sitio donde dormir?

La pregunta le sorprendió.

—No, pero buscaré algún lugar en el apeadero.

—Puedes quedarte, si te apetece. A mí no me importa. Hay sitio para dos. Y así estarías cerca del niño. Te has convertido en su héroe. No ha dejado de hablarme de ti y de cómo, literalmente, le salvaste de las ratas, hijas de puta —dijo, divertida.

—Te juro que no llegué a decirlo, pero ese niño es más listo que el hambre. —El corazón se le aceleró, emocionado—. ¿De verdad, no te importa?

—De verdad —sus palabras sonaron sinceras.

—No sabes cuánto te lo agradezco —dijo, dejando su carrito a un lado para entrar en su cercado, en su recinto, en su etérea propiedad.

—Deberías quitarte esas barbas. Puedes coger piojos, o sarna, si es que no los tienes ya —le dijo ella, mientras se ponía sopa en un plato de aluminio—. ¿Te apetece?

—No, ahora no, gracias. Jesús me ha dado de la suya —dijo, sentándose junto a ella, cerca de la estufa. En la estación subterránea no hacía excesivo frío; sus inquilinos habían encendido pequeños fuegos en papeleras o en oxidados bidones, matando el helor que se colaba desde el exterior. Y, no obstante, la agradable sensación de estar junto a la estufa le devolvió, de nuevo, nostálgicos recuerdos del pasado. No, aquel no era un día normal. No para él.

—¿Y bebida? Tengo por ahí un par de latas de Coca Cola —le ofreció Madre—. ¿O prefieres... vino, o cerveza? —Los ojos de ella centellearon en la penumbra que rellenaba los huecos de la estación fantasma. Era una prueba, lo supo en cuanto las palabras salieron de sus labios. No, no quería un maldito refresco, quería notar el áspero sabor del detestable vino de cartón en su lengua, sentir su agrio calor bajando por la garganta, escalfando su estómago, y gozar del atenuador efecto en su memoria, mitigador de sus sentidos. Su respuesta le sorprendió hasta a él mismo. Hipócrita.

—La Coca Cola está bien.

Una luz intensa iluminó el rostro de Joana.

* * *

Antes de arrebujarse en el suelo, tapándose con una manta que ya apenas calentaba, fue a ver cómo andaba el niño. Seguía dormido, sumido en un plácido sueño. Un ronquido apenas audible brotaba de su naricilla, algo congestionada. Temió que pudiera coger un enfriamiento, con el frío que había pasado aquella noche. La gripe estaba haciendo estragos entre la gente sin hogar. Le habían llegado noticias de que algunos habían tenido que ser recogidos por los servicios de emergencias y llevados al hospital con graves neumonías y problemas respiratorios. El invierno era duro, muy duro, para los que no tenían nada.

Siguiendo el consejo de Joana, se afeitó la barba. Primero se la recortó con una tijera que ella le prestó y luego usó la maquinilla. Llevaba una en el carrito, una desechable que había utilizado más veces de lo aconsejable, así que los tirones del pelo al pasarse la cuchilla dolían, pero, por alguna razón, aquello le hizo sentir más vivo. Bajo ella le asustó lo que vio en el espejo circular de Madre, el que le ayudaba a arreglarse cada mañana antes de salir a trabajar. Tenía los pómulos hundidos y unas profundas ojeras que se enfatizaban todavía más al contrastar con la cerúlea palidez de su piel. ¿Cuánto tiempo hacía que no se miraba en un espejo, en uno de verdad? Se contentaba con verse reflejado en los cristales de los escaparates, cuando le permitían acercarse a ellos. Había adelgazado mucho, y tenía un aspecto enfermizo, pero se sorprendió al descubrir cierta dignidad perdida en aquellos rasgos masculinos vapuleados por la mala vida. Le resultó extraño sentir la suavidad de la piel al pasarse las callosas manos por el mentón. Parecía otro, una persona diferente. Pero no debía engañarse, un rasurado de barba no cambiaba nada. Todo a su alrededor seguía igual. Devolver la humanidad a seres como ellos era aún más hiriente de lo que se imaginaba. La idea de Joana no había sido buena. Aquello le había devuelto las ganas de querer olvidar, y eso solo significaba volver a beber, beber hasta perder la noción de su existencia. Y no quería hacerlo. Así que, para evitarlo, decidió dormirse. Era la única forma de no pensar en el vino, y en ocasiones, ni eso servía... No sería la primera vez que se despertara sediento después de haber hecho una ronda por los mejores bares de la ciudad en sus sueños. Huraño, y algo hosco, se despidió de Joana dándole las buenas noches, no sin antes agradecerle todo lo que había hecho por él y por el niño aquella velada. Se tumbó en el suelo, encogido, casi en posición fetal, al calor de la estufa, aunque a cierta distancia, para evitar accidentes. Más de un compañero se había carbonizado por aproximarse demasiado al fuego huyendo del frío. Esperaba no soñar, no quería soñar. Deseaba desaparecer, desvanecerse en la nada, en la oscuridad, hasta que el alba despertara para devolverles la vida otra vez. Cuando el niño se fuera, todo regresaría a la normalidad, todo volvería a ser como era.

Le sobresaltó sentir a Joana tumbarse a su lado, cerca de él. Muy cerca. Se acurrucó a su espalda y no tardó en notar el calor que transmitía su cuerpo. ¿Sería posible lo que estaba sucediendo o ya había empezado a soñar? No, debía de estar equivocado, haber malinterpretado el gesto que tan solo

buscaba ahuyentar el frío, compartir la soledad... Decidió hacerse el dormido. No quería hacerle daño. No más del que ya le había hecho. De repente, las manos de ella comenzaron a moverse con ansiedad, buscando su cuerpo bajo la ropa... No podía ser cierto. ¿O sí? No hubo palabras, ni una sola frase. No eran necesarias. El aliento cálido de ella resbaló por su cuello instantes antes de sentir sus labios deslizándose por su piel. Sabía que olía mal, a pesar de que ella le había dejado unas toallitas para limpiarse, insuficientes para desprenderse de toda la suciedad y roña acumulada durante días, pero a ella no pareció importarle, sus dedos dirigiéndose hacia su entrepierna, donde la visible erección le resultó vergonzosa, bochornosa. Se giró hacia ella para pedirle que parara y se encontró con sus ojos color miel, centelleando con anhelo. Tenía las mejillas sonrosadas por la excitación. Él no pudo evitar acariciárselas, con torpe dulzura. Pero ella no quería dulzura, tan solo satisfacer sus instintos aletargados, sus deseos reprimidos en un universo donde resultaba difícil saciarlos. Lo besó con furia, con rabia, mordiéndole los labios mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Las manos de él encontraron sus pechos y se los apretó con fuerza, las yemas de sus dedos deslizándose por su suave piel, liberándola entre prisas de todo aquello que se interponía ante su febril deseo. Desde fuera eran solo un montón de ropa moviéndose de forma espasmódica, retorciéndose en los claroscuros de aquel triste rincón de la estación, sus cuerpos entrelazados en una danza ignominiosa y secreta, gemidos casi inaudibles para los que seguían luchando por sobrevivir en un mundo que les negaba todo. Apenas fueron cinco minutos de salvajes envites y caricias desesperadas. Cuando acabaron, ella volvió a vestirse y se dio la vuelta, dándole la espalda. No hubo besos, ni gesto alguno de cariño. Habían fornicado como animales y así debían seguir sintiéndose. No había más. Roberto tardó en dormirse... después de llorar amargamente.

CAPÍTULO V

El desgarrador grito le arrancó de su sueño sin pesadillas de forma brusca e inesperada. Parpadeó varias veces y se frotó los hinchados ojos con fuerza para arrancarse las legañas. ¿Dónde estaba? ¿Qué sucedía? Al volverse se encontró con el cuerpecito de Marc encajado entre el suyo y el de Joana, que también acababa de despertarse a consecuencia del horripilante chillido. ¿Cómo había llegado el niño hasta allí? ¿Habría sido testigo de su furtivo escarceo sexual? No, claro que no. No tardó en comprender que, probablemente, algo debía haberle despertado y, asustado, los había buscado, arrebujándose entre los dos, agradeciendo su calor. Roberto volvió a la realidad. Se encontraba en la Madriguera, por supuesto. Pero ¿qué hora era? Miró en su Citizen mecánico, el último vestigio que conservaba de su anterior vida y que aún seguía llevando en su muñeca: las once y cuarto. No era muy tarde, y solo le bastó una mirada a su alrededor para comprobar que todavía había gente despierta, pero aquel grito que había acabado extinguiéndose en la bóveda con un apagado eco, no era un grito habitual. A los habituales estaban acostumbrados. Nadie se despertaba por las voces de un compañero que había sucumbido a la dimensión más lóbrega de la razón. Aquel había sonado diferente. Entrecerró los ojos y miró hacia la posición donde descansaba el Mesías. A su lado se encontraba el padre Gabriel, con el rostro desencajado. Así pues, no eran los únicos a los que les había parecido inusual aquel lamento de dolor.

—¿Qué sucede? —se atrevió a preguntar Joana, con un rictus de temor y duda en las incipientes arrugas de su cara. Roberto se encogió de hombros, desconcertado. No tenía ni idea, pero sabía que aquello no era bueno, nada bueno.

Y, entonces, sucedió. El rincón donde Madre tenía sus enseres se encontraba lejos de las escaleras principales, pero la reverberación de la estación abandonada les hizo llegar con claridad a todos los que se guarecían a su cobijo el sonido de... de algo que bajaba por ellas, como si... como si alguien estuviera saltando los escalones de dos en dos, de cuatro en cuatro, en una alocada carrera hacia el piso inferior. A pesar de lo difícil que resultaba en un lugar como aquel, el silencio que había en aquellos momentos dentro del apeadero era absoluto, como en la cripta más profunda de un olvidado monasterio, como en el camposanto de una ciudad fantasma. El sonido se intensificó cuando, lo que estaba llegando, se acercó al final de los escalones. Y ante sus ojos, una sombra, no mayor que un balón de fútbol, se deshizo de la oscuridad y golpeó en el penúltimo de ellos, rebotando con un golpe sordo que le hizo acabar rodando entre las baldosas levantadas, deteniéndose muy cerca del lugar donde Roberto se había tropezado con la joven toxicómana.

—¡Qué coño...!

Aquello no era una pelota, no había botado como una pelota y tampoco había sonado como tal.

Curiosa, la chica del viaje alucinado se levantó tambaleándose para mirar qué era lo que había descendido por las escaleras, provocando el estruendo. Al llegar hasta el objeto, incrédula, se inclinó para contemplarlo mejor. Lo que sucedió después, confundió a Roberto. La muchacha se incorporó de inmediato llevándose una mano a la boca y, apoyándose en una columna, vomitó hasta las entrañas. ¿Efectos secundarios del caballo? No, no era eso. La mujer mayor que le había prestado ayuda salió de entre un montón de cartones y se acercó para ver qué demonios era lo que había causado aquella drástica reacción en la joven... Y comenzó a gritar.

—¡Una cabeza! ¡Es una cabeza! ¡Oh, mierda, es una jodida cabeza!

Antes de poder asumir lo que promulgaban aquellos gritos desesperados, una atronadora música reventó en la estación procedente del piso superior. Roberto reconoció al instante la melodía y el corazón se le detuvo entre latido y latido. Tuvo que toser para volver a sentir las aceleradas palpitaciones de una abrupta arritmia. Eran los coros del *O Fortuna* del *Carmina Burana* de Orff a plena potencia. Aquel prelude de la obra, dedicado a la diosa romana de la suerte, rugió con estridencia secuestrando el silencio y arrebatándoles cualquier atisbo de esperanza.

Porque aquello solo podía significar una cosa. Aquella mujer no estaba loca. Lo que había caído desde arriba, rodando y saltando de escalón en escalón, era una cabeza humana. La de alguien que había tenido la mala fortuna de tropezarse con el diablo.

Y tras él llegaban sus cazadores.

* * *

No era posible. Nunca se internaban en las estaciones abandonadas. Jamás. Era como territorio sagrado que no podían pisar. En ellas estaban seguros, a salvo. Se equivocaban. Les habían mentido. Habían roto el invisible pacto, jamás firmado. Y ahora estaban atrapados en una ratonera de la que no podían escapar.

El caos se apoderó de los sintecho cuando las alargadas sombras de los depredadores resbalaron por las viejas paredes de la estación estirándose hasta el infinito, anunciando su llegada. Serían una docena, quizás más. Una manada de lobos sin piel de cordero; una que había encontrado un rebaño muy fácil de devorar, de aniquilar. Las habladurías eran ciertas y lo que el Mesías les había explicado, verdad. A quien Roberto vio primero, encabezando sus ejércitos infernales, fue al individuo de la máscara de demonio. Era alto, con buen porte, y vestía un traje con camisa y corbata, todo de color negro. Ocultaba los rasgos de su cara con una máscara, pero no una como se la había imaginado Roberto: la típica careta de carnaval del que va disfrazado de demonio con capa y tridente, surrealista y teatral. Era mucho peor. Sus recuerdos afloraron rasgando el neblinoso velo del alcohol, mientras desaparecía de su sangre a marchas forzadas tras varias horas sin beber. Se sentía mal, le dolía la cabeza y no podía pensar con claridad, síntomas típicos de un principio de síndrome de abstinencia, pero, aun así, se esforzó en recordar dónde había visto una máscara similar. Pasados los primeros desconcertantes segundos se le heló la sangre, la luz de la certidumbre llegando como una dolorosa oleada a la orilla de su memoria. ¡Por supuesto que sabía lo que era! Aquella máscara representaba a un Oni. Su feroz expresión, sus bulbosos ojos amarillos escondidos bajo unas prominentes bóvedas, su boca llena de colmillos proyectados hacia delante y los retorcidos cuernos saliendo de la frente eran característicos de los Oni, los demonios japoneses. En su último viaje de negocios a Tokio, poco antes de que lo despidieran, había visto algunas parecidas. Además, siempre le había gustado la mitología oriental. Y aquello le retorció el alma, pues algo le decía que aquel individuo no portaba la máscara porque sí. Tenía un sentido, un fin. Y es que los Oni de la cultura japonesa se asociaban a las plagas, a las hambrunas y a los terremotos. Al mal, en definitiva. Y los cazadores eran una plaga, un azote divino e implacable para todos aquellos a los que consideraban deshechos de la humanidad.

—¿Qué hacemos? —preguntó una aterrorizada Joana, despertando al niño que, a pesar de los gritos, seguía durmiendo, como si presintiera que abrir los ojos y regresar a la realidad no fuera una buena idea.

Al Oni le seguían sus vasallos. Bajaban las escaleras sin prisas, conscientes de que aquella estación era lo más similar a una trampa sin escapatoria.

—Estamos perdidos... —susurró Roberto, contemplando como Jesús, el Mesías, acompañado de un tembloroso padre Gabriel, unos pasos a su espalda, se apresuraba a acercarse a los cazadores, quizás con la intención de apaciguarlos, de negociar con ellos. Roberto, en su ingenuidad, tenía la esperanza de que la presencia del sacerdote, la única persona que no era un sintecho en aquel lugar, sirviera para detenerlos, para frenar sus instintos...

Fue el primero en morir ante los desorbitados ojos de Jesús. Uno de los cazadores, un tipo grande como un armario, con la cabeza enfundada en un pasamontaña con la imagen de una calavera blanca estampada en su rostro, le hundió sin mediar palabra un enorme cuchillo de caza en el vientre, uno que rieló azulado un segundo antes de desaparecer en su cuerpo. Roberto estaba lejos de ellos, pero con un escalofrío que le recorrió el cuerpo, y que no tenía nada que ver con el síndrome de abstinencia, creyó ver como las tripas se le desparramaban por el suelo al padre Gabriel cuando la afilada hoja le abrió el abdomen de una forma espantosa. La música de Orff seguía llenando la estación con sus épicos coros. La vomitaban unos potentes altavoces que uno de los cazadores llevaba consigo, probablemente conectados al *bluetooth* de su móvil. El tipo los dejó en el suelo para poder asir mejor un bate de béisbol que llevaba en la mano no ocupada y al que había enrollado un alambre de espino con el que lo había coronado.

Tras su espeluznante entrada, los desheredados, convertidos en alimañas asustadas, comenzaron a corretear en todas las direcciones, sin saber qué hacer ni a dónde ir, sumidos en un dramático caos. Algunos se acurrucaban al lado de sus cosas, otros intentaban esconderse sin saber cómo hacer para escapar de la furia de los cazadores, convertidos en monstruos ávidos de sangre. Entre la manada se intuía la presencia de personas de ambos sexos, hombres y mujeres, quizás padres de familia, empresarios, secretarias, o el maldito chófer de un autobús escolar... Fuera como fuese, ninguno iba a cara descubierta, sus facciones cubiertas con orgullosa cobardía bajo esperpénticas caretas de animales o antifaces que las sombras convertían en surrealistas ilusiones. La muerte recorrió la estación fantasma cabalgando sobre el odio y el fanatismo mientras, desde la seguridad de su posición, desde su sombría atalaya, el Oni contemplaba el germinar de su semilla de destrucción sin mover ni un dedo, gozando del dantesco espectáculo que se escenificaba ante sus ojos.

Tras el sacerdote, llegaron los demás. Los bates hacían crujir huesos y los cuchillos cercenaban gargantas, desprendiendo lluvias de sangre que bañaban sin piedad a los compañeros de los caídos, ahogándoles en su propio delirio, los cazadores cebándose en sus presas, arrancándoles el corazón, revolviendo en sus entrañas. El Mesías intentó evitar que el hombre del bate con espino golpeará a la joven toxicómana, pero lo único que logró fue que el hachote de uno de los acólitos se le incrustara en la cabeza con una violencia desaforada, partiéndole el cráneo en dos ante los gritos histéricos de la muchacha, acallados de golpe cuando el bate le destrozó la mandíbula con un espantoso crujido, el acero de espino rasgándole los músculos de la cara y reventándole el ojo izquierdo.

Aquello era una verdadera locura.

El niño, al que habían vestido precipitadamente, comenzó a llorar, hundiendo la cabeza en el pecho de Joana, que lo había cogido en brazos. Roberto, desesperado, no sabía si acudir en ayuda de los demás o huir siguiendo las vías del metro, como habían hecho algunos, sumergiéndose en sus sombras sin saber si conducían a algún lugar. Se recriminó no haber explorado nunca el túnel, pero tampoco lo había necesitado. Ahora, quizás, era la única vía que tenían de huir del horror.

Se equivocaba.

Tres de los cazadores emergieron de las tinieblas que habitaban en la garganta del túnel, probablemente procedentes de algún ramal confluyente, deshaciéndose de la negrura, enganchada a sus ropas como pegajosos filamentos de alquitrán, a golpe de puño. Se las veían y se las deseaban

para frenar los tirones de los perros, brutales figuras que jalaban de las cadenas a los que se hallaban unidos, alzándose sobre sus cuartos traseros, lanzando dentelladas y babas, rabiosos, los belfos retraídos mostrando afilados colmillos que rasgaban el aire. Los ansiosos ladridos de los animales se elevaron por encima de la música, amenizando la desatada y exasperante orgía de sangre. Los perros olfateaban la violencia y el horror que exudaban los poros de los inocentes; un olor a muerte y a hierro que se entremezclaba con el del sudor, la miseria y la depravación. Y, entonces, los cazadores los soltaron. Los canes, un par de rottweiler y un fila brasileiro, salieron disparados hacia los que, al verlos surgir del túnel, se habían dado la vuelta emprendiendo una desesperada e incierta huida. Hacerlo era absurdo, sin tener la edad, las fuerzas, ni las energías para salir airoso, pero el instinto de supervivencia codificado en sus genes había decidido que fuera así. Los dos rottweiler se ensañaron con un hombre que no debía llegar ni a los cincuenta kilos. Se defendió algunos segundos con un destartalado bastón, pero los perros lo tiraron al suelo y sus potentes mandíbulas le desgarraron la garganta entre aullidos de dolor y una nube de sangre. El fila prefirió atacar a una mujer que debido a su edad fue presa fácil; antes de que se diera cuenta, el animal le atenazó el rostro con las mandíbulas, triturándoselo a mordiscos.

Roberto, sumido en un mesmerismo alucinado, no podía dejar de mirar al Oni, quien, desde el apeadero, con las manos a la espalda, admiraba su obra de destrucción con la calma del que observa una pintura en un museo de arte. Ninguno de los cazadores había pronunciado palabra, ni tan siquiera una frase, un insulto. Nada. Solo se habían dedicado a proyectar su odio y su violencia sobre los que allí abajo intentaban sobrevivir en su particular penitencia, haciéndoles llegar la peor de las condenas, el más terrible de los castigos.

—¡Vámonos, Roberto, vámonos! —Joana le tironeó de la manga del gabán. Quizás no había transcurrido ni un par de minutos desde que se había iniciado la matanza, pero él seguía hechizado por aquel granguñolesco espectáculo comandado por el hombre del traje de negro y la máscara japonesa. Se volvió hacia ella. Sujetaba al niño entre los brazos insistiendo en que se tapara los oídos, la cabecita hundida contra su pecho, aterrorizado por el estruendo de la música y los gritos de dolor.

—Tenemos que irnos o nos matarán también a nosotros, Roberto. —Los ojos de ella parecían salirse de las cuencas, inyectados en sangre, las lágrimas trazando rastros angustiosos sobre sus mejillas. ¿A dónde quería ir?, pensó, no había lugar alguno donde guarecerse de aquellas bestias. Solo había una salida y estaba protegida por el Oni y un par de sus hombres, pertrechados con hachas y machetes.

—Estamos perdidos, Joana, perdidos... —Ni tan siquiera encontró las fuerzas para esconderse tras la columna donde apoyaban sus cosas. ¿Para qué? Pronto pasarían a formar parte de los fantasmas de aquella estación.

—¡Hay una salida de emergencia! —le espetó Joana, de repente—. Ven conmigo, por favor. Antes de que sea tarde.

¿Una salida de emergencia? Sí, las estaciones solían tenerlas, pero...

Se volvió para mirar al horror cara a cara. No debió hacerlo. El viejo músico, al que había oído interpretar a Coltrane, tropezaba entre los cadáveres de sus compañeros pidiendo ayuda, con el saxofón —del que nunca le había visto separarse, ni tan siquiera para dormir— colgando de su cuello, mientras sus compañeros seguían cayendo bajo el yugo de los sin piedad, de aquellos que cercenaban vidas a cuchilladas. Los demonios de la noche, cual pérfida plaga de langosta, acabarían con la cosecha y luego se alejarían de allí, volviendo a sus vidas cotidianas e insípidas, orgullosos de haber cumplido el trabajo encomendado. Habrían eliminado a la inmundicia, a los que no se

merecían compartir ni una mísera porción del aire que respiraban. ¿Recibirían castigo por ello? Seguramente no. Quizás dejaran a dos o tres de aquellos desquiciados y borrachos vagabundos con vida y las autoridades achacaran la tragedia a una violenta reyerta engendrada por las drogas o el alcohol. Con toda probabilidad, ni tan siquiera la noticia se mereciera unas pocas líneas en la prensa. ¿Para qué? Lo mejor era ocultar la mierda bajo la alfombra para que así nadie la viera, aun a sabiendas que seguía allí, escondida, donde debía estar.

Al Oni le llamó la atención el viejo ciego y, condescendiente, se acercó a él, pasando por encima de la alfombra de cadáveres que sus acólitos le habían dispuesto, cuidando de no mancharse su impoluto traje negro. Al llegar hasta donde se encontraba el músico, se detuvo a unos centímetros para observar, con curiosidad casi científica, sus torpes y vacilantes andares. De pronto, la mano del ciego tropezó con el pecho del hombre. El demonio no se movió, interesado por lo que estaba a punto de suceder. Las manos del anciano ascendieron hasta su rostro y recorrieron la máscara de Oni con la yema de sus dedos, balbuceando una ayuda que no llegaba. Cuando reconoció la horrible forma de la careta, dejó de implorar y guardó un sepulcral silencio, irguiéndose sobre sus tambaleantes piernas. En un último acto de orgulloso valor, retiró sus manos de la cara del verdugo, aferró el saxofón, su único y verdadero amigo desde hacía más de cuarenta años, y comenzó a interpretar un espectacular solo, triste y demoledor, que, con su fuerza y serenidad, doblegó a los coros de Orff. Con un gesto, el Oni mandó a uno de los suyos apagar los altavoces y, por unos instantes, la melodía del saxofón de aquel viejo músico fue lo único que se escuchó en la bóveda abandonada, sirviendo de fúnebre despedida a todos los caídos por la salvaje mano de los cazadores. Luego, sin mediar palabra, el individuo del traje negro sacó una pistola, que centelleó a la luz de los fuegos repartidos a lo largo y ancho de la estación, y descerrajó un brutal disparo en la cabeza del anciano. La melodía se extinguió, ahogada por el eco de la detonación. El silencio que la siguió fue ocupado de inmediato por un trágico orfeón de gritos, lamentos y gemidos de los que todavía se aferraban a la vida.

La muerte del ciego acabó por devolver a la realidad a Roberto, quien por fin reaccionó a las palabras de Joana, que volvió a repetir su suplicante letanía.

—¡Vámonos, vámonos, rápido!

Y, como un sonámbulo atrapado en su propia pesadilla, la siguió con el taciturno epitafio del viejo artista todavía resonando en sus oídos.

* * *

Los gritos se apagaron a sus espaldas y la agonía de los olvidados se vio sustituida por un intenso olor a alcohol que les acicateó las narices. Aquello a Roberto le revolvió el estómago y le hizo sentir unas tremendas ganas de beber, la boca pastosa y la lengua hinchada, claros efectos de la maldita abstinencia. Ni era el momento ni tampoco hubiera podido hacerlo, pues, en su precipitada huida, había abandonado el cartón de vino junto a las cosas de Joana. A la fuerte tufarada a licor barato le siguió de inmediato el humo y el hedor a carne quemada. Un nudo le atravesó la garganta sin perder de vista a Joana, que llevaba al niño de la mano, caminando apresurada por entre las columnas del apeadero, internándose en lo más profundo de la estación. Los estaban quemando, pensó Roberto, mordiéndose el labio, imaginando la horripilante escena. Los cadáveres se carbonizarían, convirtiéndose en cenizas, eliminando las pruebas, y llevándose consigo el odio y la violencia de aquellas bestias con aspecto humano. Olvidados, sí. Nadie lamentaría su pérdida, su ausencia. Una molestia menos. Cabrones.

—Es por aquí. ¡Ayúdame! —le dijo la mujer, retirando unos tabloncillos que cubrían una puerta

metálica salpicada de pintura y cemento que nadie se había molestado en limpiar. La había encontrado por casualidad, meses atrás y, aunque alguna vez la había utilizado, no le había resultado cómoda para usarla a diario, con lo que había decidido ocultarla de nuevo. Tan solo el Mesías sabía que existía. Tan solo él. Y él ya no estaba. Habría pasado desapercibida para cualquiera que no supiera de su existencia—. Da a una escalera que lleva a la superficie.

Tenía razón. Era una vía de servicio, de construcción obligatoria, como muchas otras que se repartían a lo largo de los kilómetros de hierro y de las estaciones en funcionamiento; un sistema de seguridad por el que acceder a las zonas subterráneas en caso de emergencia. Y no podía haber emergencia más grande que la que tenían.

El humo era cada vez más denso, arrastrándose pesadamente hacia donde estaban, irritándoles la nariz y los ojos como un gas venenoso, el aliento sulfuroso de un terrorífico dragón; el olor a carne carbonizada que flotaba en su interior, cada vez más insoportable, no tardó en provocarles violentas arcadas. Marc, muy asustado y pálido, se mantenía callado, como si en el silencio encontrara las fuerzas necesarias para seguir huyendo.

Joana giró la maneta de la puerta y, por un instante, temió que se hubiera encallado. A veces, sucedía. El metal se dilataba o contraía dependiendo de la temperatura, o bien algún pedazo de piedra o de runa la clavaba al suelo, dificultando su apertura. Por suerte, no fue así. Al girarla, la puerta se abrió lo suficiente para mostrarles una sencilla escalera de estructura también metálica iluminada en cada tramo por pequeños pilotos de emergencia. El rostro de Joana se encendió. Quizás aún tuvieran una oportunidad.

—Ya no queda nada, Marc —le susurró al pequeño. Se volvió hacia Roberto, unos pasos más atrás—. Si subimos esa escalera estaremos fuera de este horror. Tenemos que...

El rottweiler surgió del muro de humo de forma inesperada, deshaciéndolo como huidizos fantasmas escapando de su ira. Sin tiempo alguno de reacción, el animal se abalanzó sobre él con brutalidad, atenazándole la pierna derecha con sus poderosas mandíbulas y haciéndole caer entre jadeos de espanto y dolor.

—¡Roberto! —el desgarrador grito de Joana tan solo sirvió para que Marc empezara a lloriquear, horrorizado al ver como aquella bestia, gruñendo y agitando su enorme testa, soltaba la pierna de su amigo y se enfrascaba en la búsqueda de su garganta, lanzando salvajes dentelladas que el pobre Roberto intentaba evitar interponiendo sus antebrazos, débil salvaguarda para la fiera desatada del animal.

—¡Corred! ¡Corred! —les gritó desde el suelo justo cuando, con un brusco tirón, los dientes del perro se cernían sobre su mano izquierda y le arrancaban dos dedos de un salvaje mordisco. El sabor a la sangre humana aún embraveció más al animal, que redobló sus esfuerzos por despedazarle a dentelladas, Roberto convertido en algo menos que un guiñapo.

Joana, con los ojos anegados por las lágrimas, agarró al niño de la mano y, sin pensárselo dos veces, corrió escaleras arriba, casi arrastrándolo. Cualquier otra opción hubiera representado su muerte. Y es que lo último que había visto por el rabillo del ojo, lo que de verdad le había angustiado, no había sido la brutal visión del perro intentando destrozar a Roberto, sino la aparición de unas alargadas y antropomorfas sombras que se dirigían hacia ellos. Les habían seguido, los muy hijos de puta. Y, lo peor de todo, es que no tenía muy claro que pudieran llegar a tiempo a la superficie. Con mucha suerte, dispondrían de una ventaja de veinte o treinta segundos, pero temía que eso no fuera suficiente. Y no podía decírselo al niño.

—Sube los escalones lo más rápido que puedas, Marc. Y escúchame. Cuando llegemos arriba —le dijo, con el corazón golpeando dolorosamente contra su esternón—, corre como un rayo y no

mires atrás, ¿me lo prometes? —El niño la escuchó, espantado, pero no dijo nada. Ella se detuvo y le agarró por los hombros, lamentando perder aquellos segundos, pero consciente de que, si no lo hacía, el crío no lo lograría—. ¡Prométemelo, Marc, por favor! ¡Prométemelo!

El niño asintió y, seguidamente, emprendió de nuevo la carrera, esforzándose en seguir el ritmo de Joana, que subía los escalones de dos en dos, él incapaz de hacerlo por ser demasiado pequeño para coordinar sus movimientos como lo haría un adulto. Viendo que no avanzaban con suficiente rapidez, la mujer le cogió en brazos, sin perder un instante. El corazón le dio un brinco al sentir el espantoso retemblar de las pisadas en los escalones metálicos transmitiéndose por la escalera, pero no podía —ni quería— ver cuántos de aquellos jodidos cazadores tenían pegados a los talones. No cuando tan solo debían faltarles dos o tres tramos de escalera para alcanzar la superficie. Aún podían lograrlo. Sí, podían hacerlo.

Pesaba. El niño pesaba más de lo que se hubiera imaginado. Calculó que unos dieciocho o diecinueve kilos. Y ella no estaba acostumbrada a cargar ese peso, aunque no iba a vender fácil la vida de aquel pequeño. Le recordaba a su hijo y, además, no se lo merecía. Acababa de descubrir —de una forma nada convencional— un lado de la humanidad del cual no debía haber sido testigo. Su lado más oscuro, más terrible...

Corre, corre más rápido. Y, sobre todo, no tropieces. Falta poco. Resoplaba. Los pulmones le ardían, se le congestionaban, el sudor pegándole el pelo a la frente, el niño agarrado a su cuello como si fuera lo único en el mundo a lo que pudiera aferrarse. Y quizás era sí. *Vamos, tú puedes.* Un esfuerzo más. El último rellano, el último recodo, los últimos escalones... Ya podía ver la puerta metálica que le anunciaba la llegada a su destino, aunque también sentía cada vez más cerca las apresuradas carreras de los que iban tras ellos, sus pisadas retumbándole en la cabeza como un acelerado engranaje al que se le acabara de dar cuerda. Demasiado cerca. Se obligó a no mirar atrás. *No, no debes mirar.* Y rogó para que la puerta se abriera, para que nadie de los transportes metropolitanos la hubiera cerrado con un candado. Rogó para que la hubieran olvidado... como habían hecho con todos ellos. *Por favor, por favor.* Estuvo a punto de desfallecer, de hincar la rodilla y darse por vencida, apenas faltando cuatro escalones para llegar al final. No le quedaban fuerzas, el corazón a un latido de reventársele como una fruta podrida. Tendió el brazo hacia delante y se agarró a la maneta con fe mística. La giró, cogiendo aire y aguantando la respiración. La puerta se abrió y una fría corriente de aire abofeteó sus sofocados rostros con una dolorosa y desagradable sensación a causa del brusco contraste de temperaturas. Entre espasmódicos jadeos dejó al niño en el suelo. El estómago se le contorsionó en un vaivén de calambres. Ya estaban allí, ya llegaban. Los tenía a sus espaldas. Pero había sido suficiente, sí, lo había sido.

—¡Corre, Marc, corre! ¡Y no mires atrás! —le gritó con las pocas fuerzas que le quedaban—. ¡Por lo que más quieras, no mires at...

Joana sintió un fuerte golpe en la espalda que le arrebató las palabras de cuajo, un violento empujón que debería haberla lanzado un par de metros hacia adelante y que, sin embargo, no le hizo moverse más de unos centímetros. Curioso... y extraño, a la vez. Algo había estallado en su interior, algo que se extendía con calidez y dolor por sus entrañas rellenando a marchas forzadas los huecos entre sus vísceras. Al mirar hacia abajo comprendió con horror qué era lo que había sucedido. La ancha y afilada hoja de un machete se había abierto camino a través de su cuerpo, su oscura sangre resbalando por el centelleante filo que sobresalía casi un palmo por delante de su pecho y cayendo en gruesos goterones hacia el suelo. Le sobrevino una violenta arcada y un vómito cuajado y espeso explotó en su boca, resbalándole por el mentón y el pecho, el resto formando un viscoso charco a sus pies. Con la vida escapándosele a borbotones, adivinó, más que vio, al pequeño Marc difuminándose

por el fondo del callejón devorado por un manto de sombras. Tuvo tiempo de esbozar una truncada sonrisa antes de que una grotesca careta de gato se asomara por encima de su hombro y una voz femenina, cálida y aterciopelada, le susurrara al oído la única frase que los cazadores pronunciarían aquella velada:

—Ven con nosotros.

Un parpadeo después, un sinfín de manos resquebrajó la oscuridad arrastrándola hacia el agujero negro de la escalera de emergencia, la puerta cerrándose de golpe ante sus ojos con un estrepitoso eco metálico que se perdió en la noche, apagando sus gritos.

CAPÍTULO VI

Hamid era un MENA, uno de esos chavales a los que en el centro social llamaban un menor extranjero no acompañado. Para el resto, un niño de la calle. Sin embargo, Hamid pocas veces había visitado el centro y, cuando lo había hecho, no había tardado mucho en escapar. Como llevaba haciéndolo toda su vida. Escapar de su casa para huir de las palizas que su padre le arreaba cuando llegaba borracho y debía pagar con alguien su mala fortuna; escapar del maldito pueblo en medio del desierto donde había nacido, sin esperanza, sin futuro; escapar de los policías para atravesar la verja que le separaba de un mundo que les ofrecía la libertad; escapar de la realidad de un país que no era tal y como le habían pintado, sumergiéndose, para mitigar su nostalgia, en el cuelgue que proporcionaba el pegamento o los porros... Escapar, escapar, escapar, siempre escapar. Pero ya estaba harto de hacerlo.

Lejos quedaban aquellos días en los que él y sus hermanos se levantaban al amanecer para ir a vender bolsas de plástico al zoco hasta la noche, o a coger caracoles o espárragos para aquellos que se paraban a comprarlos en la carretera que unía Oujda con Fez, en el corredor de Taza. Apenas recordaba el rostro de su padre, no así el de su madre, Fátima, la mujer que le había traído al mundo y a la que no dejaría de amar. Dulce, amable y cariñosa, no había día que no canturreara en la cocina mientras preparaba el cuscús y el tajín, o aquella bissara, que aún podía oler y que le hacía salivar como si la tuviera delante. Un simple puré de habas con un chorro de aceite de oliva, tan famosa en Marruecos que tenía su propio refrán: «Eres tan pobre que solo comes bissara». Sí, lo eran, pero ¡qué rica que estaba! Y qué felices cuando su padre no estaba cerca, pudiendo jugar en la calle con sus hermanos y los vecinos, correteando tras una desvencijada pelota de cuero. Pero al crecer, la convivencia con su progenitor se hizo insoportable. Nunca fue al colegio. No podía hacerlo. Su padre trabajaba en el campo, ganando un mísero sueldo, y él y sus hermanos tenían que hacerlo en el zoco para poder subsistir. A cambio, únicamente recibía reprimendas y castigos. En una ocasión, no le dejó entrar en casa durante una semana al enterarse de que se había gastado parte del dinero ganado en unas chebakias, unos dulces de miel que compró para sus hermanos más pequeños. Tuvo que dormir en la calle, acercándose a su destartalada casa de adobe cuando él no estaba para poder ver a su madre, que, a escondidas y entre lágrimas, le daba algo de comer. Fue por entonces cuando conoció a Aschraf.

Aschraf era un chico de dieciséis años (casi diecisiete, decía él) que vivía en la calle. Hamid le envidiaba. No debía rendir cuentas a nadie, no se le conocía familiar alguno, y se dedicaba a mendigar, a vender chicles, o a suministrar a los desarropados como él disolvente o hachís. A veces se metía en líos, de los que solía escapar indemne, escurridizo como una anguila, y todos le envidiaban cuando alardeaba de llevar ropas y zapatillas nuevas que, orgulloso, cambiaba cada pocas semanas. Era muy conocido en el pueblo. Fue él quien le habló del *otro mundo*, del que se hallaba tras la verja, de sus intenciones de dejar atrás aquel maldito desierto. Aschraf tenía muchos pájaros en la cabeza, fantasías que no tardó en contagiarle, privado de ellas, demasiado cansado para tan siquiera imaginarlas. Hablaba de grandes ciudades, de lugares donde la comida era abundante y en los que apenas había que trabajar para ganar dinero suficiente como para vivir una semana. Hamid creía que eran cuentos de niño, de alguien que había esnifado tanto pegamento como para haberse quedado medio lelo. Sin embargo, le atraía la idea de abandonar el hogar, de alejarse de las

regañinas y de las palizas de su padre, ver con sus propios ojos aquel elucubrado mundo que Aschraf mencionaba y que parecía sacado de un relato de las mil y una noches. Entablaron una cordial amistad. Y un buen día, el joven le dijo que se marchaba del pueblo para irse a Oujda, donde existía una feria permanente y un montón de niños como ellos pululando por las calles. Hamid le preguntó si podía acompañarle. Aschraf, con una media sonrisa, le dijo que hacía tiempo que esperaba que se lo pidiera, aunque no supiera muy bien qué significaba eso. No fueron solos, eran un grupo de cinco chiquillos que apenas levantaban unos palmos del suelo. El mayor era Aschraf, y se convirtió de forma natural en su jefe.

Llegaron a Oujda tras dos días caminando por la carretera sin que nadie los detuviera, sin que nadie les preguntara a dónde iban, acostumbrados a aquellas siluetas anónimas que huían de sus orígenes, de su pasado, y no tardaron en integrarse entre las decenas de niños que no tenían hogar, pululando por los mercados y las plazas, y durmiendo en los cementerios. En la ciudad, las cosas mejoraron, pero aún más fácil parecía la vida que veían en las pantallas de televisión de los bares, a hurtadillas, donde sus propietarios conectaban con los programas que emitían desde la península. Con suerte, a veces podían ver el fútbol, si antes no los echaban a patadas. El fútbol era lo único que les hacía olvidar sus tristes historias. Aunque había otras peores, otras que oían murmurar en los corrillos, en los mismos que hablaban de las maravillas de cruzar el charco. Esas eran las de los que se quedaban por el camino, las de los que nunca llegarían a ser libres, sus vidas atropelladas, ahogadas, convertidas en bultos sobre el asfalto, muertes violentas que quedaban perdidas en los recuerdos.

Pese a todo, pronto se dieron cuenta de que sus deseos de libertad y de una existencia mejor, lejos de la miseria que ofrecían las calles, eran superiores a los inciertos peligros que podían encontrar por el camino. A sabiendas, incluso, de que algunos de ellos pudieran hacerles perecer en el intento. Y es que, si no lo hacían, jamás sabrían si tras la verja que les negaba el paso se encontraba la felicidad que anhelaban.

La valla. Ese era su problema, su enemigo.

Formada por una doble barrera de separación de seis metros de altura, se extendía a lo largo de doce kilómetros en la frontera entre Marruecos y la ciudad española de Melilla. Fabricada de alambre y rematada en la parte superior con un nido de hilo de acero plagado de púas, se hallaba conectada a luces de alta intensidad y videocámaras automáticas; una red de sensores subterráneos y puestos de vigilancia controlaban el resto. Intentar cruzarla era una inmólación voluntaria, un suicidio. De cada mil, pasaban cien. Algunos se quedaban allí para siempre; la mayoría eran detenidos o desistían. Pero en la frontera de Beni Enzar, cerca de la mortal barrera, tuvieron la suerte de tropezarse con Abdullah, un chaval que no debía de tener más de trece años, pero que decía conocer todos los trucos para pasarla. Al menos eso aseguraba. ¿Cómo lo sabía? Se negó a decírselo. Pero, por alguna razón, decidieron confiar en él. Así que, una noche de marzo, el joven Abdullah los llevó hasta el pequeño puente que se encontraba justo en tierra de nadie, a escasos metros de la aduana española, y esperaron hasta que fue noche cerrada. Comenzó a llover. Y aquello fue una bendición. A las tres de la madrugada, con la furiosa lluvia cayendo como si no hubiera un mañana y los guardias guarecidos en las garitas, arrebuajados en sus capas impermeables, casi un centenar de subsaharianos se lanzaron al unísono contra las vallas del puesto. No pudieron detenerlos a todos. Les resultó imposible. Era como intentar atrapar peces en un río con las manos desnudas. Hamid tuvo suerte y fue de los primeros en atravesar la frontera. Aschraf no lo logró. Por el rabillo del ojo vio como dos policías aduaneros lo detenían cuando apenas le quedaban un par de metros para llegar hasta ella. Llorando y pataleando, se lo llevaron a rastras.

De aquello hacía tres años. Ahora Hamid estaba a punto de cumplir los quince. Y no había alcanzado su sueño, para nada. Les mintieron, les engañaron. Desde Melilla, tras pasar unas semanas en un centro de acogida para extranjeros, se escapó —siempre escapar, siempre- siguiendo a Abdullah, el espabilado jovencuelo que les había ayudado a cruzar a él, y a casi una veintena de sus compatriotas, las fronterizas vallas asesinas. Mas Abdullah tenía otras pretensiones y Hamid sabía que, si quería tener una oportunidad de llegar a la península, solo podía ser siguiéndolo. Lo hicieron en los bajos de un enorme camión, un tráiler cargado de artículos de cuero y alfombras que se dirigía a Cartagena. Fue un viaje peligroso y, en un par de ocasiones, los canes de la policía estuvieron a punto de detectarlos, pero no lo hicieron. Alá estaba con ellos. Una semana más tarde llegaron al país donde ataban a los perros con longanizas. Eso decía Abdullah. Le pegaron una cuchillada en un bar cerca del puerto cuando intentó robarle la cartera a un estibador pendenciero. Su aventura culminó dos días después de pisar tierra firme. Dos días por una vida. Y, a partir de aquel momento, en el que Hamid huyó dejando el cadáver de su ¿amigo? tirado en la calle, desangrándose, con los ojos enturbiados por un macilento velo, el muchacho supo que solo lograría sobrevivir en aquella jungla de asfalto con su fuerza de voluntad. Y así había sido.

El tiempo pasó y Hamid fue viajando de ciudad en ciudad, robando y mendigando, hasta llegar a donde se encontraba. Por el camino se tropezó con otros como él, más de los que hubiera imaginado, más de los que hubiera deseado. Niños que subsistían en las duras calles entre la mendicidad y la penuria. Había sido testigo de muchas cosas durante su periplo, cosas que un chico de su edad no debería haber contemplado jamás: abusos sexuales, prostitución, muertes, drogas... Las drogas como el disolvente o el pegamento hacían que se te olvidara el hambre, el frío, y que en una pelea no sintieras dolor, ni miedo, aunque también, cuando estabas muy enganchado a ellas, que no recordaras tu nombre... ni el sentido de la vida, si es que tenía alguno. Había que llevar cuidado con eso. Había visto a críos de diez años convertidos en algo así como repudiados ancianos con párkinson, incapaces de controlar su cuerpo, sus movimientos lentos, atrofiados, a los que les faltaban fotogramas de una película que ya nunca llegaría a funcionar bien del todo. Y eso no siempre era lo peor.

A él no le gustaba oler pegamento. Lo había hecho en muy pocas ocasiones y había sido por causa del acuciante mordisco del hambre. Oler aquella mierda que te destrozaba el cerebro te envolvía en una perturbadora tela de araña, un manto que enturbiaba tu mirada para hacerte descubrir un mundo más brillante, más amable... por unos minutos. Lo suficiente para seguir adelante. Pero la adicción a aquellas sustancias tenía consecuencias terribles. Llegaba un día en que veías cosas inexistentes, y en el que distinguir la realidad de las alucinaciones se hacía difícil. Al final te encontrabas hablando con gente que no estaba allí, que no existía más que en tu cerebro. Te acababa destrozando la cabeza y los pulmones. Y lo más jodido era que para no sentir aquellas sensaciones había que seguir esnifando, una y otra vez, hasta que ya no despertabas o, si lo hacías, ya no eras tú, convertido en un zombi idiota con el que cualquiera podía hacer lo que quisiera. Por eso él prefería los porros, alguno de vez en cuando, tampoco demasiados. Prefería estar sereno. En la calle había que estarlo. Sobre todo cuando eras el responsable de un grupo de desheredados y tenías una *familia*... o lo más cercano a algo a lo que pudieras llamar de esa forma. Y en especial si el Rumano estaba cerca.

El Rumano había aparecido seis meses atrás y se había adueñado de aquella tortuosa parte de la ciudad antes de que se dieran cuenta de lo que sucedía. Aquel barrio limítrofe a la zona comercial era idóneo para sus planes, fueran cuales fuesen estos. Pero había venido a fastidiarles la vida. Y daba miedo.

Hamid le temía, aunque debía demostrar que no le asustaba, porque eso habría significado pringar a las primeras de cambio. No obstante, aquel individuo que había venido del este de Europa con varios de sus compinches no era alguien de quien uno pudiera fiarse. No, uno no podía volverle la espalda al Rumano. Les dejaba vivir en aquel enorme barrio oscuro, repleto de edificios y casas a medio construir que debido a la burbuja inmobiliaria nunca llegaron a acabarse, pero a cambio reclamaba parte de lo que conseguían en la calle. Una buena parte. Si se la dabas, te dejaba en paz. Y si no... Hamid no sabía lo que ocurría, pero había oído cosas. Cosas que le ponían los pelos de punta. Quizás no eran más que bulos, leyendas de la calle, pero prefería no conocer la verdad. Lo que sí sabía era que, unos meses antes, por aquel barrio dejado de la mano de cualquier dios que tuviera ojos en la cara, reflejo lóbrego y siniestro de la luminosa ciudad que hervía a menos de un par de kilómetros de donde se encontraban, correteaban casi una cincuentena de niños de la calle, medio centenar de menas que se ganaban la vida a golpe de picaresca. Hacía unos meses... Ahora, sin embargo, solo quedaban ellos y poco más. De algunos sabía que habían sido recluidos en centros sociales, pero otros habían... simplemente desaparecido. Lejos quedaban los días en los que había tenido que luchar mano a mano, o piedra a piedra, con otras bandas callejeras de chavales como ellos para ocupar el viejo edificio inacabado de tres plantas que se había convertido en su hogar. Lo recordaba incluso con agrado, con nostalgia. En aquellos momentos, el barrio oscuro se había convertido en un lugar solitario, sin vida, en el que, cuando el sol se ocultaba tras los altos edificios del otro lado de la ciudad, tan solo cobraba vida para mendigos, borrachos y locos que se acercaban a la olvidada estación de metro de la antigua ciudad dormitorio con intención de guarecerse de los avatares del invierno. Ni la policía se atrevía a entrar en él al caer la noche, abandonados a su propia suerte, relegados a una amnesia colectiva e ingrata.

Hamid y los suyos preferían no acercarse por la estación. Lo habían hecho en un par de ocasiones en las que había nevado mucho y el frío había resultado insoportable, pero aquello estaba lleno de adultos y viejos que no paraban de darles consejos, coartando su libertad —lo único que aún les quedaba— y mostrándoles, con su simple y triste presencia, en lo que podían convertirse cuando crecieran, si es que llegaban a vivir lo suficiente para contarlo. Por eso preferían resguardarse en el ruinoso edificio que se había convertido en su privada fortaleza. Y allí estaban los cinco, repartiéndose una hamburguesa doble que Amine había birlado con su habilidad habitual a un tipo que acababa de comprarla en el McDonald's de la zona comercial. Hacía tiempo que no disfrutaban tanto de una cena improvisada.

Soufian, Mohamed y Rayhane eran los otros tres miembros del grupo de Hamid; su familia, la que había ido reuniendo con el paso del tiempo, una vez instalado definitivamente en el barrio sin luz, como él solía llamarlo.

Amine era el más espabilado de los chicos. Tenía nueve años, pero la vida había sido muy dura con él, curtiéndole lo suficiente para poder resistir al infierno de las calles. Su padre había muerto por sobredosis y su madre había sucumbido a una peritonitis aguda cuando tenía él siete años. Desde entonces se las había apañado para salir adelante, solo. Hamid lo consideraba un superviviente nato. Siempre estaba alegre y feliz, y tarareaba todo el día canciones que escuchaba en una radio de pilas de la que no se separaba ni a sol ni a sombra. El problema llegaba cuando se le acababan las baterías, pero Amine procuraba apañárselas para tener siempre algunas de recambio. El primer año, tras la muerte de sus padres, había vivido en un hogar de acogida social, pero —y eso no lo sabía más que Hamid— cuando un par de niños mayores abusaron de él en el dormitorio del centro, decidió que jamás volvería a uno de ellos. Antes de irse, el chaval que instó a su amigo a que le violara recibió un feo corte en la cara con un cristal de botella que le dejaría marcado de por vida, y

al que lo hizo le arrancó la nariz de un mordisco.

Soufian tenía once años, aunque no estaba muy seguro de ello. Hamid estaba preocupado por él. Su afición por esnifar disolvente le estaba corroyendo los pulmones y, en las últimas semanas, había dado un gran bajón. Hacía unos diez días se lo habían encontrado de madrugada hablando en tashelhit (el dialecto bereber que había aprendido en Tafilalt, su ciudad natal) con una sombra dibujada en una destartalada pared de ladrillo. Amine le había avisado, asustado. Los ojos del chiquillo estaban casi en blanco, pero parecía mantener una perturbadora conversación con la umbría, haciendo pausas como si pudiera oír las preguntas de alguien que nadie era capaz de ver. Tardaron en sacarle de aquel trance y, cuando lo lograron, cayó en un profundo sopor que le hizo dormir hasta bien entrada la mañana del día siguiente. Cuando despertó, sus movimientos eran lentos, como los de un coche sin apenas batería, y no recordaba nada de lo sucedido. Hamid temió que no se hubiera tratado de un sueño, o de un episodio de sonambulismo, sino de que Soufian estuviera sufriendo los primeros síntomas degenerativos de la adicción al disolvente. Sonrió al verle masticar un pedazo de la hamburguesa que Amine les había traído con aquellos grandes dientes blancos suyos que contrastaban con el aceitunado color de su piel.

A su lado, tendiendo las palmas de sus manos hacia delante, calentándose en el fuego que habían encendido con papeles y algunas astillas de tablones encontrados entre las obras sin acabar, estaba Mohamed. Era uno de los últimos incorporados al grupo. Hacía poco que había llegado al barrio, procedente de Ceuta. Era alto, delgado, y se arrebujaba en varias capas de jerséis que le daban un aspecto desgarrado. Siempre tenía frío. Eso hacía reír a los chicos. Tenía quince años y Hamid no confiaba en él. Había algo siniestro en aquel muchacho, si bien no hubiera sabido decir el qué. Sin embargo, le debía una. Tras robar un móvil a un pijo que se hacía un estúpido selfi con su novia en una de las principales plazas de la ciudad, dos policías de paisano que estaban tomando una cerveza en un bar se levantaron de sus sillas y salieron corriendo tras él, por sorpresa. Se jactaba de vigilar con cuidado a quién y dónde robar, pero jamás pensó que hubiera Secreta tomando unas cañas cerca. Estuvieron a punto de atraparlo, pero al doblar la esquina de una concurrida calle, Mohamed salió de la nada y le dio un empujón a uno de los policías, haciéndole caer en medio de la vía por donde transitaban los coches. Uno de los vehículos que circulaba por ella dio un tremendo frenazo y se quedó a veinte centímetros del rostro del madero. El conductor, pálido como un cadáver, salió del coche con las piernas temblorosas, sin saber muy bien qué había sucedido. El otro policía, en lugar de seguir persiguiendo al muchacho, acudió a ayudar a su compañero, lo que Hamid y su inesperado ángel de la guardia aprovecharon para desaparecer entre la multitud que se congregaba en las aceras. Así que se la debía. Y por eso le permitió formar parte del grupo, aunque le tenía bien vigilado. Nunca se lo había reconocido, pero Hamid creía que Mohamed había pasado algún tiempo en un Centro de Menores, en uno de esos a los que te llevan por no poder meterte todavía en la cárcel tras cometer un delito, uno serio. Y, además, tenía una pistola. No sabía de dónde la había sacado, pero no le gustaba. Hamid tenía claro que, a la primera de cambio, lo echaría de allí. Una cosa eran los pequeños hurtos, robar móviles, carteras, o malvivir mendigando, pero un arma... Sabía cómo solían acabar aquellos que tenían armas, y ya era suficientemente dura la vida en la calle para tener que vigilar de continuo tus espaldas por miedo a que te traicionaran y te pegaran un tiro. Hamid temía que Mohamed fuera uno de esos, una especie de cuco que quería aprovecharse de su nido echándole a él para quedarse con sus hermanos en la desgracia.

Y por último estaba Rayhane, su Rayhane. En realidad, ella era la madre del grupo, la que ponía sentido común y dotaba de cohesión a aquella chiquillería sin cerebro ni futuro. Hamid y Rayhane se habían escapado juntos del último de los centros en el que les habían metido los de los servicios

sociales. La conoció allí dentro y, al principio, pensó que se trataba de un chico, pues vestía como tal, pero al sumergirse en sus preciosos ojos azules, se dio cuenta de que no lo era. Era una joven que debía tener su edad, quizás uno o dos años menos —resultó ser uno—, de facciones dulces, piel aceitunada y con la mirada más bonita que había tenido oportunidad de contemplar. Era bereber, y como ella misma le explicó en una ocasión, descendiente de aquellos que se habían mezclado con los vándalos, un pueblo escandinavo que hacia el siglo V había atravesado el Estrecho de Gibraltar estableciéndose en el Magreb y que, con los años, había tenido que retroceder de forma atropellada y caótica hacia el interior de la cordillera del Atlas presionado por los bizantinos. Allí se mezclaron con la población autóctona perdiendo todo resto de cultura germánica, dejando en los genes de sus herederos las características físicas de su origen nórdico: el cabello rubio y los ojos azules. Rayhane había adquirido parte de aquellos rasgos, si bien su pelo era moreno, lo que acentuaba aún más la luz del color del cielo de sus iris.

En el centro entablaron una buena amistad. Ella no era como los demás, sabía leer y escribir, había ido al colegio, y tenía una educación de la que carecían la mayoría de los niños de la calle. No tardó en saber que su padre había sido maestro de escuela, pero que, por culpa del infortunio y de ciertas cuestiones políticas, habían tenido que huir de su país de origen. Una vez en la península, su padre había enfermado repentinamente y el cáncer se lo había llevado en unos meses. No tenía familia en su nuevo hogar, pues su madre había fallecido al poco de nacer ella. Se vio sola y en la calle, incapaz de sobrellevar con su edad una vida normal. Durante tres años había vivido en el centro sin problemas, pero en los últimos meses, le explicó a Hamid entre sollozos, se había encontrado con una situación muy incómoda: estaba siendo acosada por uno de los educadores sociales de la institución. Se lo había comunicado al director, pero este no la había creído, abriéndole aún más el camino al cerdo que intentaba aprovechar cualquier momento para abusar de ella. Aún no había llegado más que a unas furtivas caricias y magreos, pero temía que al final lograra lo que buscaba ante la inacción de los responsables. A Hamid se le partió el corazón. ¿Quién podía aprovecharse de aquellos a los que pretendías ayudar, sirviéndose de su debilidad, de su falta de afectividad, de su tristeza y desazón? Aquel tipo era un hijo de perra. Y Hamid sabía cómo tratar a aquella gente. Por desgracia, se había encontrado a muchos en su camino después de dejar su pueblo. Así que decidieron tenderle una trampa, una en la que Rayhane se convirtió en el propio cebo. Una tarde, la muchacha hizo que el educador, un hombre casado y con dos hijos, pudiera encontrarse con ella a solas en los baños del centro. Hamid se había agenciado un móvil de otro de los educadores. El tipo, relamiéndose como un verdadero depredador, no tardó en echársele encima y meterle mano por donde pudo. Hamid, oculto en uno de los baños, lo grabó todo y envió el video al correo de la institución en aquel mismo momento, con la mala suerte de que el cabrón lo descubrió. Al darse cuenta de que había caído en una trampa, el hombre enloqueció e intentó estrangular a Hamid, tras deshacerse —o al menos, eso creyó— de la niña con un violento bofetón. Rayhane le partió el palo de una fregona en la cabeza, abriéndole una profunda brecha en la frente. El educador quedó tendido en el suelo, retorciéndose como una bestia malherida. Ellos aprovecharon la confusión que vino después para escapar. Desde entonces estaban juntos. Y desde entonces Rayhane se había convertido en su referente, su luz, su cobijo, y en su conexión con un mundo que se le antojaba en ocasiones una cuesta arriba muy difícil de superar.

Duras y complicadas vidas que el destino había unido alrededor del fuego y que, en aquel espejismo temporal de felicidad, compartían una hamburguesa y reían los chistes malos de Amine y los comentarios chispeantes de Soufian, el dúo cómico del grupo, mientras en el cielo las estrellas punteaban una noche que volvería a morder con gélida voracidad.

—¿No oléis a humo? —preguntó Mohamed, de pronto.

—Tenemos encendido un fuego, claro que huele a humo —le respondió Soufian, engullendo el último pedazo de hamburguesa que le tocaba.

—No, este no. Como si el aire que se cuele por las grietas de las paredes trajera humo de afuera.

—La verdad es que sí —asintió Rayhane, extrañada.

Hamid se acercó a las ventanas de la planta baja del edificio inacabado en el que se encontraban y echó un vistazo al exterior. No, allí afuera no había nadie. Aunque Mohamed tenía razón, olía extraño, como si algo se estuviera quemando.

—Serán los vagabundos —dijo, ausente, sin saber la tétrica verdad de sus palabras.

Rayhane se levantó de la colchoneta en la que estaba sentada y se acercó a él. Se le veía preocupado. Le conocía lo suficiente como para saberlo. Los demás siguieron explicándose chistes verdes, riéndose a carcajadas a sus espaldas.

—¿Qué pasa, Hamid?

No podía engañar a aquellos ojos azules que le traspasaban el alma. Nunca lo había podido hacer.

—No hemos recaudado mucho esta semana. Y el Rumano está a punto de llegar. —Miró un montoncito de objetos acumulados que había junto a su sitio, formado por cinco o seis móviles, relojes y un número parecido de carteras que Amine se había encargado de birlar con sus diestras artes. Era un experto, el condenado.

—¿Crees que puede haber algún problema? —le dijo ella, poniendo una mano sobre su brazo. Él sintió que su corazón le daba un respingo en el pecho. Era tan guapa... Y que poco se lo decía. Pero ¿qué podía él ofrecerle? Nada más que una vida de hambre y penuria. Se fundió en sus azules ojos por unos segundos, suspirando.

—Espero que no. —Sí, eso esperaba. Una sombra se movió fuera—. ¿Has visto eso? —le preguntó, pegando la cara y las palmas de las manos al helado cristal de la ventana.

—¿Si he visto qué? —Ella tan solo veía oscuridad y claroscuros, apenas difuminados por los haces pálidos de una argéntea luna que le pareció más grande de lo habitual.

—Allí, junto a aquellos viejos cubos de basura. —Señaló—. Creo que hay alguien.

Mohamed se les acercó y frunció el ceño.

—¿Podrían ser cazadores?

¿Cazadores? Era sábado. Sí, era día de caza, pero normalmente no se metían con los niños de la calle. Por alguna razón que se le escapaba preferían a los mendigos, a los vagabundos, a los adultos. Aunque, ¿quién sabía? Las costumbres de aquellos malnacidos podían cambiar. Ellos también eran deshechos de la sociedad, basura, molestos insectos que debían ser exterminados. ¿Serían los cazadores el motivo por el que los otros grupos de menas habían ido reduciéndose en los últimos meses? ¿O era por culpa del Rumano? Fuera como fuese, la sombra errática y temerosa que había fuera no daba la impresión de pertenecer a ninguno de ellos.

—Hay perros —añadió Soufian, muy serio. Odiaba a los perros de aquel barrio, de aquella zona de la ciudad. No eran animales como aquellos con los que jugaba en su pueblo de origen. Eran bestias hambrientas... y muy peligrosas.

—Sí. —Asintió Hamid, intrigado—. Y creo que han encontrado una presa.

CAPÍTULO VII

No sabía dónde estaba. Era imposible saberlo. Todas las calles, pasadizos y callejones de aquel ominoso barrio se parecían y se entremezclaban, enmarañándose entre ellas, constituyendo un perverso laberinto. Y encima estaba la oscuridad. Y el frío. Tenía mucho frío... y miedo. Quería ir con mamá y con papá, salir de allí, de aquella pesadilla que era como las que le hacían despertar de madrugada llorando y pidiendo a gritos que su madre fuera a la habitación. Pero allí los gritos y los lloros no servían. Lo había intentado, después de salir corriendo de la estación donde estaban aquellos hombres y mujeres malos. Aún podía recordar las caras de terror de las personas que vivían allí cuando entraron aquellos... aquellos... Quería olvidarlo, pero no pudo evitar que le vinieran a su cabecita imágenes horribles de cuchillos ensangrentados, de aullidos de dolor, de muerte... ¿Qué le habría pasado a Joana? Ella sí era buena. Era dulce, como su mamá, y le había dado de comer, dejándole incluso un sitio donde dormir. Roberto también lo era. Los dos eran buenas personas. ¿Por qué lo habían abandonado? No, no lo habían abandonado, habían intentado salvarlo de aquellas bestias sin rostro, cubiertas con caretas horrendas, que habían sembrado el pánico en la estación abandonada. Estaba helado, congelado. Y le dolía la garganta. Tosió un par de veces. Le picaba el cuello por dentro, lo notaba inflamado, rasposo.

Mamá, papá, venid a buscarme, por favor. Mamá, papá, ¿dónde estáis?

* * *

Marc siguió caminando entre basura y despojos, entre contenedores abandonados y oxidados, entre trastos viejos amontonados en las paredes de acuosos callejones por donde las repugnantes cucarachas disfrutaban correteando, dueñas del lugar. Cuanto más avanzaba la noche más se desplomaba la temperatura y la humedad se materializaba en el ambiente difuminando la realidad con una veleidosa neblina. Y aquella humedad le mordía la piel y los huesos como diminutos y rabiosos insectos, calando sus ropas, por cuyos resquicios se introducía, ansiosa y hambrienta. No, no sabía dónde estaba. La ciudad oscura, la proyección siniestra de la otra realidad, no le permitía escapar, como si se hubiera dado cuenta de que tenía un nuevo inquilino al que debía acoger, recibéndole en todo su esplendor, desplegando todas sus sorpresas... Como un ente vivo, orgánico, el otro lado le invitaba a sus aposentos a lo grande, sin concesiones. Y Marc siguió caminando, cada vez más desorientado, internándose en la zona residencial abandonada; un barrio formado por construcciones sin acabar cuyos perfiles se recortaban contra el horizonte nocturno como un pueblo fantasma sumergido en un pegajoso océano de alquitrán del que resultaba imposible salir.

Marc sintió un vuelco en el corazón al ver a lo lejos, en una de aquellas construcciones a medio hacer, una luz que temblaba como si procediera de un fuego, igual que lo hacían las llamas de las velas de un pastel de cumpleaños. Al niño se le iluminaron los ojos. Quizás allí hubiera alguien que pudiera ayudarlo. Emocionado, encaminó sus pasos hacia el edificio, pero, no habiendo recorrido más de unos metros, una sombra se interpuso en su camino, obligándolo a detenerse. ¿Las ratas de nuevo? La congoja le apretó el pecho. No, no quería volver a enfrentarse otra vez a aquellos asquerosos animales que habían intentado morderle. Los ojillos se le humedecieron, pero se negó a llorar. Arrugó la nariz. La sombra parecía algo más grande que una rata, si bien no tanto como para

tratarse de alguna de aquellas personas con caretas que le hubiera seguido desde la estación para hacerle cosas malas. A pesar de ello, y por precaución, se escondió al amparo de un montón de tablones podridos, cubiertos de telarañas, que se apoyaban en una sucia pared, asomando la cabeza para intentar distinguir quién era el dueño de aquella sombra. Apenas había más luz que la que se veía al fondo, la que proporcionaba la luna y una alejada farola. La umbría se había adueñado de todo lo demás en aquel lugar, si bien sus ojos se habían ido acostumbrando a la ausencia de luz, con lo que podía entrever las definidas siluetas de los objetos y los recovecos de la calle en la que se encontraba.

La sombra se detuvo y le miró. Sí, le miró, porque un par de discos plateados quedaron suspendidos a unos palmos del suelo, reluciendo en la oscuridad. Marc lo reconoció y una sonrisa nerviosa se dibujó en sus labios. ¿Era el perro que había visto antes de que las ratas le atacaran? Se parecía, pensó. El desbocado latido de su corazón se ralentizó un poco. Un perro si era. Marc salió de su escondrijo, aliviado. Quizás el perrito quisiera jugar, aunque él no tenía muchas ganas: era de noche, estaba congelado, y la garganta había empezado a dolerle a rabiar. A punto estaba de dar un paso para acercarse al animal cuando, súbitamente, aparecieron flotando un par de discos plateados más junto a los anteriores. Marc se detuvo y un cosquilleo inquietante le ascendió desde la punta de sus pies hasta la cabeza. No, no fue un cosquilleo, fue un estremecimiento, un escalofrío que recorrió todo su cuerpo, envarándole. Aquello no estaba bien. Los discos se mantenían inmóviles, fijos en él. Segundos después, apareció un tercer perro caminando con lentitud, saliendo de la oscuridad como si formara parte de ella, como si acabara de arrancársela a bocados. Era grande y de pelaje casi negro. Sus ojos no eran discos plateados, como los de los otros dos, sino más bien amarillentos, ictéricos, y se hallaban clavados en su rostro como aviesos fantasmas. Marc dio un paso atrás. Aquellos perros no daban la impresión de querer jugar, más bien todo lo contrario. Y el perro negro no le gustaba, daba miedo. Miró a ambos lados de la calle. ¿Dónde podía esconderse? Estaba asustado. Y Roberto esta vez no podría ayudarlo. La imagen del vagabundo luchando con el rottweiler llegó a su mente de una forma dolorosa y real.

El perro negro le enseñó los dientes, gruñendo mientras avanzaba hacia él; sus otros dos compañeros le flanqueaban. Llevaban demasiado tiempo buscando entre la basura para desperdiciar el manjar que se les presentaba en bandeja. Aquello no se daba todos los días, por supuesto que no.

Marc pudo ver con claridad los enormes colmillos del animal, el brumoso y bronco gruñido retumbando en su garganta, cada vez más ronco y profundo. Incluso tuvo la sensación de que se relamía con su sonrosada lengua, saboreando el pronto ágape. Los otros dos animales, algo más atrás, se mantenían a la expectativa de lo que su jefe decidiera hacer. El pequeño supo que no tenía escapatoria, que solo le quedaba correr, pero sus piernas eran cortas, y aquellos animales sin amo estaban acostumbrados a sobrevivir en unas calles donde la ley del más fuerte había sido grabada en sus carnes a sangre y fuego. La jauría le destrozaría. Se mordió el labio, aterrorizado. Las patas del perro negro se tensaron y agachó la cabeza, los belfos vibrantes, la trufa húmeda, sus ojos amarillos entrecerrados, enseñándole aquellos afilados colmillos por los que resbalaba la baba, presto a saltar sobre él. El gruñido se intensificó. Era la señal. Los otros dos perros imitaron a su líder, excitados. Olían el miedo, la sangre, la muerte. Había llegado la hora de la cena.

Marc quiso correr, pero no pudo, clavado al suelo igual que si le hubieran enganchado las botas con pegamento rápido al maltrecho asfalto, incapaz de dar un paso. Se agarró las manos y cerró los ojos, pensando en mamá y en papá, y en lo tristes que estarían por no saber dónde estaba. Quizás algún día volviera a verlos. Quizás. El gruñido atronó en sus oídos, acercándose cada vez más. ¿Dolería? ¿Dolería cuando sus colmillos le atravesaran la piel y los tres animales jalaran a ver quién

podía arrancar un pedazo más grande de su cuerpo a base de feroces mordiscos? Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Al menos rogó, en su infantil ingenuidad, que fuera lo más rápido posible.

El gruñido más cercano se convirtió de manera inesperada en un espantoso aullido de dolor y el silencio de la noche se llenó de gritos y de ruido. Marc, sin querer, abrió los ojos. Un par de piedras silbaron cerca de su cara, perdiéndose a sus espaldas, otra, en cambio, golpeó en la cabeza, junto a su oreja izquierda, al perro negro. El animal dio un bote en el aire, retorciéndose malherido y, quejoso, ladró a la oscuridad de donde procedía el estruendo y la lluvia de palos y piedras que de pronto cayeron sobre él y sus compinches. Sus compañeros esquivaron algunos de los proyectiles, pero recibieron el impacto de muchos más, que les acertaron de pleno. Con el rabo entre las patas, los animales huyeron con rapidez al ver que no tenían nada que hacer, su cobarde valentía convertida en pocos segundos en menos que nada, desapareciendo en la brumosa noche.

—¡Largo de aquí, malditos chuchos! —se oyó decir a un chico—. ¡Fuera, hijos de perra!

—¡Qué original, Soufian! —le respondió su compañero, con cierto recochineo.

—¡Fuera! ¡Llevaos vuestras pulgas a la otra punta del infierno! —una tercera voz restalló como un látigo en la penumbra.

Marc no acababa de entender muy bien lo que había pasado, pero de la misma oscuridad de la cual habían sido vomitados aquellos endemoniados perros lo hizo un grupo de niños, bastante mayores que él, que se le acercaron, sorprendidos al verle. Eran una especie de versión en miniatura de las personas que había visto en la estación horas antes: delgados, desastrados, algo sucios y cubiertos de ropas varias tallas más grandes de lo que les tocaba... Pero acababan de salvarle la vida.

Uno de ellos, un joven espigado de tez aceitunada, alto, de rostro estrecho y cabellos morenos revueltos en unos rebeldes remolinos, se le acercó, decidido.

—¿Y tú quién eres? ¿No sabes que un niño tan pequeño no puede ir solo por la noche por lugares como este? —Aunque intentó ser amable, su voz sonó brusca, muy parecida a una regañina, haciendo que, de inmediato, unos visibles pucheros contrajeran el rostro del niño.

—¡Mira que eres bruto, Hamid! —La melosa voz de uno de los chicos sorprendió a Marc. No, se corrigió, parecía un niño, pero era una chica. Llevaba el pelo corto, cubierto por un grueso gorro de lana, y eso lo había confundido, pero su mirada azul hielo protegida por unas largas pestañas le dijo al instante que se trataba de una jovencita—. ¿No ves lo asustado que está? —Se acercó a él y se agachó para ponerse a su altura—. Yo me llamo Rayhane y estos son mis amigos. No te vamos a hacer nada, solo queremos ayudarte. ¿Tú cómo te llamas?

Tras unos segundos, el niño contestó.

—Marc —había comprobado aquella extraña noche que a los demás no les importaban sus apellidos y acababan llamándole por su nombre, así que no tenía sentido decírselos, sin saber que, al no hacerlo, daba el primer paso hacia la pérdida de identidad que sufrían la mayoría de los que vivían en la calle.

—Marc. Me gusta. Es bonito. ¿Tienes frío? Estás tiritando. Ven con nosotros, vivimos ahí cerca y tenemos un fuego. Podrás calentarte y explicarnos cómo has llegado hasta aquí. ¿Te parece?

No cabía duda, pensó Hamid, que Rayhane estaba hecha de otra pasta. Era diferente a los demás. Le entristeció pensar que se viera obligada a compartir aquella vida, cuando resultaba evidente que le sería muy fácil poder vivir otra completamente distinta. Y por eso mismo sentía un afecto tan grande hacia ella. ¿Sería eso lo que los adultos llamaban amor? No estaba seguro, pero lo que sí sabía era que jamás podría hacerle daño... o permitir que se lo hicieran.

El niño asintió y agarró la mano que Rayhane le tendía. Al pasar junto a Hamid, le guiñó un ojo, cómplice. Él asintió. Era tan buena... La presencia de Mohamed a su lado le hizo dar un respingo. No le había oído llegar.

—Ese niño puede traernos problemas. —¿Era aquello una advertencia? ¿Una amenaza? Hamid frunció el ceño—. Recuerda que dentro de un rato el Rumano vendrá a buscar lo que es suyo.

Y, por un instante, a Hamid el corazón se le aceleró. No le gustaban las formas, ni como lo había dicho, pero Mohamed tenía razón. Sabían cómo era el Rumano, y la presencia de aquel crío podía resultar una complicación. No obstante, no podía dársela, no podía mostrarle su debilidad. Y menos ante Amine y Soufian.

—¿Piensas que no lo he tenido en cuenta? —Sus ojos negros se enfrentaron a los de su compañero—. Pero no podemos dejarlo aquí afuera, ¿no crees?

Mohamed no dijo nada, y aquello hizo germinar una semilla de inquietud en su interior. Él sí lo habría hecho. Habría dejado que los perros se hubieran comido al niño, que lo hubieran despedazado y, lo más probable, es que se hubiera quedado mirando cómo lo hacían. Sintió un estremecimiento que le recorrió la columna, como si un esquelético dedo le hubiera contado las vértebras, una a una.

—Algo se nos ocurrirá, no te preocupes. —Le dio una palmada en el hombro, disimulando como pudo los terribles pensamientos que le habían asaltado—. ¡Vamos, aquí afuera hace un frío de cojones!

Mohamed asintió y siguieron juntos al resto del grupo camino del refugio. Hamid les observó, preocupado. No, no podía dejar que su familia sufriera daño alguno. No podía dejar que las sombras se apoderaran de sus corazones, marchitándoselos como fruta podrida, convirtiéndolos en animales sin humanidad.

Y si para eso tenía que enfrentarse al Rumano o a Mohamed, no dudaría en hacerlo.

CAPÍTULO VIII

El Rumano apareció pasada la medianoche acompañado de dos de sus hombres, unos tipos con aspecto de gorilas y mandíbulas como máquinas excavadoras que daban la impresión de estar a punto de hacer estallar sus ropas con los músculos que se intuían bajo ellas. Daban respeto, pero no miedo. Miedo daba el Rumano. El por qué Hamid no podía asegurarlo. Quizás era su manera de andar, elástica como la de un felino, o su porte, alto y estilizado, siempre bien vestido, con un traje que parecía hecho a medida y que resultaba anacrónico y fuera de lugar en un sitio como en el que se encontraban; en invierno lo solía acompañar con un abrigo que debía costar más de lo que ellos verían en toda su vida y cuyas aletas se le abrían al andar como si se tratara de una capa, o las alas de un murciélago. Pero el muchacho tenía la sensación de que eran sus ojos los que realmente aterraban. Carecían de luz, más aún, la absorbían, como si se alimentaran de ella y de la energía que desprendían los demás. Eran negros y grandes, casi sin esclerótica. Y, si te miraba fijamente, tenías la impresión de que te marchitaba por dentro. Rayhane decía que ante su presencia sentía frío, un frío intenso que le helaba el alma. Aquello, a veces, le provocaba pesadillas.

Nadie sabía cómo se llamaba. Todos le conocían por el Rumano, aunque, en realidad, Hamid había oído decir que él solía definirse como valaco, nacido en una pequeña población al sur de las montañas de los Cárpatos, de la que tampoco nunca había mencionado su nombre. Todo él estaba rodeado de un siniestro halo de misterio. Fuera como fuese, se había adueñado en muy poco tiempo de aquella zona de la ciudad y se le vinculaba con turbios negocios de drogas, trata de blancas y... cosas aún más oscuras que Hamid temía incluso mencionar. Se decía que le gustaban los niños, en todos los aspectos que uno pudiera imaginar. Aquello repugnaba a Hamid, que soportaba con asqueado estoicismo aquel secreto confesado en voz baja por el jefe de un grupo de chavales de la calle llamado Jasim, del que había dejado de saber hacía más de dos meses. Porque esa era otra. ¿Por qué motivo se habían reducido tanto el número de menas en la zona? No tenía lógica. Desde que aquel tipo había llegado a la ciudad, apoderándose de sus bajos fondos, se había sorprendido de lo rápido que habían aumentado los miembros de aquel dramático club de desaparecidos. Siempre había nuevos inmigrantes, nuevos huérfanos, nuevos desheredados que al final acababan por integrarse, de una u otra forma, a los grupúsculos callejeros que alimentaban la ciudad oscura, el espejo siniestro de la realidad. Pero, desde hacía unos meses, daba la impresión de que la presencia de niños sin hogar se había ido reduciendo drásticamente. No los vagabundos, ni los mendigos, que seguían coexistiendo con las cucarachas, las ratas y los perros, pero sí los niños. Y aquello a Hamid no le gustaba. No le gustaba nada en absoluto. Se rumoreaba que las bandas de menas no le aportaban lo suficiente al Rumano, que no eran... rentables, en comparación con el resto de sus turbios negocios y que, por eso, estaba haciendo que se marcharan del barrio. Las malas lenguas, entorpecidas por los vahos del pegamento y de las drogas de todo tipo, habían llegado a extender la leyenda urbana de que tenía poderes, de que se dedicaba a la magia negra y cosas por el estilo. Hamid no lo creía, parecía una estratagema urdida para que fuera el propio miedo quien expulsara a los más débiles y cobardes del barrio, aunque, en ocasiones, cuando volvía a estar frente a él, no podía dejar de pensar en ello. Viendo sus blancas manos, de huesudos dedos y uñas perfectamente arregladas, se las imaginaba trazando extraños hechizos en el aire y alquímicos conjuros en una tétrica mazmorra subterránea. Hamid era de los pocos a los que aún respetaba, no sabía muy bien por

qué motivo, pero le tenía una consideración especial, consideración que extendía al resto del grupo por cortesía. Si bien, en ocasiones, había tenido que ponerle las cosas claras, en particular con el tema de Rayhane, a la que había querido comprar para vendérsela a un buen postor. Su virginidad era algo muy cotizado en ciertos círculos, le dijo. No tenía ni idea de cómo sabía que era virgen, lo cual era cierto, pero Hamid le respondió que, si le ponía las manos encima, lo mataría. Debía de estar acostumbrado a que la mayoría de las pocas chicas que formaban parte de los grupos de menas acabaran vendiendo su cuerpo por unas monedas o una buena cena, pero Rayhane no era así, nunca lo sería. Todavía recordaba cómo el Rumano le sonrío, con una dentadura impecablemente blanca, y lo dejó estar. Aunque, de tanto en tanto, volvía a repetirle que su propuesta seguía en pie.

Aquella noche, su rostro estaba más crispado que de costumbre y se le veía nervioso, impaciente, pese a que cuando habló lo hizo con su meliflua voz, cargada de un cinismo que apenas entendían, pero que les ponía los pelos de punta.

—Qué tal, muchachos, ¿cómo lo lleváis? —dijo, entrando en la planta baja del edificio donde se encontraban, saltando por encima de un montón de cascotes de cemento. Sus dos matones se quedaron en la puerta, custodiando el vacío. Habían llegado, como siempre, en un vehículo negro con cristales tintados, donde el chófer, un clon de sus gorilas, se había quedado esperando. Los chicos habían colocado los móviles y las carteras robadas en una sucia bolsa de plástico que el Rumano abrió con dos dedos y una mueca de repugnancia, torciendo el gesto de sus delgados labios—. Oh, veo que esta semana la cosa no ha ido demasiado bien. ¡Qué lástima! Yo que os traía unas chokolatinas para compensaros —dijo, sacándoselas del bolsillo de su carísimo abrigo y enseñándoselas. Hamid vio como Amine se relamía junto al fuego, pero no dijo nada. Buen chico—. Sí, una verdadera lástima. Como comprenderéis no puedo recompensaros por un trabajo no completado de forma satisfactoria. Quizás la próxima semana. —Volvió a guardarse las chokolatinas en el bolsillo, entrecerrando sus extraños ojos, convertidos en estrechas ranuras donde se reflejaron las llamas del fuego, y que los niños evitaron mirar.

—Hay mucha seguridad en el centro comercial. Y antes había más bandas de niños, con lo que tenían que repartirse para controlarlos a todos, pero ahora... ahora es más difícil —intentó excusarse Hamid. Los demás se acurrucaban en un puño, trémulos. El Rumano andaba de un lado a otro, trazando un invisible trayecto que repetía una y otra vez. A diferencia de otros días, en aquella ocasión se acompañaba de un bastón de palo de ébano terminado en una empuñadura de plata que representaba la cabeza de un lobo. Era un bastón elegante, aristocrático, pero Hamid no recordaba habérselo visto nunca y, además, no parecía necesitarlo.

—Sí, es cierto. En eso tienes razón. —El Rumano abrió los ojos y se quedó pensativo, golpeándose los labios con uno de sus esqueléticos dedos—. Sí, antes había más niños...

Por el rabillo del ojo Hamid vio como Soufian se meaba en los pantalones, una mancha oscura que creció y ensució aún más su vieja prenda. La orina le resbaló hasta el suelo, donde formó un pequeño charco a sus pies. Estaba aterrorizado. ¿Por qué le tenían tanto miedo?, pensó el muchacho, frunciendo el ceño. No podían ceder a su presión, era lo único que los hacía fuertes.

—Pero muchos se han ido. —Elevó las manos, y con ellas el bastón, hacia el inacabado techo, donde en algunas partes se apreciaban a simple vista las bovedillas y el forjado de hierro—. Sí, faltan niños. Pero eso no es óbice para que no paguéis vuestro alquiler —dijo, señalando a su alrededor.

—¿Alquiler? —Aquello era demasiado, incluso para Hamid—. ¡Usted no es el propietario de esto! —le espetó. Los demás se volvieron hacia él, incrédulos. No recordaban haber visto nunca a su líder tan furioso con el Rumano.

—¿Perdona? ¿Habéis oído? —Detuvo con brusquedad su paseo y se volvió hacia sus guardaespaldas, quienes desde la puerta esbozaron una sonrisa. Sin casi percibir cómo lo había hecho, el Rumano apareció frente a Hamid en un parpadeo. El muchacho esperó una violenta bofetada, o quizás algo peor, en respuesta a su inesperada rebeldía. Sin embargo, le sorprendió que, al llegar junto a él, le pasara el brazo izquierdo por encima del hombro con delicadeza. Aquello tensó sus músculos, produciéndole un escalofrío que no presagiaba nada bueno. Cuando volvió a hablar, la voz del Rumano ya no le resultó meliflua, sino violenta y brutal. Sus dientes, inusitadamente afilados, rechinaron entre ellos mientras un malévolo centelleo iluminaba sus ojos. Apoyó con fuerza la empuñadura de su bastón en la garganta del muchacho, presionándole la nuez. Y fue entonces cuando el chico le tuvo miedo, miedo de verdad, pero no solo por él, sino por lo que pudiera hacerles a sus compañeros si le sucedía algo—. Hamid, Hamid, Hamid... Sabes que he sido muy benévolo contigo y con tu penoso grupo de mendicantes pordioseros. ¿Y por qué? La verdad, no lo sé. No tengo respuesta a esa sencilla pregunta, amigo mío. Me caísteis bien desde el principio. Congeniamos, Hamid. Eres como yo, un superviviente que defiende lo que es suyo. Pero la paciencia tiene un límite. Y ese límite está llegando a su fin. Así que no me gustaría tener que hacer con vosotros lo mismo que con el resto de desarropados de este infecto barrio. Aquella última frase solo pudo escucharla el joven Hamid. Fue como si resonara en el interior de su cabeza, como si estallara en el epicentro de su cerebro, una explosión dolorosa e hiriente que le hizo dar un inesperado grito que asustó al resto de su grupo. El Rumano se separó de él, su rostro cubierto de claroscuros que proyectaban un semblante siniestro y terrorífico. Incluso sus hombres habían dejado de esbozar aquella sonrisa estúpida que solían tener colgada en los labios.

Hamid estaba doblado en dos, recuperándose de la espantosa sensación que aún reverberaba dentro de su cráneo, produciéndole náuseas. Debía habérselo imaginado, no podía ser de otra manera. Una alucinación auditiva, un efecto residual de las dos o tres caladas que le había dado a un porro aquella tarde, después de meses sin fumar. No cabía otra explicación. Los chicos le miraban, espantados. Nunca habían visto a Hamid tan vulnerable, tan vencido. Mohamed se llevó con disimulo la mano a la espalda, bajo sus ropas, donde solía ocultar su arma. Hamid, como pudo, le hizo un gesto para que no hiciera nada. El joven pareció entenderle, pero su rostro era un cuadro, un mosaico fragmentado en el que se entremezclaba la rabia y el miedo.

—Bien, debo irme. Una semana más. Tan solo una semana, o me obligareis a tomar otras medidas. Unas que no me hace ninguna gracia tener que... —Sus palabras se quedaron colgadas en el gélido ambiente que el fuego encendido apenas podía romper. El Rumano arqueó las perfiladas cejas y, sin decir nada, se acercó a los niños. Como si hubieran perdido la voluntad, se separaron para mostrar lo que habían estado ocultando desde el principio—. Pero ¿qué tenemos aquí? —Su rostro se volvió hacia Hamid, que seguía recuperándose de su violenta experiencia sensorial—. ¿Por qué no me habías dicho que teníais una nueva incorporación en el grupo?

—Lo hemos encontrado hace un rato —respondió Amine. Al momento se tapó la boca.

—¡Amine! —le reprendió Hamid, furioso. El niño se abrazó a Rayhane, que le lanzó una colérica mirada a su compañero.

—¿Cómo te llamas, pequeño? —El Rumano se inclinó hacia el crío como un león lo hubiera hecho sobre una frágil gacela. Hamid se estremeció.

—Me llamo Marc.

—Marc, qué bonito nombre. —Sus nudosos dedos le acariciaron la mejilla, tembloroso, como si temiera hacerle daño. Hamid creyó ver que se pasaba la lengua por los labios, relamiéndose. Maldito hijo de puta—. Esto lo cambia todo.

—¡Esto no cambia nada! —exclamó, interponiéndose entre él y el pequeño—. Se ha perdido. Estaba muerto de frío y a punto de que una jauría de perros lo destrozara. Mañana nos acercaremos al centro comercial y lo dejaremos allí.

El Rumano frunció el ceño, se apartó del grupo y llamó con un dedo a Hamid. El muchacho obedeció, resignado. Volvió a pasarle el brazo por los hombros, pero, esta vez, sus palabras resultaron mucho menos amenazantes.

—No te equivoques, chiquillo. Piénsalo bien. Ahora estás en posición de hacer tratos, Hamid. Las circunstancias han variado sustancialmente para vosotros... Y ese niño me interesa —disparó a bocajarro.

Hamid sintió que se le revolvía el estómago. El Rumano vio su expresión y comprendió lo que sucedía.

—Oh, no, no es eso. Sé lo que dicen por ahí aquellos que me temen o que quieren desprestigiarme, pero no, no soy uno de esos malnacidos que se dedican a abusar de niños o a hacerles fotografías mientras se la cascan. No soy un pederasta, si eso es lo que pasa por esa cabecita loca tuya. Si fuera por mí, les cortaría los huevos a esos hijos de puta, se los haría tragar y les prendería fuego después de rociarlos con gasolina. Pero... —movió la cabeza y frunció los labios—, pero no puedo negar que los negocios son los negocios, Hamid. Y esos cabrones pagan muy bien por la carne fresca y... joven.

—No te voy a dar al niño, Rumano —le respondió, hallando valor de donde era imposible sacarlo. ¿Cómo se atrevía a hablarle así a un mafioso del este que podía acabar con ellos con un chasquido de dedos? Pero su deber era defender a su grupo, a su familia. Y el niño, quisieran o no, estaba con ellos, pese a que solo hiciese una hora que lo conocían. El pobre había perdido a sus padres y, si lo que les había explicado era cierto, había estado a punto de morir en manos de los mismísimos cazadores. No podía entregar a los lobos al pequeño, no. Él aún tenía padres que le querían y seguro que debían de estar destrozados, buscándolo desesperadamente.

—Piénsatelo bien, Hamid. Te pagaría muy bien por él. ¿Mil? ¿Mil quinientos euros? —Volvió a pasarse la lengua por los labios, humedeciéndoselos como si pudiera saborear el dinero que podría ganar entregando una golosina como aquella a algunos de sus... conocidos. Hamid tuvo, de pronto, un temible presentimiento. ¿Seguro que el niño era para ellos?

—¡Ni aunque me pagarás un millón, Rumano! —musitó entre dientes.

—¿Ni diciéndote que no volvería a insistir respecto a lo de Rayhane? —La sonrisa depredadora del mafioso se acrecentó de una manera irreal, inhumana. El malnacido sabía cuál era la tecla precisa que debía tocar. Lo sabía desde el principio. Y Hamid no supo qué contestar.

El Rumano retiró su brazo del hombro del muchacho y se dirigió hacia la salida del edificio. Antes de abandonarlo se volvió, mientras uno de sus hombres recogía la bolsa con los móviles y las carteras que los chicos habían recopilado a lo largo de la semana.

—A primera hora de la mañana quiero una respuesta, Hamid. Espero, por tu bien, que seas consciente de que lo que suceda a partir de entonces será culpa tuya. Buenas noches... Y que tengáis dulces sueños, corderitos.

Su carcajada se extinguió cuando el coche que le había llevado hasta aquel inhóspito paraje desapareció, disolviéndose entre las sombras nocturnas como si nunca hubiera existido.

CAPÍTULO IX

—¡Tienes que entregárselo, Hamid! ¿No te das cuenta? ¡Ese tipo es capaz de todo!

Jamás había visto a Mohamed tan asustado. Le hablaba en dariya, el árabe marroquí de su lugar de origen. Sus palabras eran rápidas, nerviosas, y en ellas se intuía un terror profundo y visceral. No querían que el niño, que estaba sentado junto al fuego en compañía de Rayhane, Amine y Soufian, pudiera entenderlos. La muchacha le tenía abrazado, dándole calor y seguridad. Los ojos de Marc brillaban, acuosos, y había comenzado a toser hacía un rato. Rayhane le dijo que parecía estar caliente, como si tuviera fiebre. No le extrañaba. Seguro que había cogido un enfriamiento.

Hamid no respondió a Mohamed. Los claroscuros que las llamas reflejaban en su rostro endurecían sus rasgos, haciéndole parecer mayor. Sí, su compañero tenía razón, el Rumano era capaz de todo, de incluso más de lo que se imaginaban. Pero no quería asustarlos, no cuando el terror se hacía ya patente en sus pupilas.

—¿Qué vas a hacer? —volvió a insistirle. Y eso le ponía nervioso. No le dejaba pensar, ordenar sus ideas. Si él supiera... No, eso aún sería peor. Pero aquel hijo de perra le había ofrecido olvidar el tema de Rayhane por entregarle al niño, a un niño que casi no conocía. Un niño que no debía tener ni... ¿De verdad lo estás pensando, Hamid?, se preguntó a sí mismo. ¿En serio, lo harías? Sentía los ojos azules de Rayhane clavados en la nuca. Se había vuelto para no mirarla, para no enfrentarse a la realidad que le había puesto contra las cuerdas y que no tenía ni idea de cómo resolver. Sabía lo que ocurriría si decía que sí. Tendrían dinero para comprar ropa, comida... y el Rumano se olvidaría de aquella locura de vender la virginidad de Rayhane a los canallas que se aprovechaban de la miseria humana. Solo pensar en alguno de ellos retozando sobre su joven e inexplorado cuerpo le revolvía el estómago. Además, el grupo podría estar tranquilo durante un tiempo. Pero ¿qué ocurriría si le decía que no, si le soltaba que se negaba a entregarle a un pobre niño que había tenido la mala suerte de perderse en el lado más lúgubre del mundo? Se volvió para mirarlo. El niño, al que alguien había intentado teñir el pelo, sin conseguirlo del todo, apoyaba la cabeza en el regazo de Rayhane. Se había dormido, aunque se removía inquieto, como si su sueño estuviera plagado de pesadillas. Sí, pesadillas como en las que se convertirían sus vidas si no se lo entregaba al Rumano. Se enfadaría mucho. Y eso era malo; malo para él, malo para el grupo, malo para Rayhane. La cabeza estaba a punto de estallarle.

—¿Qué vamos a hacer? —la pregunta de Mohamed había cambiado. Ahora involucraba a todos. Y eso solo podía significar una cosa: había dejado de ser el líder de su gente. Había mostrado debilidad y era cuestionado.

—No se lo voy a entregar a ese hijo de puta, Mohamed —dijo, por fin—. Nosotros no tenemos padres, ni hogar, no tenemos nada. Pero ese niño no tiene la culpa de nuestras miserables vidas, tan solo ha tenido la desgracia de extraviarse un mal día en un lugar que no existe para nadie. Esta es otra realidad muy diferente a la que se vive ahí afuera, con las luces, el bullicio, la gente... Aquí no hay más que oscuridad, frío y soledad. No podemos dárselo, ¿en qué nos convertiríamos?

—Me temo que esto te supera, Hamid. No puedes condenar al grupo por un mocosito al que no habíamos visto hasta hace un rato. Él no es de los nuestros, y te aseguro que no tengo intención de enfrentarme al Rumano. —Hizo un leve ademán de llevarse la mano a la espalda para recordarle quien tenía de verdad el control de la situación.

—¿Serías capaz de utilizarla?

—Ya lo he hecho antes —le respondió el joven. Y Hamid supo que decía la verdad. Y que no se había equivocado con él. Había sido un error dejarle formar parte de su familia y ahora tenía un problema. Uno muy gordo.

—Creo que le ha subido la fiebre. Está ardiendo —les anunció Rayhane. Se la veía preocupada. Amine seguía a su lado jugando con una consola portátil que había robado aquella tarde y que se había escondido para no dársela al Rumano. Soufian no estaba con ellos. Lo más probable es que se hubiera ido a esnifar vahos de disolvente a algún rincón sombrío del edificio. Hamid siempre les decía que no lo hicieran delante de los demás. Aquello acabaría con él, pero estaba demasiado enganchado como para darse cuenta. Pronto le volverían a ver acercándose de nuevo al fuego, arrastrando los pies como un anciano, con los ojos vacíos y la baba cayéndole por la barbilla. No tenía solución.

—¡Y encima está enfermo! —exclamó Mohamed, clavando la puntilla, sacándole de sus crudos pensamientos.

—¿Y si fuera tu hermano? ¿Lo harías? —No le quedaba más que apelar a sus sentimientos.

Mohamed se encogió de hombros, pero no contestó.

Hamid sintió que algo se moría en su interior. Sí, por supuesto que lo haría.

—Espero que tomes la decisión acertada cuando regrese el Rumano. No me gustaría tener que intervenir. Recuérdalo. —Y, con aquella amenaza, se dirigió hacia su trillado saco de dormir, desapareciendo en su interior.

Por primera vez en mucho tiempo, Hamid sintió unas irrefrenables ganas de llorar.

* * *

Un ruido despertó a Hamid. Si habitualmente su sueño era ligero, apenas una duermevela que le hacía abrir los ojos ante cualquier mínimo sonido —capacidad que había desarrollado a lo largo de los años y que le había librado de más de un susto—, aquella noche aún lo era más. No podía dormir. Cerraba los ojos, pero las imágenes recorrían su cerebro como en un praxinoscopio acelerado, visiones que le producían inquietud y temor, recuerdos de cuando era pequeño y su padre, entre paliza y paliza, le llevaba al templo a aprender el Corán de mano de los más ancianos. Lo creía tan olvidado que se sorprendió que aquella noche volvieran a aflorar a su consciencia. Y es que fue de lo poco que se preocupó su padre. A fuerza de pescozones y de estudio, a los siete años Hamid ya era considerado un *qāri*, un recitador. Hacía tanto tiempo de ello que le hubiera costado recordar la gran mayoría de las siete *manzil* (estaciones) y las treinta *juz'* (partes) en que se dividía el libro sagrado del islam, aunque aún su memoria podía rememorar lo necesario para la *salat* (la oración). Y era justo eso lo que le preocupaba. Convertirse en un *hafiz*, en un recitador del Corán, le había permitido saber que Alá había creado al menos tres razas inteligentes: los ángeles, los *yinn* o genios, y los seres humanos. Y el Corán decía que uno de aquellos genios, *Iblis*, se negó a postrarse ante Adán, rebelándose ante su propio creador y fue castigado, convirtiéndose en *Shaitán*, un demonio. ¿Y por qué regresaban aquellos soterrados recuerdos a su mente aquella noche? Quizás, porque no podía olvidar cómo el Rumano había hablado en el interior de su cerebro, cada vez más convencido de que no había sido una simple alucinación, sino una evidencia de que aquel individuo ocultaba mucho más de lo que a simple vista parecía. Y aquello no le dejaba conciliar el sueño, temiendo por los suyos, por su pequeño grupo de desamparados. Además, le preocupaba que Mohamed pudiera hacer alguna tontería.

Volvió a oír el ruido. Procedía del piso superior. Pero allí no había nada. Jamás había habido nada más que cuatro maltrechas paredes y un espacio nunca ocupado. Arrugó el ceño. Podía tratarse de alguna rata, o de algún gato. A veces conseguían colarse por las grietas o las ventanas rotas, pero aquella noche nada debía ser desdeñado. Se sentía inquieto, con los nervios a flor de piel. Y cómo no estarlo si tenía que dar una respuesta al Rumano por la mañana respecto al niño, que en aquellos momentos se removía víctima de un intranquilo sueño junto a Rayhane. Ella entreabrió los ojos al ver que Hamid salía de su saco.

—¿Qué sucede? —preguntó a media voz. Los demás seguían durmiendo. Amine incluso emitía algún que otro ronquido; Mohamed, algo más alejado, les daba la espalda, con lo que no podía saber si en realidad estaba dormido o se lo hacía. En cuanto a Soufian, su sueño se convertía en una lucha invisible contra enemigos que se hallaban en su mente desde hacía meses, moviendo las manos y engarfiando sus dedos en el aire como si se defendiera de horribles fantasmas y espectros.

—He escuchado ruidos en el piso de arriba. Voy a ver. Seguramente será algún gato. ¿Cómo se encuentra?

—Creo que tiene bastante fiebre, Hamid —le dijo, preocupada—. Su piel está muy caliente. No le entregarás el niño al Rumano, ¿verdad? —Sus ojos azules temblaron. Era tan bella..., tanto por dentro como por fuera. Si ella supiera lo difícil que resultaba tomar aquella decisión...

Negó con la cabeza, cerrando los ojos, perdiendo su mirada. No, no podía entregarlo. Había hecho infinidad de cosas malas en la vida a pesar de su corta edad, lo reconocía, pero no podía entregar al pequeño a las garras de aquella mala bestia. Quién sabía lo que querían hacer con él. No, no se lo daría, pese a que Mohamed intentara obligarle. Si tenían que irse de allí, lo harían, pero prefería eso a tener que soportar la carcoma de la culpa royendo sus huesos el resto de la vida.

Los ojos de Rayhane se iluminaron y se llenaron de lágrimas. No supo por qué lo hizo, nunca se había atrevido a hacerlo y quizás, en otras circunstancias, tampoco lo habría hecho, pero Hamid se acercó a ella en silencio y apoyó los labios en los suyos con suma dulzura. La quería, sí, era la única persona en el mundo por la que de verdad su corazón seguía latiendo cada día, y necesitaba que ella lo supiera antes de que el alba trajera consigo las consecuencias de su firme decisión. Sin que pudiera reaccionar al inesperado beso, Hamid se levantó, cogió uno de los cuatro farolillos que dejaban encendidos por las noches con la ingenua intención de ahuyentar a los horrores que se albergaban en la oscuridad, y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, elevó el farolillo, en el que vibró la llama de un viejo cabo de vela, y la miró. Las sombras dibujaron espantosas figuras en su rostro, una máscara sombría y tétrica procedente de una lóbrega dimensión que, por un momento, espantó a la muchacha. El nervioso esbozo que curvó los labios del joven le devolvió el aliento y le permitió a Rayhane responder a su compañero de desdichas con un espejismo de sonrisa.

Poco podía imaginar que aquella sería la última vez que lo vería vivo.

* * *

Hamid subió por la inacabada escalera hacia el piso superior. Siempre preferían refugiarse en las plantas bajas de los lugares en los que vivían... por si debían salir corriendo. Tiempo atrás, cuando aún las bandas de chicos de la calle eran numerosas, más de una vez se habían visto obligados a salir pitando de la lluvia de piedras de un grupo rival que intentaba apoderarse de su zona. Entre marroquíes solían respetarse, pero, de tanto en tanto, se habían tenido que enfrentar a algún grupo de gitanos. Los magrebís y los gitanos no conjugaban bien, era una especie de... tradición, una norma no escrita grabada a fuego en sus genes que les decía que así había de ser.

Aunque eso era antes. Antes de que llegara el Rumano. Por eso, las plantas superiores de aquel ruinoso edificio en el que se encontraban casi no las visitaban. No las necesitaban, se las apañaban bien con el piso inferior, más controlable y accesible. Así también se evitaban accidentes, sobre todo con los que se drogaban. No quería ver a nadie lanzarse por la ventana intentando emular el vuelo de un pájaro. Y no habría sido el primer caso.

El corazón de Hamid latía con fuerza, con tanta que temió que pudiera delatar su presencia. La luz del farol tan solo iluminaba un par de metros por delante, con lo que llevaba cuidado de no caer por el hueco de la escalera, donde la ausencia de algún tipo de baranda o protección hacía presagiar lo peor si se daba un paso en falso. Miró hacia abajo, el resplandor del resto de los farolillos donde estaban Rayhane y los chicos se veía apagado, débil...

Volvió a escuchar el ruido. Sí, procedía de arriba. Esta vez había sido muy claro, como un golpe sordo en el suelo de cemento, un suelo que jamás acogió la cálida caricia del parqué o la resistencia de un buen terrazo. Arena, piedras, cemento..., todo a medio hacer, como sus vidas. Siguió subiendo los peldaños de la escalera con un mal agüero. Hacía frío, incluso más que abajo, quizás porque el deterioro allí era todavía mayor, con brechas abiertas en las paredes y cristales de las ventanas rotos por donde entraba a espuestas el helor de la noche.

Otro golpe. Parecía marcarle el compás, miguitas de pan que le indicaban el camino, una sincrónica palpitación que lo llamaba, que susurraba su nombre. El farolillo tembló en su mano, haciendo danzar las sombras que proyectaba en las paredes sin pintar. Aquello no era normal. No eran los sonidos típicos de un gato o de un pájaro asustado, atrapado sin saber por dónde salir, eran más... siniestros.

Avanzó por el pasillo hasta el vacío agujero donde alguien había olvidado poner una puerta. El último de los golpes fue como los anteriores, pero resonó en su cabeza, como lo habían hecho las palabras del Rumano hacía unas horas. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Estaba allí. Había vuelto. A por ellos. A por el niño. Tenía que avisar a los demás... antes de que fuera tarde. Pero ya lo era. Su voz, grave y oscura, vibró en el silencio de la noche.

—Ven, Hamid, te estoy esperando.

Y el chico no tuvo otra que atravesar el umbral de la desolación.

Se encontraba en el centro de lo que debería haber sido un lujoso salón, pero que no era más que restos de cemento y cascotes viejos olvidados por el tiempo. El Rumano vestía su elegante traje, el abrigo que aleteaba a su espalda como si tuviera vida propia, y apoyaba el bastón en el suelo, sus manos acariciando la empuñadura de cabeza de lobo. La luz de la luna se filtraba a través de una ventana con el cristal roto a sus espaldas, bañándole con un reflejo argénteo que le dotaba de un halo espectral. ¿Cómo demonios había podido entrar sin que se hubieran dado cuenta? ¿Y por dónde?

—Te preguntarás que hago aquí, ¿no es cierto?

El chico asintió, incapaz de pronunciar palabra alguna, sus labios sellados por el temor y la ansiedad que se retorcían en su pecho lanzándole dentelladas como voraces hienas.

—Verás —el Rumano chasqueó los labios en señal de fastidio—, ¿sabes qué ocurre, Hamid? Que, en realidad, sé cuál va a ser la respuesta que me vas a dar respecto al niño que encontrasteis. De hecho, la sabía desde el mismo momento en que te la hice, querido amigo. Eres muy... previsible. Y, a pesar de tu dura vida, esclavo de tu buen corazón. —Empezó a andar en círculos alrededor del chiquillo como él solía hacer, casi flotando, mirándole de vez en cuando con sus negros y profundos ojos, universos perdidos donde desaparecer—. Y he sido muy benévolo con vosotros en estos últimos tiempos. Mucho. Aunque no me creas, os consideraba mis protegidos. Los demás no valían la pena, no merecían mi respeto. Por eso decidí dejaros para el final, amigo Hamid. Mas todo en este

universo que nos envuelve tiene un principio y un fin. Es una ley universal. Y ser buena persona no siempre es aval suficiente para sobrevivir en un lugar como este —dijo, señalando a su alrededor con el bastón—. Mírame a mí. Yo, en mi Rumania natal, llegué a ser un alto cargo de la *Securitate* durante la dictadura comunista. No, seguro que no sabes de qué te estoy hablando. Las apariencias engañan, velan la realidad. Y es que eres demasiado joven y yo demasiado viejo. Ha pasado una eternidad desde entonces. Siento una profunda nostalgia. Y es que fue mi mejor momento, el de mi máximo esplendor. Formaba parte de la policía secreta, la que se encargaba de mantener el equilibrio y *frustrar* las pretensiones de los que querían derrocar al régimen. Lástima que todo acabara en el 89, cuando fusilaron a nuestro líder Ceausescu. En aquella época aprendí a hacer sufrir, de una manera que ni te imaginas, Hamid. Y, lo más importante, fui enseñado en el arte de alimentarse de ese sufrimiento. Y aquí, en esta zona de la ciudad, hay mucho de eso, si tienes apetito. Tenías que haber visto cómo le arrancábamos el alma a la gente en la prisión de Pitesti, querido amigo. Sí, ya sé que tú no habrías disfrutado con eso, Hamid, pero nosotros... Lográbamos hacer arte. Conseguíamos, mediante todo tipo de suplicios psicológicos y físicos, que el torturado se convirtiera en torturador. ¿Te lo puedes creer? La víctima se convertía en verdugo. Aquella era la última fase, la fase final. Para entonces, el detenido era ya irrecuperable, transformado en un asesino que podía hacer cualquier cosa que le ordenáramos... Los más débiles, incapaces de soportar su reconversión en herramienta del estado, se suicidaban. Era su única manera de escapar de nuestras garras. Sin embargo, eran los menos. Nos comíamos sus almas y los regurgitábamos transfigurados en seres carentes de ella. Y pensarás que por qué te explico todo esto. Quiero que sepas que te aprecio, Hamid. Mis hombres y yo podríamos estar torturándoos durante días sin que murierais, reprogramar vuestro cerebro para que, al final, muertos de hambre, os devorarais entre vosotros. O podríamos cortaros a pedacitos, muy lentamente, permitiéndoos vivir vuestro sufrimiento a lo largo de semanas... Mejor aún, hacer que os despiezarais los unos a los otros y contemplar la escena como espectadores de un teatro de guiñol repleto de dolor, testigos de la resistencia a la que puede llegar el ser humano antes de darse cuenta de que lo mejor es dejarse ir y sucumbir a la nada.

Hamid sabía que sus palabras eran ciertas, que aquel hombre podría hacer eso y más, si tenía oportunidad, pero no podía dejar de oírle, hipnotizado por su espeluznante relato, sus pies clavados al suelo de cemento por una fuerza invisible.

—Pero no, no lo haremos así. Como acabo de decirte, te tengo en gran estima. Lástima que hoy las cosas se hayan precipitado. Y es que, como te comenté hace unas horas, mi buen Hamid, el negocio es el negocio y, por desgracia para ti, tengo unas cuantas personas en las que ha suscitado gran interés ese pequeño que habéis acogido esta noche. Y, por supuesto, en Rayhane. Aunque creo que eso ya lo sabías. —Se pasó la lengua por los labios, como si pudiera saborear los trofeos que aguardaban en la planta de abajo—. Quizás también en Amine. No es un mal espécimen. Hablamos de grandes cantidades de dinero y lo reconozco, de cierto interés personal. Pero me temo que los demás miembros del grupo sois un molesto estorbo del que debo encargarme, antes de nada. Para tu información, a ese adicto al disolvente que tienes como amigo le quedan horas de vida, puedo olerlo; por no hablar del delincuente al que adoptasteis hace algún tiempo en vuestro desmoralizante seno. ¿Sabías que tenía intención de liquidarte para usurpar el puesto de líder de tu banda? Cría cuervos... Si no hubiera sido yo, habría sido él. Cuestión de tiempo. Muy blando, Hamid, muy blando. Esto te ha superado. Y lo siento de veras, aunque entiendo que no me creas.

Se detuvo frente al muchacho. Hamid hacía esfuerzos por tragarse el miedo a borbotones, inmóvil, enraizado por el terror al suelo del edificio. El Rumano, frente a él, daba la impresión de haber crecido, sus rasgos afilados y endurecidos por las sombras. La luz del farolillo, que aún

sujetaba en la mano, temblaba como un corcho sometido a las fuerzas de un tornado, convirtiendo el inquietante escenario en un mar de claroscuros. La sonrisa del rumano se acrecentó como si fuera una media luna, rajándole el rostro de oreja a oreja. En el interior de sus ojos flotaban motitas brillantes, estrellas diamantinas que revoloteaban nerviosas en aquellos ignotos océanos que absorbían la luz a su alrededor... o almas de todos aquellos que habían sucumbido a su crueldad. Cuando volvió a hablar, su voz brotó de la tumba que era su garganta.

—El corazón de la noche alberga horrores que ni te imaginas, querido amigo. Y yo soy uno de ellos, uno de los peores —le dijo, acariciándole la mejilla con un largo dedo, gélido como el hielo—. *Stii ce e un strigoi, Hamid?* (Traducción del rumano original: ¿Sabes lo que es un strigoi, Hamid?)

Las pupilas del chiquillo vibraron enloquecidas.

—*Ghūl shaytaan* —le susurró al oído, sus palabras veladas por una maldad inconcebible.

Ghūl shaytaan, el demonio necrófago en los cuentos tradicionales de su infancia. Las lágrimas resbalaron por las cetrinas mejillas de Hamid, atrapado por el diablo humano que olfateaba su miedo, divirtiéndose con la situación. ¿Qué sería de sus amigos, de Rayhane...? ¿Por qué tenía que acabar todo de aquella horrible manera? ¿Por qué?

—Ha llegado la hora, muchacho. Cierra los ojos si quieres, te lo mereces.

Como si se hubiera activado un interruptor en su cerebro, bloqueado hasta aquel mismo instante, Hamid gritó, gritó como nunca lo había hecho, sintiendo como el frío de la muerte se apoderaba de él; gritó hasta que, con un rápido gesto, el Rumano extrajo una afilada hoja oculta en su bastón y sesgó su triste lamento, apagándolo de golpe al separarle la cabeza del cuerpo de un solo tajo.

Los ojos del mal centellearon aviesos al contemplar los gruesos goterones de sangre que resbalaban desde la punta de su espada, atrapados por la gravedad, deshaciéndose como lágrimas negras al chocar contra el suelo.

—Que empiece la fiesta.

* * *

El desgarrador grito despertó a Marc, sacándole de su denso tejido de pesadillas alimentadas por la fiebre. Se encontraba mal, muy mal. Le dolía muchísimo la garganta y la cabeza, y sus ropas estaban empapadas por el sudor que le provocaba la fuerte calentura. Sentía la piel arder, y los párpados le pesaban igual que si un malévolo duende le hubiera puesto saquitos de arena en ellos. Tenía ganas de llorar, y quería ver a mamá y a papá, pero con lo único que se encontró, tras deshacerse de una neblina de semiinconsciencia en la que parecía flotar, fue con un oscuro y extraño lugar, rodeado de personas a las que no reconoció en un primer instante. Asustado y desorientado, comenzó a balbucear palabras sin sentido, atrapado en las adulteradas redes de la hipertermia. Y entonces el caos se apoderó de los niños que tenía a su alrededor. Uno de ellos, el más mayor, se levantó de un salto, con... con ¿una pistola en la mano?, mirando con ojos de espanto hacia el umbral de la puerta, por donde entró un ser delirante que debía proceder de lo más profundo de sus alterados sueños. Tenía el aspecto de una espantosa araña, o de un deforme cangrejo, cuyas articuladas patas se hicieron paso rasgando las sombras nocturnas, hundiendo las afiladas uñas en que acababan cada una de ellas en el roñoso yeso que cubría los muros. El ser, del tamaño de un gran perro, correteó por la pared del salón, trepó por ella y recorrió en un santiamén parte del techo ante la estupefacta mirada de los chicos, de todos excepto del que casi siempre estaba oliendo de una vieja y sucia bolsa, quien, restregándose los ojos, lo observó con una estúpida sonrisa dibujada en sus labios,

inclinando la cabeza hacia un lado, como si aquel esperpento formara parte de la fauna habitual del edificio... o de su maltrecho cerebro. Marc, con la cabeza abotargada como corcho, y abrasado por dentro, dejó de preguntarse si todavía estaba soñando o no cuando el cristal de una de las ventanas de la planta donde se encontraban se rompió con un fuerte estrépito y entró un segundo ser, muy similar al anterior, que se dirigió a toda prisa hacia el niño que sostenía el arma, saltando sobre él con un inesperado brinco. Rayhane (del nombre de la niña sí que se acordaba. ¡Cómo no hacerlo, con lo bien que se había portado con él!) lo cogió en brazos y le apoyó la cabeza contra el pecho. Parecía que nadie quería dejarle ser testigo del horror aquella noche, pero, a diferencia de lo sucedido en la estación de metro, sabía que lo que sus brillantes ojos le mostraban no podía ser más que una perversa alucinación provocada por la calentura. Tenía que serlo, ¿verdad? Y eso mismo intentó decirle a la joven que le aferraba con tremenda fuerza. No debía temer nada, todo era producto del delirio, de su corrompida imaginación... Ella siguió sin prestarle atención, y los gritos y el desconcierto que reinaron a su alrededor atolondraron aún más su cabeza. Pese a ello, pudo volverse lo suficiente para ver cómo la araña que había saltado sobre el chico de la pistola intentaba morderle con las desencajadas mandíbulas que se abrían en su bulbosa testa: una cabeza, sujeta a un cuello retráctil, cuyas facciones se asemejaban mucho a la de uno de los hombres que habían acompañado al señor del abrigo pocas horas antes. El hombre malo. En realidad, las dos arañas-cangrejo tenían las caras de sus guardaespaldas, aunque con grotescas deformidades, pues les habían crecido, sobre unas carnosas y purulentas encías, unos colmillos que se proyectaban como espículas de erizo en todas direcciones, sus ojos bolas repletas de sangre. Aquello, por ridículo y absurdo, le hizo esbozar a Marc una sonrisa, sumido en el desvarío. En alguna que otra ocasión la fiebre alta también le había hecho ver cosas raras: payasos con decenas de brazos, ranas con alas o, incluso, una vez, que su habitación se llenaba de hormigas y se le metían por la nariz, por la boca... Pero, como ahora, aquellas imágenes no habían sido más que trampas de su mente para darle miedo cuando más débil se encontraba. Su mamá se lo había explicado. Los monstruos no eran más que el resultado de su enfermedad y de la fiebre que ardía bajo su piel. Y es que el cuello le dolía como si le estuvieran clavando afiladas agujas por dentro. Tragar saliva se convertía en un terrible y desgarrador suplicio.

El otro niño, el vivaracho y despierto, estaba muy pálido, pero le vio cerrar los puños y salir corriendo hacia la araña que atacaba a su compañero, tendido en el suelo, dándole un puntapié al bicho como si se tratara del balón con el que jugaba en el colegio con sus amigos. Aquello le hizo gracia, sobre todo al ver cómo el extraño ser rebotaba en la pared e intentaba darse la vuelta, retorciéndose con histéricos grititos para, una vez conseguido, escalar por la pared y quedarse expectante en un rincón, mirando con sus sangrientos ojos el devenir caótico de los aterrorizados niños.

Fue entonces cuando hizo aparición el último de los seres, y esta vez a Marc la sonrisa se le desdibujó de su macilento rostro, esfumándosele de golpe. Surgió de las tinieblas, de donde debía proceder, dejando tras de sí una estela de umbría, como si se tratara de una capa —o un largo abrigo— de la que se hubiera deshecho a golpe de garra, dejando flotando retazos más oscuros que el resto de las sombras que le rodeaban. Tenía forma humana, pero no era humano. No del todo, al menos. Al pequeño le recordó de inmediato al hombre malo, aunque no supo muy bien el por qué. Quizás tras sus salvajes rasgos animales pudo intuir el contorno de su rostro, o fueron sus ojos, negros como el azabache, los que le devolvieron un recuerdo distorsionado de su imagen. Fuera como fuese, el monstruo abrió una de sus enormes manos, cuyos enjutos dedos casi arrastraban por el suelo, y lanzó con desprecio a los pies de Rayhane la cabeza de Hamid, que rodó hasta ellos deteniéndose de forma macabra para que pudieran contemplar sus ojos velados por la muerte, su rostro contraído en un

espasmo de dolor y sorpresa.

Aquella pesadilla febril comenzaba a no gustarle. No se parecía a las que había tenido otras veces. En esta, podía sentir el miedo agarrotándole los músculos, revolviéndole el estómago, encogiéndole el corazón. Eso no le había pasado antes. Nunca.

La pistola habló, su estampido hiriendo sus oídos dolorosamente al ser disparada en un lugar casi cerrado. Dos disparos, dos estallidos luminosos que el arma del chico mayor vomitó contra el abominable ser, pero que, si llegaron a alcanzarle, no le hicieron daño alguno, pues el fiero monstruo se dirigió hacia él y, de un zarpazo, le arrancó el brazo que la sostenía. El joven comenzó a aullar de dolor, si bien su agonía le duró poco, pues las dos arañas, que habían bajado del techo y aguardaban rezagadas en las sombras, se abalanzaron sobre él, atraídas por la violenta explosión de sangre, destrozándole a mordiscos mientras se extinguían sus gritos.

Rayhane le dejó en el suelo. La joven, que a Marc le recordó por unos momentos a su madre, se acuclilló unos segundos y le dijo que corriera, que huyera de allí, pero, al verle tan débil y febril, incapaz de dar un par de pasos sin caer, se mordió los labios, angustiada. No, no llegaría muy lejos. Le acarició la mejilla y le dio un beso que le supo a gloria. Su cara ardía y los labios de ella le parecieron fríos como cubitos de hielo. Le sonrió. Cogió una roída manta y lo cubrió con ella. Era su manta, la única que tenía. Sus últimas palabras fueron que no se moviera y que se quedara escondido bajo ella, sin salir, oyera lo que oyera, pasara lo que pasara. El asintió, o creyó asentir. Aquella niña le hablaba igual que su mamá, con la misma ternura. Y sus ojos azules eran tan bonitos... Te podías hundir en ellos, en su calma, como en una preciosa playa, y dejarte mecer por sus olas.

De pronto, Rayhane se volvió al escuchar otro grito, uno diferente, de rabia, de furia. Se le escapó el nombre de Amine entre los labios. Un susurro apenas audible que se perdió en la desesperación.

El muchacho, con sucios regueros de lágrimas rodando por su cara, corrió hacia el monstruo con un palo roto que había encontrado en el suelo y se lo clavó en el muslo con todas sus fuerzas. En contra de lo que hubiera podido parecer, la astilla de madera se hundió en la carne del ser como si fuera mantequilla, arrancándole un ronco alarido de dolor que brotó de su garganta, haciendo retumbar las paredes del ruinoso edificio. Airada, la bestia le mostró los afilados colmillos que poblaban su verrugosa boca, distendiendo de forma imposible los músculos de sus mandíbulas, y agarrándole por la cabeza con una de sus deformes e hipertróficas manos lo lanzó contra uno de los pilares que salpicaban el desolado espacio de la planta baja. Con terrorífica nitidez pudo escucharse cómo se rompían los huesos de su columna vertebral al chocar con el pilar, igual que pedazos de madera podridos. Nada más caer al suelo, las carroñeras arañas correataron por el cemento y se lanzaron voraces a alimentarse con la carne muerta del pequeño, aún caliente. Rayhane, sus ojos anegados por las lágrimas, se incorporó y se volvió hacia él, ordenándole imperiosamente que se ocultara bajo la manta, como si aquello pudiera hacerle invisible a los monstruos provocados por su fiebre. ¿Cómo podían verlos los demás? Eso era algo que no acababa de comprender. La joven se agachó un segundo y de una funda en el tobillo, bajo el desgastado vaquero, extrajo una navaja, la navaja que tantas veces le había servido para sobrevivir en aquel maldito mundo, en el lado más siniestro del espejo de Alicia.

Lo último que vio Marc antes de cubrirse con la manta fue como Rayhane, decidida, se enfrentaba a aquel perverso ser y le asestaba una serie de rapidísimos navajazos, hundiéndole la brillante hoja en la espalda, a la altura de los riñones. Ante el inesperado ataque, malherido, el hombre malo (de algún modo, presentía que lo era) arqueó la espalda lanzando un pavoroso aullido de dolor y se revolvió propinando a la joven un brutal bofetón que la hizo volar literalmente por los aires, cayendo

a su lado, con los ojos abiertos y ninguna vida en ellos, el cuello roto.

Marc, aterrorizado, y escondido bajo la manta, se aguantó como pudo los pucheros que pugnaban por salir, congestionándole el pecho, y se cubrió los ojos, haciendo que la oscuridad a su alrededor se volviera aún más profunda. Al instante comenzó a sudar copiosamente. Tenía mucho calor, y el dolor de garganta era terrible, pero debía de mantenerse callado y escondido. Si se quitaba la manta de encima, el monstruo iría a por él. En sus peores pesadillas siempre iba a por él. Tenía que estarse quieto, muy quieto. Seguro que aquellos seres no existían, por supuesto que no podían ser de verdad, sumido en una horrible pesadilla de la que no tardaría en despertar, pero resultaba tan real, tan dolorosamente real... Era culpa de la fiebre, la maldita fiebre. Los temblores le empezaron de repente, convulsos escalofríos que no pudo controlar. ¡Lo verían! Las arañas con cabeza humana no tardarían un maldito suspiro en descubrirlo y luego avisarían a su jefe para que se comiera sus entrañas. Ellas se contentarían con los despojos. Porque no había duda de que el monstruo le buscaba a él, tan solo a él. Oyó bisbiseos, susurros amortiguados tras la manta. El corazón se le detuvo entre latido y latido. Se imaginó los golpecitos de las patas segmentadas de los aberrantes arácnidos golpeando el cemento, muy cerca de donde se encontraba. Estaban allí, a su lado. Podía intuirlos. Y él no podía dejar de temblar. La única opción que le quedaba era dormirse. Si se dormía, los malos sueños se desvanecerían. Cuando su mamá le daba las medicinas era lo que hacía: dormir hasta que la fiebre, aletargada por los fármacos, desaparecía llevándose consigo a los seres de pesadilla que jugueteaban en su perturbada cabeza. Mas aquella noche no había medicinas, no había remedios para controlarla. ¿Desaparecerían los monstruos cuando despertara? ¿O seguirían allí, esperando con avidez para devorarlo?

Cerró los párpados lo más fuerte que pudo, hasta que llegó a ser incómodo, incluso doloroso. No quería ver nada, no quería oír nada. Durante unos eternos segundos solo pudo escuchar el acelerado ritmo de su corazón, desbocado por los nervios y la fiebre. Tampoco quería escucharlo. Quería silencio, solo silencio. Y volver a casa. Eso era lo único que anhelaba.

Y, muy bajito, casi en el aleteo de un susurro, comenzó a recitar la vieja estrofa de un poema que a su madre le gustaba mucho y que le tarareaba las noches en las que los malos sueños no le dejaban dormir, entonándola como una dulce melodía, una improvisada nana que ella misma había creado. *Si alguna vez tienes miedo, canta la canción que te enseñé, cariño mío. Canta, canta...*

*Es tu risa la espada,
más victoriosa,
vencedor de las flores
y las alondras.
Rival del sol.
Porvenir de mis huesos
y de mi amor.*

Volvieron a escucharse nuevas detonaciones, gritos, carreras. Allí afuera, tras el débil muro de la roñosa manta que le cubría, la lucha contra las sombras se había recrudecido de alguna manera, pero a él ya no le importaba, acunado por la melancólica letanía que su madre le había enseñado desde bien pequeño. Y lo hizo una y otra vez, cerrando los ojos, hasta que el febril sopor se adueñó de él, arrastrándole en una abrumadora marea, y los temblores que convulsionaban su frágil cuerpo de niño se calmaron. Tanta violencia, tanto dolor... No quería volver a despertar. No si los monstruos seguían allí afuera, no para sufrir más tristeza y desazón. Si eso ocurría, prefería seguir durmiendo.

Durmiendo para no despertar jamás.

Le arrancaron la manta de encima y un latigazo frío le arrebató el aliento, pero Marc no fue capaz de abrir los ojos, sumido en un estado semicomatoso. Le levantaron del suelo en volandas, le cogieron en brazos y se lo llevaron lejos de allí.

En sus sueños, los monstruos acababan de ganar la partida.

* * *

En un rincón donde apenas se atrevía a llegar la luz de los farolillos, inmerso en un océano de vahos químicos y claroscuros que ni la luna se atrevía a romper, Soufian se hallaba sentado, apoyado contra una maltrecha pared, contemplando la desolación que había arrasado lo que había sido su hogar hasta unos minutos antes. Aunque, en realidad, para ser sinceros, lo que sus ojos le mostraban no eran los cuerpos destrozados de sus amigos, ni tampoco el del Rumano, atravesado por una vara de hierro forjado que le había partido en dos el corazón; menos aún el de los cuerpos de sus dos gorilas, acribillados a balazos, desmadejados sobre charcos de sangre. No, él no veía el resultado del infierno desatado en aquel olvidado lugar ahora en silencio, sino un edén de luz resplandeciente, un cielo acuarelado de un intenso color azul y un desierto de arena, fina como el oro, donde se asentaba un magnífico oasis; un vergel en el que las palmeras eran altas como edificios y de sus copas caían racimos con dátiles del tamaño de una naranja. Allí, en medio de aquel palmeral, alguien había construido un precioso *riad* a cuyo patio central entró dubitativo, sus harapientas ropas desentonando con la belleza de cuanto le rodeaba: preciosos mosaicos, suelos cubiertos de azulejos pintados con motivos geométricos y vegetales, paredes repletas de frases escritas en árabe (que por desgracia no sabía leer) y muchos otros detalles que le hicieron abrir unos ojos tan grandes como luceros. Una fuente de agua fresca y cristalina borboteaba en medio del espléndido patio del palacio. Soufian se acercó a ella y bebió, saciando su ansiosa y abrasadora sed. El camino había sido muy largo hasta llegar allí.

—¿Soufian? —dijo alguien a sus espaldas. Esa voz...

Se volvió. ¿Era aquello posible? Sí, por supuesto que lo era. Había venido a buscarlo. Al fin, después de tanto tiempo.

—¿Madre? ¡Madre!

Corrió hacia ella y se echó a sus brazos. Sintió su calor, su olor... Sí, ¡claro que era su madre! Las lágrimas anegaron sus ojos y lloró como no recordaba haberlo hecho jamás, apoyando la cabeza en su tibio pecho.

—Nunca te dejaré, madre. Nunca más volveré a dejarte —balbuceó, entre risas y lágrimas de felicidad que rodaban por sus mejillas.

—No, hijo mío, no volveremos a separarnos —le prometió ella con una luminosa sonrisa, acariciándole los revueltos cabellos. No podía ser más dichosa.

Y el último latido de su corazón fue la llave que le abrió las puertas de la *Yanna*, el paraíso anhelado.

CAPÍTULO X

Al despertar no supo dónde se encontraba. Parpadeó varias veces, pero no reconoció el lugar. ¿Se habría ido al cielo? Los ojos no le pesaban tanto, ni sentía que la piel le quemara... Incluso el dolor de la garganta se había reducido. Seguía allí, pero se había convertido en un runrún lejano y soportable. Alguien había encendido un fuego, pero no veía quién era pues se encontraba de espaldas a él arrojando algunos pedazos de cartón para avivarlo. Al oír que se movía, el hombre se volvió.

—¿Has despertado? ¿Te encuentras mejor?

El crío arqueó las cejas, sorprendido. Sí, debía de haber llegado al cielo, porque... porque... aquel hombre era...

—¿Roberto?

Con un doloroso bufido, Roberto se incorporó, acercándose a él, renqueante. Tenía muy mal aspecto. En un ojo apenas se le veía la esclerótica, convertido en poco más que una mancha sanguinolenta, y lo mismo le sucedía a su mano izquierda, de la que el rottweiler le había arrancado dos de los dedos, y que había envuelto como bien había podido en tiras de su propia ropa atadas con cinta aislante para contener, en la medida de lo posible, la hemorragia. Por no hablar de su pierna derecha, que arrastraba como si no pudiera sentirla, destrozada por las salvajes mordeduras del perro.

Se sentó junto al muchacho emitiendo un quejido. Le puso la mano sana en la frente y asintió con la cabeza para sí mismo.

—La fiebre te ha bajado. Eso está bien. —Le sonrió. No, definitivamente no tenía para nada un buen aspecto, pensó Marc, asustado.

—Creía... creía que... estabas... —La barbilla del niño temblaba como si estuviera a punto de ponerse a llorar.

El rostro de Roberto se ensombreció. Aquel chiquillo había visto en una sola noche cosas que la mayoría de la gente no vería jamás. No se lo merecía.

—¿Muerto? Lo estoy, Marc, lo estoy. Aquel perro me arrancó parte de la mano, me destrozó la pierna y pateó mi cara. Cuando aquellos salvajes os persiguieron a ti y a Joana, no querían que nadie escapara de la estación. Con lo que no contaron fue con que el perro saliera tras ellos antes de acabar el trabajo, dejándome malherido. Aún no sé qué hizo que se olvidaran de mí. Para mi desgracia, vi como... como se llevaban el cuerpo de Joana hacia los andenes de la estación. Tuve suerte de que no regresaran a acabar el trabajo. Supongo que creyeron que había muerto, o que estaba a punto de hacerlo. No iban desencaminados. Cuando la jauría desapareció, subí por las escaleras por donde lo hicisteis vosotros. Estuve buscándote durante un buen rato, Marc. Sabía que lo habías conseguido, pero no dónde podías estar. Y no podía abandonarte, no podía dejarte solo en este lúgubre reflejo de la realidad. Sin embargo, la ciudad espejo, como yo la llamo, no es tan grande, aunque sí lo es la oscuridad. Así que me guié por los puntos de luz que fui descubriendo. Imaginé que tú habrías hecho lo mismo. En un par de ellos encontré a compañeros que habían preferido no bajar a la estación. Eso les salvó de la gran purga de los cazadores. No te habían visto. En el tercero encontré a esos chiquillos siendo atacados por... —Buscó las palabras adecuadas, pensando en lo que había visto, pero agitó la cabeza para deshacerse de sus enrarecidos pensamientos. Aquella había sido una noche muy larga, había perdido mucha sangre, y la infección le devoraba por dentro.

—¿Por los monstruos? —preguntó Marc, con ingenuidad.

—¿Monstruos? —Roberto frunció el ceño. Su ojo maltrecho estaba muy hinchado y el gesto le produjo un pinchazo de dolor—. No, no... bueno, quizás sí, pero no como los que tú imaginas. Eran personas malvadas, Marc. Y... y les hicieron cosas terribles a aquellos niños. Al verlo, enfurecí. ¡Se estaban aprovechando de su inocencia, de su horrible vida! Me volví loco. —Sus palabras temblaron. Se pasó el dorso de la mano por los resecos labios. Aún tenía sed, sed de vino, de alcohol, pero sabía que aquella noche alguien le había encomendado una misión y no podía dejar que su infierno personal diera al traste con ella—. Cogí la pistola que había junt... junto al brazo cortado de aquel chico y... y acabé con ellos, Marc. Acabé con ellos. —Hundió el rostro entre las manos, sollozando.

—¿Mataste al hombre del abrigo? —preguntó con serenidad.

Roberto levantó la cabeza y se enjugó las lágrimas con la sucia manga de su gabán. Asintió con la cabeza, incapaz de decir palabra alguna. El niño posó su mano en la de él.

—Era malo.

Era malo. No te preocupes. Has hecho lo que debías. Aquello era lo que significaban las dos palabras que pronunció el niño. Con ellas el tema quedaba zanjado. Tan sencillo y, a la vez, tan profundo como eso. Quizás tenía razón, en su simple ingenuidad. Cuando vio los destrozados cadáveres de aquella banda de niños callejeros, en su cabeza se activó un interruptor en él que no sabía que poseía. Se convirtió en una bestia, sacando fuerzas de donde no existían, agarró una barra de hierro forjado que había en el suelo y se la clavó al hombre que acababa de matar a la joven marroquí. *El hombre malo.* Sintió un estremecimiento. Le atravesó el corazón. Notó como reventaba en su interior cuando se lo perforaba con la punta de metal. Luego, ante la sorpresa de sus sicarios, agarró la pistola que había en el suelo y acabó con ellos antes de que supieran qué había pasado. ¿Quién era en realidad el monstruo? Intentó no pensar en ello. Aunque, lo que vio... Agitó la cabeza, deshaciéndose de las turbulentas imágenes que pasaban por ella. Fue así, así tuvo que ser. No podía ser de otra manera.

—Unos segundos más tarde y ellos te habrían encontrado, Marc. Aún no me puedo creer que llegara a tiempo. Estabas ardiendo, con una fiebre muy alta, casi en coma. No podía despertarte. Supongo que debiste de coger un enfriamiento, o amigdalitis, o que lo que comiste con Joana no te sentó bien, no sé... —Se encogió de hombros—. Pero tuviste suerte, en el bolsillo de mi gabán siempre llevo aspirinas. Sufro de jaquecas —no le dijo que, de vez en cuando, para potenciar el efecto del alcohol, también se tomaba un par de ellas con varios sorbos de vino—. Es lo único que tengo... —Le enseñó uno de los bolsillos del gabán y sacó un blíster con las pastillas—. No son infantiles, pero no había otra cosa. Te hice tragar una. Y veo que hizo su efecto. Yo no he podido —dijo, quejándose—. La aspirina es un anticoagulante y, si me la hubiera tomado, hace un rato que me habría desangrado. Es mi castigo. Menuda aventura, ¿eh, pequeño?

—Has dicho que estabas muerto, pero no lo estás —le dijo, haciendo un puchero que torció su boca. No quería que se muriera. Roberto, no.

Aquel niño le recordaba tanto a su hijo pequeño. Era tan listo... Le acarició la cabeza.

—Tienes razón, Marc. Aún estoy vivo, pero me temo que no será por mucho tiempo. En mis condiciones, y sin medicinas, no sé cómo todavía me mantengo en pie. Las mordeduras de perro son muy peligrosas. Su saliva está repleta de bacterias dañinas y... y no me encuentro bien. Lo más probable es que la infección se haya extendido por mi cuerpo. Pero, no te preocupes, sé que hoy alguien ha decidido que debo ser tu ángel guardián. Lo sé desde el momento en que te conocí. ¿Por qué? Ni idea, quizás sea una prueba, o tan solo mala suerte, quizás haya sido Dios o el demonio el

que te haya puesto en mi camino, pero cumpliré mi misión, aunque sea lo último que haga. Venga, durmamos un poco. Aquí, en esta vieja caseta de obras estaremos a salvo hasta que amanezca. Descansemos. Por la mañana te llevaré a la zona comercial y te entregaré a la policía. Pronto podrás volver a ver a tus padres, Marc. Muy pronto. ¿Puedo dormir a tu lado? —le preguntó.

El niño asintió y se acurrucó junto a él cuando se tendió en el suelo, encogido. El hombre se mordió el labio hasta hacerlo sangrar, tragándose el dolor, evitando espantar al chiquillo más de lo que estaba. Era tan intenso que dormir sería una misión imposible, pero, al menos, el pequeño podría hacerlo. Cerró los ojos, procurando no pensar en los palpitantes focos abrasadores que se repartían por su cuerpo. El crepitar de las llamas fue el mejor fármaco de todos, eso y notar como el crío se relajaba a su lado, sintiéndose seguro. Minutos después, de manera incomprensible, se durmió escuchando la profunda respiración de Marc. Y, a pesar de lo sucedido aquella extraña noche, los monstruos no consiguieron rasgar el velo de sus sueños.

CAPÍTULO XI

Los padres de Marc no se habían movido de la zona comercial en toda la noche. Incluso cuando esta cerró sus establecimientos y los agentes de la policía les dijeron que si no querían regresar a su casa al menos podían esperar y descansar en la comisaría más cercana, apenas a un par de manzanas de allí, desestimaron su ofrecimiento y prefirieron pasar las horas muertas en la salita de los guardias de seguridad del centro, convertida en un improvisado cuartel general. Tras el arresto de la mujer que lo había secuestrado, una enferma mental que había perdido a su hijo en un fatídico accidente de coche y que había dejado tras de sí un terrible asesinato, saber que el niño estaba solo y perdido les carcomía por dentro. Por Dios, ¿cómo era posible que la policía no lo hubiera encontrado todavía? ¡Tenía seis años, no podía ser tan difícil!

—Puede haberse escondido en cualquier rincón. Y esta parte de la ciudad es un barrio que nunca llegó a construirse del todo, con lo que hay muchas instalaciones a medio hacer. No hay casi iluminación, y existen infinidad de lugares donde refugiarse del frío y de la oscuridad, si tiene miedo. Será difícil encontrarlo, pero por la mañana nuestras posibilidades aumentarán —les había dicho el policía que se había puesto al mando del caso tras la detención de su secuestradora, un individuo serio y cabal que les dio esperanzas desde el primer momento. Lo que no les dijo fue que aquel era uno de los barrios más complicados y peligrosos de la ciudad, repleto de drogadictos, gente sin hogar y cosas mucho peores, un lugar olvidado al que ni las patrullas se atrevían a entrar al caer el ocaso.

El terrible incendio que se había producido en una abandonada estación de metro, a escasos quince minutos caminando de donde se encontraban, tampoco había ayudado a serenar sus ánimos y les había privado de numerosos efectivos. Las sirenas de las ambulancias y los bomberos no habían dejado de sonar a lo largo de toda la noche, yendo y viniendo, convertidas en mensajeros de la tragedia, dimensionándola en su gravedad a base de chirridos de neumático. Según pudieron saber de boca de algunos de los agentes, había ocurrido en una estación fantasma que solía ser visitada por gente sin hogar que se refugiaba en ella durante los fríos días de invierno. Se rumoreaba que las víctimas del siniestro llegaban casi a una docena, aunque la Científica aún estaba buscando más cadáveres y se preveía que el número aumentara. Lo que parecía una reyerta entre vagabundos se había convertido en una batalla campal, en un desatino que se había saldado con un trágico balance de muerte, sangre y fuego. Al menos, esos eran los rumores. Rumores que les habían robado el sueño a golpe de destellos de emergencia, el corazón en la palma de sus manos cada vez que una de las ambulancias pasaba como una centella cerca de la zona comercial camino del siniestro.

Pero el sol volvía a despuntar en el horizonte y sus tímidos rayos comenzaban a despedazar la noche, desgarrándola con viveza, llevándose consigo la adversidad, los fantasmas y los aciagos seres que la habitaban, haciendo que las cosas se vieran de otra manera, permitiendo que la esperanza pudiera tener una oportunidad frente al miedo.

Una agente de policía, la primera que había sabido de la desaparición de Marc, les llevó un café caliente. Ellos se lo agradecieron con un tibio gesto. El matrimonio apenas se había dirigido la palabra a lo largo de la noche. Se les veía pálidos, demacrados, ella con el maquillaje corrido, él con una barba incipiente oscureciendo sus mejillas. No tenían nada que decirse, o quizás los reproches hubieran sido inacabables, pero, fuera como fuese, no era el momento. Las lágrimas se

habían secado y quedaba la indiferencia, el rencor, y eso era todavía más duro. A su alrededor, un nutrido grupo de agentes de la policía, acompañados de una veintena de miembros de Protección Civil, se preparaban para emprender una nueva batida.

—Lo encontrarán —dijo él.

Ella no le contestó, sorbiendo un poco del café. Prefería no hablar. Soportar el vacío anímico que se alojaba en su pecho era suficientemente difícil como para gastar energías haciéndolo. Sí, por su bien esperaba que lo encontrarán, y que lo hicieran con vida, porque sino la suya no tendría sentido alguno para ella.

De repente, se armó un gran revuelo. Varios agentes se metieron en los coches patrullas y los vehículos salieron disparados emitiendo hirientes chirridos, dejando impresas las marcas de la premura en el asfalto. La agente que les había traído el café, y con la que habían compartido la mayor parte de la noche, regresó a buscarlos, entretanto su compañero arrancaba el coche oficial.

—¡Vengan conmigo, lo hemos encontrado!

—¡Oh, Dios mío! —El vaso de cartón, con el café a medias, resbaló de la mano de ella estrellándose contra el suelo y salpicándole la punta de las botas. Miró a su marido con un resplandor brillante en sus ojos. Sí, quizás aún había esperanza para ellos.

—¿Dónde? ¿Está bien? —las preguntas se le atropellaron en los labios.

—Aunque parezca imposible, no muy lejos de aquí. A tres o cuatro manzanas. —El rostro de la policía se ensombreció—. Pero no está solo.

—¿Qué no está solo? —El corazón dio un brinco en el pecho de la mujer—. ¿Qué quiere decir con que no está solo?

* * *

—No pue... pued... puedo más, Marc. —Se apoyó en una pared repleta de moho.

El niño lo miró. Le sujetaba la mano derecha, la que aún tenía entera. Estaba muy asustado. Roberto no estaba bien. Nada más despertar de su aletargamiento había vomitado sangre. Aquello había espantado al pequeño, pero él había hecho lo posible por tranquilizarle. Sin embargo, desde que habían empezado a desandar el laberinto de calles para salir de la ciudad espejo, su aspecto había empeorado considerablemente. Tenía unas profundas ojeras, muy marcadas, y su piel había adquirido el tono de un cirio de iglesia; por no hablar del sufrimiento que le representaba dar un paso, arrastrándose como un alma en pena, quizás en lo que se había convertido, dejando tras de sí un rastro de sangre cada vez más exiguo.

—¿Te duele? —preguntó el pequeño.

Roberto intentó esbozar una sonrisa, pero apenas se le curvaron los deshidratados labios cubiertos de pústulas. ¿Doler? No, aquello ya no era dolor, era sobreponerse a la tortura de un estúpido cuerpo, de un inútil receptáculo al que no le quedaba una célula sana. Por no hablar de la fiebre que le consumía las entrañas. Pero tenía que seguir, tenía que salvar a aquel niño. Ya fuera por el azar, por la fatalidad, o porque así tenía que ser, se había convertido en su protector. Y no iba a decepcionarlo. Lo había hecho ya con demasiada gente en su jodida vida.

—No... no me duele —mintió, para no asustarle aún más—. Pero estoy... muy can... cansado —las palabras difícilmente lograban escapar de sus labios, resbalando para caer a un lastimoso vacío. No lo iba a lograr, no iba a poder conseguirlo. Y lo peor era que, ahora que empezaban a desvanecerse las sombras, huidizas por la cercana llegada del alba, tenía la sensación de que les seguían, de que una maligna y expectante presencia les había estado acechando después de abandonar

la caseta en la que se habían refugiado durante la noche. Y presentía que quería al niño, su trofeo, y que estaba esperando a que él desfalleciera para arrebatárselo antes de que la salida del sol se lo impidiera.

—De... debemos... continuar, Marc. No... no... puede... faltar... mucho...

Siguieron caminando, pero recorrer un callejón, un tramo de calle, se convertía en una odisea, en una indescriptible tortura. Estaba a punto de darlo todo por perdido cuando se le iluminaron los ojos. ¡Allí estaba! Sí, aquel era el callejón que buscaba, un largo y oscuro corredor al final del cual vieron circular a un par de coches. Incluso pudo reconocer el letrero de una panadería, al fondo. Su amable propietario alguna vez le había dado bollos cuando le sobraban al final del día.

—Es... es por... ahí... —Le indicó con la barbilla, algo más animado.

—Vamos.

Tras recorrer la mitad del camino, Roberto se detuvo, tambaleante, y acabó por hincar la rodilla en el suelo. Jadeaba como si acabara de correr una maratón, resoplando y boqueando como un pez fuera del agua. Sus pulmones emitían un sonido muy extraño al respirar. Se retiró los sucios cabellos de los ojos, empapados de sudor, y frunció los labios, entre desalentado y receloso. Allí no llegaba la luz del sol. La calleja, metida entre dos añejos edificios, era una cuña de honda umbría que le puso los pelos de punta. Les rodeaba una oscuridad húmeda y pestilente, un inesperado puente entre dos mundos.

—Me... me temo que no... podré, Marc. Lo siento. Llega hasta el... final... y gira a la izquierda... Sigue andando, no te pares, no mires atrás... Pregunta... por un policía... ¿Podrás... hacerlo?

—No te voy a dejar aquí —le dijo el niño, con los ojos brillantes. Miró en derredor, inquieto, nervioso. Él también lo notaba. Estaba muy cerca.

—Tienes... tienes... que hacerlo... Yo no puedo y...

A sus espaldas, un fuerte viento arremolinó el montón de papeles y basura que se acumulaba en el hediondo callejón. Las sombras que se aferraban a las paredes empezaron a cambiar, veleidosas, resbalando de forma rápida sobre los mohosos ladrillos como si cobraran una vida que hasta entonces se les había negado. Estaba allí, fuera lo que fuese, esperando a que muriera, incapaz de llevarse al niño mientras siguiera vivo, aunque no sabía muy bien por qué. Apenas le quedaban unos minutos... Y eso lo sabía, y lo estaba celebrando, preparándose para su triunfo.

—¡Eh, ustedes! ¿Quién hay ahí? —gritó alguien desde el otro lado del callejón, desde el lado luminoso de la ciudad. Roberto entrecerró los ojos esforzándose en discernir las siluetas recortadas contra la luz que temblaban en sus retinas. ¡Policía! ¡Eran policías!

—¡Corre, Marc! ¡Ve hacia ellos! —Le empujó Roberto.

Las sombras se agitaron enloquecidas. A sus espaldas, el furioso viento comenzó a acercarse con rapidez, acelerando como una invisible estampida desbocada. Lo que se hallaba en la oscuridad se negaba a irse sin su premio. Roberto metió la mano en el bolsillo de su gabán y sacó la pistola que había encontrado en el viejo edificio donde se había producido la... la tragedia.

—¡Vete, Marc! ¡Vete! —Le dio un rápido beso en la frente y, con un último esfuerzo que se llevó la escasa vida que le quedaba, se puso en pie.

—¡Está armado! ¡Pide refuerzos! —gritó uno de los dos agentes, extrayendo de su funda su pistola reglamentaria—. ¡Señor, deje el arma en el suelo! ¡Deje el arma!

Su compañero escupió unas rápidas instrucciones a su comunicador de hombro y, sin esperar contestación, se apresuró también a sacar su pistola.

—¡Ten cuidado! ¡Hay un niño con él! ¡No dispaes!

—¡Suelta el arma! ¡Suéltela! —El agente se metió un poco más en el callejón, lanzando vistazos nerviosos por el rabillo del ojo a su colega.

—¡Ven hacia nosotros, pequeño! ¡Corre, rápido! —le chilló al niño.

Marc, con los ojos anegados por las lágrimas, se dirigió hacia ellos a toda prisa.

Roberto, de pie, tambaleante, apuntó hacia el otro lado del callejón, hacia lo que se ocultaba en la ominosa oscuridad e iba en su dirección a toda velocidad arrastrando una estela de delirantes e iracundas sombras.

—No... te... lo... vas... a llevar...

A sus espaldas oía a los policías pidiéndole que soltara el arma, pero eso ya no importaba. Lo único que debía hacer era darle tiempo al pequeño para llegar hasta la luz. Esa era su misión, lo había sido desde que se había cruzado con él la tarde anterior, su manera de obtener la redención, de dejar atrás el perpetuo castigo que había sufrido en su purgatorio terrenal. Las sombras se escaparon de las paredes y comenzaron a materializarse frente a él adquiriendo forma corpórea. Miles de gritos de almas devoradas a lo largo de los tiempos chillaron al unísono mientras su verdugo, ataviado con lo que parecía un abrigo que aleteaba a sus espaldas, se hacía real. Fue entonces cuando su dedo apretó el gatillo, una y otra vez, hasta vaciar lo que quedaba del cargador.

Marc llegó al final del callejón y uno de los agentes le agarró, apretándole contra su pecho; su compañero, al oír los disparos y ver los destellos de las detonaciones resplandeciendo en la oscuridad, oprimió el gatillo de su arma y también comenzó a disparar.

—Está bien, está bien. Ya estás a salvo. Tranquilo, pronto volverás a ver a tus padres...

—¡Robertoooo! —gritó el niño, entre sollozos, librándose del abrazo del policía y girándose para tender una mano hacia su amigo, hacia la oscuridad que le rodeaba, que le engullía. El agente frunció el ceño sin comprender muy bien la reacción del niño y lo volvió de nuevo contra su pecho.

Tres proyectiles se incrustaron en Roberto, mas él apenas los sintió. Estaba muerto hacía horas. El dolor no existía, pues todo él era dolor. Lo que sí le sorprendió fue ver salir una inesperada luz de los orificios de las balas que habían atravesado su pecho, haces brillantes que deshicieron con su intensa fuerza las sombras que tenía frente a él; dedos luminosos que perforaron al sorprendido hombre del abrigo, al tipo al que creía haber partido el corazón con una barra de hierro, y que quedó reducido a cenizas en un instante, espantando a su ejército de ávidas sombras. Le siguió un aullido de derrota que se extinguió con lentitud, perdiéndose en el laberinto espectral de la ciudad espejo, perseguido por el hambriento amanecer. Con apenas un hilo de vida sujeto a su maltrecho cuerpo, una lúcida pregunta acudió a su mente: ¿había sido aquello real? Roberto dudó durante unos eternos segundos tendido en el sucio suelo del callejón, las palpitaciones de su corazón ralentizándose con cada uno de sus parpadeos. No estaba seguro, no lo hubiera podido jurar, pero, al fin y al cabo, había cumplido su cometido. El niño estaba a salvo. Y él era libre.

El hilo fue cortado.

Sus ojos se cerraron, definitivamente.